Redención

Hilary Mantel



DESTINO

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Epílogo

Créditos

REDENCIÓN

Hilary Mantel

Traducción de Albert Vitó i Godina

Ediciones Destino

Para Anne Ostrowska

Nota

La Iglesia de la historia se parece solo hasta cierto punto a la Iglesia católica romana que existía en el mundo real alrededor de 1956. El pueblo de Fetherhoughton no aparece en ningún mapa.

El verdadero Fludd (1574-1637) fue médico, erudito y alquimista. En la alquimia, todo tiene una descripción literal y factual, además de una descripción simbólica y fantástica.

Mucha gente conoce, sin duda, el enorme cuadro de Sebastiano del Piombo, *La resurrección de Lázaro*, colgado en la National Gallery de Londres desde que en el siglo pasado se adquiriera la colección Angerstein. Frente a un fondo de agua, puentes arqueados y un cielo azul radiante, una multitud (se supone que de vecinos) se agrupa alrededor del resucitado. La muerte ha amarilleado bastante a Lázaro, pero es un hombre musculoso y bien formado. La mortaja le envuelve la cabeza como si fuera una toalla, unas figuras masculinas se inclinan hacia él en actitud solícita, como si estuvieran deliberando; parece más bien un boxeador en su esquina. Los rostros de los que lo rodean expresan desconcierto y una leve censura. Ahí, en el acto de liberar la pierna derecha de un nudo de la mortaja, se nota que sus problemas están a punto de empezar de nuevo. Una mujer, tal vez María, o Marta, oculta un susurro con la mano, tapándose un poco la boca. Jesucristo señala al resucitado y levanta la otra mano, con los dedos extendidos: ya llevas unos cuantos asaltos, quedan cinco.

1

El miércoles vino el obispo en persona. Era un prelado moderno, enérgico y regordete, llevaba unas gafas sin montura y nada le gustaba más que recorrer la diócesis en su cochazo negro.

Había tenido la precaución (aconsejable, teniendo en cuenta las circunstancias) de anunciar su visita dos horas antes de su llegada. El timbre del teléfono sonó en el vestíbulo de la rectoría, un tono apagado muy eclesiástico. La señorita Dempsey lo oyó justo cuando salía de la cocina. Se quedó mirando el teléfono un momento y luego se acercó a él con cautela, caminando de puntillas. Lo descolgó como si quemara. Con la cabeza ladeada y el auricular bien apartado de la mejilla, escuchó el mensaje que le transmitió el secretario del obispo.

—Sí, monseñor —murmuró, aunque enseguida se dio cuenta de que el secretario no merecía ese tratamiento.

«El obispo y sus esbirros», solía decir el padre Angwin, y la señorita Dempsey suponía que se refería a una especie de diáconos. Agarrando el auricular con las puntas de los dedos, volvió a colgarlo con sumo cuidado. Se quedó de pie en el pasillo en penumbra e inclinó la cabeza un momento, como si acabara de oír el Santo Nombre de Jesús. Luego fue hasta el pie de la escalera y lanzó un grito hacia arriba:

—¡Padre Angwin, padre Angwin, levántese y vístase, el obispo llegará antes de las once!

La señorita Dempsey regresó a la cocina y encendió la luz eléctrica. No era una mañana en la que la luz marcara una gran diferencia; el verano, un grueso manto gris, se había apoderado de las ventanas. La señorita Dempsey oía el goteo incesante, un tic, tic, tic que caía de las ramas y las hojas del jardín, y luego otro más urgente, metálico, tin-tan, tin-tan, procedente del canalón de desagüe. Su sombra se movió, con la luz eléctrica de fondo, por encima del gran muro verde apagado; unas manos inmensas flotaron hacia el hervidor de agua como si estuvieran sumergidas en un mar denso y tuvieran que nadar para llegar a los fogones. En la planta superior, el párroco golpeó el suelo con un zapato para fingir que ya estaba preparándose.

Diez minutos más tarde se levantó; ella oyó el crujido de las tablas en el piso de arriba, el gorgoteo del agua del lavamanos, los pies sobre los escalones. Al llegar al pasillo, el cura soltó un suspiro, como cada mañana. Se plantó tras ella de repente, sin hacer ruido:

—Agnes, ¿tiene algo para mi estómago?

—Seguro que sí —respondió. Él sabía perfectamente dónde guardaba las sales, pero quería que se las diera ella, como si fuera su madre—. ¿Mucha gente en la misa de las siete?

—Es curioso que lo pregunte —comentó el párroco, como si ella no se lo preguntara cada mañana—. Unas cuantas ancianas, Hijas de María, y los pelagatos habituales. No celebraban ninguna festividad en especial, ¿verdad? ¿La Noche de Walpurgis?

—No sé a qué se refiere, padre. Como bien sabe, yo también soy Hija de María, y no he oído nada al respecto —respondió Agnes, aparentemente ofendida—. ¿Llevaban manto y todo?

—No, iban de paisano, con los guardapolvos de siempre.

La señorita Dempsey llevó la tetera a la mesa.

—No debería burlarse de las cofradías, padre.

—Me pregunto si se habrá filtrado que viene el obispo. ¿Es posible que haya algún tipo de inteligencia subterránea? ¿Me preparará un poco de panceta, Agnes?

—Tal como tiene el estómago, no.

La señorita Dempsey sirvió el té, un espeso chorro castaño que se añadió al resto de los sonidos: el goteo de los árboles, el viento que envolvía las chimeneas.

—Ah, también vino McEvoy —añadió el padre Angwin, encorvándose sobre la mesa y envolviendo la taza con las manos para calentárselas. Al pronunciar ese apellido, una sombra le cruzó el rostro y se le quedó flotando a la altura de la barbilla, de manera que la señorita Dempsey, tan dada a la imaginación, por un momento creyó ver el aspecto que tendría el párroco con ochenta años.

—¿Ah sí? —dijo ella—, ¿y quería algo?

—No.

—Me pregunto por qué lo menciona usted, pues.

—Querida Agnes, deme un respiro. Retírese, a ver si me recompongo un poco antes de recibir a Su Corpulencia. ¿Qué cree que le trae por aquí? ¿Qué querrá esta vez?

Agnes salió con un plumero en la mano y el rostro quejoso. ¿Qué había querido decir con lo de la inteligencia subterránea? No la estaría acusando de nada, ¿verdad? Nadie aparte del obispo mismo, puesto que la decisión había surgido de lo más profundo de su corazón, podía saber que tenía previsto visitarlos. Aunque era posible que sus esbirros también estuvieran al corriente. En cualquier caso, quien no podía haberlo sabido de ningún modo era ella, por lo que tampoco habría podido insinuarlo, divulgarlo ni revelarlo, ni a las Hijas de María ni a nadie más de la parroquia. De

haberlo sabido, tal vez lo habría mencionado. Tal vez, si hubiera creído que alguien debía saberlo. Porque era ella quien juzgaba lo que debía saberse. Y es que la señorita Dempsey ocupaba una posición de mediadora especial entre la iglesia, el convento y el resto de la gente. Era su deber activo obtener información, y lo que hiciera luego con ella quedaba sujeto a su criterio y experiencia. Si pudiera, la señorita Dempsey escucharía a hurtadillas lo que se decía en el confesionario; en más de una ocasión se había preguntado cómo podría hacerlo.

Solo en la mesa, el padre Angwin examinó los posos de su taza de té, removiéndola. La señorita Dempsey nunca había demostrado mucha habilidad con el colador. No vio nada en concreto en las hojas, pero por un momento creyó que, a su espalda, alguien había entrado en la estancia. Levantó la mirada como se suele hacer durante una conversación, pero solo le sirvió para constatar que no había nadie.

—Adelante, sea quien sea —dijo—. Tómese una taza de té recocido.

El padre Angwin era un hombre astuto, con los ojos y el pelo del color de las hojas muertas; tenía por costumbre echar la cabeza atrás, olisquear el viento y mantenerse alejado de todo cuanto detectaba. En otro lugar de la casa, una puerta se cerró de golpe.

Pero fijémonos mejor en Agnes Dempsey: con el plumero en la mano, en el despacho, quitaba un polvo que todavía no había tenido tiempo de posarse. En los últimos años la cara se le había ido cayendo con suavidad, como un retal de algodón ligero doblado en una caja. El cuello también le caía, y formaba unos pliegues harinosos que se ondulaban hasta el lugar en el que la ropa los

ocultaba. Tenía los ojos redondos como los de una niña, de un azul brillante, y un aire de sorpresa acentuado por unas cejas invisibles y por un pelo dorado, desteñido y manchado de gris que parecía cargado de estática desde la raíz. Se cubría las piernas, cortas y con forma de botella, con faldas plisadas y conjuntos de tonos pastel que disimulaban las suaves colinas de su busto. Su boca era pequeña, pálida, indiscernible, concebida para ingerir la comida que más le gustaba: pastelitos de Eccles, tarta de crema y unos rollitos de chocolate suizo envueltos en un papelito rojo y plateado.

Solía quitar el envoltorio minuciosamente, luego lo doblaba hasta que quedaba tan fino como un lápiz, lo retorcía para formar un anillo y se lo ponía en el dedo anular. A continuación extendía la mano, con los dedos pálidos y ligeramente doblados por la incipiente artritis y, mientras evaluaba el resultado, aparecía en su frente una arruga de concentración: una única línea vertical que partía del lado interno de la ceja izquierda. Luego dejaba la mano apoyada en la rodilla, y al cabo de un rato se quitaba el anillo, intacto, y lo lanzaba al fuego. Esa era una costumbre privada de la señorita Dempsey que nadie había visto jamás. Sobre el labio superior, en el lado derecho, tenía una verruga plana y tan pálida como la boca. Le costaba no tocársela. Temía que fuera cáncer.

Cuando el obispo entró apresuradamente en la rectoría, el padre Angwin ya se había recuperado de la resaca. Sentado en el salón, esgrimió su sonrisa más zalamera.

—Padre Angwin, padre Angwin —dijo el obispo, cruzando la estancia para estrecharle la mano enérgicamente poniéndole la zurda sobre el antebrazo. Rebosaba jovialidad, y aun así sus bifocales episcopales relucían y buceaban con recelo mientras su

cabeza episcopal se movía de un lado a otro, como uno de esos juguetes mecánicos que sirven de diana en las ferias.

—¿Té? —propuso el padre Angwin.

—No hay tiempo para el té —respondió el obispo, acercándose a la alfombra que había frente a la chimenea—. He venido a hablar con usted sobre el tema de unir a toda la gente de bien en la familia de Dios —dijo—. Y, a decir verdad, padre Angwin, temo que me ponga usted problemas.

—¿Piensa sentarse? —preguntó el padre Angwin con timidez.

El obispo juntó sus manos rosadas antes de lanzar una mirada severa al párroco, balanceándose levemente.

—La próxima década, padre Angwin, será la década de la unidad. La década del recogimiento. La década de la familia humana de Jesucristo. La década de la comunidad cristiana en comunión consigo misma. —Justo en ese momento, Agnes Dempsey entró cargada con una bandeja—. Ah, bueno, ya que se han tomado la molestia de traerlo... —añadió el obispo.

Cuando la señorita Dempsey por fin hubo salido de la habitación (tenía las rodillas rígidas por culpa del tiempo húmedo, así que necesitaba tomárselo con calma), fue el padre Angwin quien habló:

—¿Por casualidad se refiere usted a la década de enterrar el hacha de guerra?

—La década de la reconciliación —dijo el obispo—, la década de la amistad, la década de la coexistencia y la década del «de muchos, uno».

—No conozco a nadie que hable como usted —comentó el padre Angwin.

—Es el espíritu ecuménico —dijo el obispo—. ¿No lo nota en el aire? ¿No lo siente planear en las oraciones de un millón de almas cristianas?

—Más bien noto su aliento en la nuca.

—¿Soy un adelantado a mi tiempo o qué? —preguntó el obispo—. ¿O es usted, padre Angwin, quien se tapa los oídos para no oír los aires de cambio? Y haga el favor de servir el té, no soporto que quede recocido.

Cuando el padre Angwin acabó de servir el té, el obispo cogió su taza, la agitó un poco con la mano y tomó un sorbo que le escaldó la lengua. De pie ante la chimenea, abrió más las puntas de los dedos y colocó la mano que le quedaba libre tras la espalda para tomar aire de forma ostensible.

—Exasperado —dijo el padre Angwin en voz baja, aunque no tanto como si hablara consigo mismo—. Está exasperado conmigo. Dígame, ¿el té está suficientemente caliente? ¿Le parece bueno? ¿Un chorrito de whisky? —El párroco levantó un poco más la voz—. Es que no le entiendo.

—Bueno —dijo el obispo—, ¿ha oído hablar de la misa vernácula? ¿Ha pensado en ello? Yo pienso en ello, no paro de pensar en ello. Y hay hombres en Roma que piensan en ello.

El padre negó con la cabeza.

—Yo no podría participar en eso.

—No tiene elección, querido, no tiene elección. Dentro de cinco años, recuerde lo que le digo, o poco más de cinco...

El padre Angwin levantó la mirada.

—¿Se refiere a que comprendan lo que decimos?

—Exacto.

—Pernicioso —murmuró el párroco de forma audible—. Un auténtico disparate —añadió, y luego levantó más la voz—. Puedo comprender que piense que el latín es demasiado bueno para ellos. Pero el problema que tengo aquí es lo poco que dominan la lengua inglesa, ¿sabe?

—Lo tengo en cuenta —repuso el obispo—. Ya sé que en Fetherhoughton no hay mucho nivel. Nunca me habría atrevido a afirmar lo contrario.

—Entonces, ¿qué quiere que haga?

—Todo conspira para que mejoren, padre. No sacaré el tema de las viviendas sociales, puesto que sé lo delicado que es ese tema en este distrito...

—*Requiescant in pace* —murmuró el párroco.

—... pero ¿acaso no tienen gafas gratis? ¿Dientes gratis? En los tiempos que vivimos, padre Angwin, se hará todo lo posible para que su bienestar material mejore, y le corresponde a usted pensar en cómo lograr esa mejora en el ámbito espiritual. Por supuesto, tengo algunos consejos y sugerencias al respecto, y agradecería que los aceptara.

—No veo por qué debería hacerlo —replicó el padre Angwin, alzando la voz lo suficiente para que se le oyera—, siendo usted tan viejo y tan tonto. No veo por qué no puedo ser un papa en mi propio domino —dijo, tras lo que levantó la cabeza—. Considéreme a su disposición.

El obispo le lanzó una mirada fría y severa. Frunció los labios y no dijo nada hasta que hubo apurado una segunda taza.

—Quiero ver la iglesia —dijo entonces.

Antes que nada, tal vez valga la pena revisar la topografía del pueblo de Fetherhoughton, así como los modales, las costumbres y la vestimenta de sus habitantes.

Los páramos bordeaban el pueblo por tres lados. Las colinas que había alrededor, desde las calles de la población, parecían el lomo encorvado y peludo de un perro dormido, y la actitud de sus

habitantes consistía en no despertarlo, puesto que odiaban la naturaleza. Volvían sus rostros hacia la cuarta dirección, hacia la carretera y el ferrocarril que les permitían llegar hasta el negro corazón del norte industrial: Mánchester, Wigan, Liverpool. No eran gente de ciudad; les faltaba curiosidad para serlo. Tampoco eran gente de campo; sabían diferenciar una vaca de una oveja, pero no era algo que les preocupara. Lo que les preocupaba era el algodón, al menos desde hacía casi un siglo. Había tres fábricas, pero los lugareños no calzaban zuecos ni llevaban chal; no había nada pintoresco.

En verano, los páramos parecían negros. Diminutas figuras lejanas se congregaban por las colinas y montañas; eran hombres de la Junta del Agua, de la Comisión Forestal. En los pliegues de las colinas había embalses de color peltre, ocultos a la vista. El primer acontecimiento del otoño era la nevada que impedía llegar a Yorkshire a través de los páramos; en general se consideraba algo bueno. La nieve cubría las colinas durante todo el invierno. Hacia el mes de abril empezaba a aflorar el terreno en forma de manchas, y solo en los mayos más cálidos desaparecía por completo.

La gente de Fetherhoughton mantenía la mirada apartada de los páramos con una fuerza de voluntad singular. No hablaban sobre ellos. Alguien tal vez detectaba una dignidad y un esplendor silvestre en el paisaje, pero eso solo servía para identificarlo como forastero. Los fetherhoughtonianos no se fijaban jamás en el paisaje. No eran Emily Brontë, no les pagaban por serlo, de modo que la mera mención de que tenían al alcance de la mano algo brontësco bastaba para que se cerraran en banda y clavaran la mirada en los cordones de sus zapatos. Los páramos eran el vasto cementerio de su imaginación. Más adelante se cometieron célebres asesinatos en los alrededores, y los cadáveres acabaron enterrados allí.

Los habitantes de Fetherhoughton se referían a la calle principal como Upstreet, la calle alta:

—Voy a Upstreet —decían—, a la mercería de la cooperativa.

Y realmente era una zona próspera. Tras los escaparates repletos de salmón enlatado, los tenderos aguardaban apostados ante los cortafiambres. Además de la mercería de la cooperativa, del colmado de la cooperativa, la carnicería de la cooperativa, la zapatería de la cooperativa y la panadería de la cooperativa, también estaba Madame Hilda, una casa de modas; y una peluquería que instalaba a las jóvenes clientas en cubículos privados, donde quedaban segregadas por cortinas de plástico mientras les hacían la permanente. No había librerías ni nada por el estilo. Aunque sí había una biblioteca pública y un monumento a los caídos durante la guerra.

De Upstreet salían callejuelas sinuosas con pendientes del veinticinco por ciento, donde se alineaban casas adosadas hechas de piedra local; las habían construido los propietarios de las fábricas a finales del siglo pasado para alquilarlas a los obreros. Las puertas daban directamente a la acera. Tenían dos habitaciones en la planta baja y una de ellas era el salón, al que solían denominar la Casa; así pues, en el caso improbable de que a algún habitante de Fetherhoughton le diera por contar algo sobre su vida, era posible que dijera «Esta mañana he limpiado *lo d'arriba* y por la tarde me pondré con la Casa».

No es fácil reproducir la manera de hablar de los fetherhoughtonianos. Cualquier intento sería inútil y sonaría falso. Se perdería la solemnidad, la formalidad arcaica del dialecto fetherhoughtoniano. El padre Angwin consideraba que era una manera de hablar a la deriva, que cada vez se alejaba más de la lengua que la rodeaba. Como si una corriente hubiera sorprendido a

los fetherhoughtonianos y los hubiera desviado de los límites navegables del inglés, de manera que estuvieran navegando sin rumbo, cabeceando en sus propias aguas, remontando la ensenada sin remos.

Pero esto es una digresión, y en esos hogares no cabían las digresiones. En la Casa tenían una estufa de carbón, la única fuente de calor de toda la vivienda, más allá de algún radiador eléctrico de una sola barra que servía para salir del paso en caso de emergencia. En la cocina, un fregadero hondo y un grifo de agua fría, y también una escalera muy empinada que permitía subir al piso de arriba. Dos dormitorios y un desván, y en el exterior, un patio empedrado compartido por diez casas. Una hilera de carboneras y una hilera de retretes: una carbonera por casa, pero un retrete por cada dos. Esa era la distribución doméstica habitual en Fetherhoughton y en los distritos circundantes.

Fijémonos ahora en las mujeres de Fetherhoughton, tal como las vería un forastero; y es que un forastero podría tener esa oportunidad, porque mientras los hombres permanecían encerrados en las fábricas, a las mujeres les gustaba quedarse de pie en el umbral de sus casas. Y eso era lo que hacían: quedarse de pie. Las actividades recreativas eran para los hombres: el fútbol, el billar y la cría de gallinas. A los hombres se les premiaba la buena conducta: cigarrillos y alguna que otra cerveza en el Arundel Arms. La religión y la biblioteca pública eran para los niños. Las mujeres se limitaban a hablar. Analizaban los motivos, discutían asuntos serios, se encargaban de que la vida siguiera adelante. Entre el aula y su estado actual pasaban por los telares; ensordecidas por el ruido de las máquinas, hablaban a gritos, y sus voces quedaban desperdigadas por las calles sin asfaltar cual chillidos de gaviotas erráticas.

No había árboles en las calles, quedaban expuestas al viento.

Veamos ahora cómo vestían cuando salían de casa (más allá del umbral): impermeables de plástico de un verde espeso, viscoso, como si se tratara de pieles alienígenas. Si por casualidad no llovía, las mujeres se desprendían del impermeable y lo dejaban por la casa, donde parecían reptiles amazónicos enroscados en un letargo transitorio.

En cuanto al calzado, las mujeres llevaban unas zapatillas de andar por casa que parecían patucos, con una gran cremallera en el centro. Cuando salían, se ponían una versión más robusta de ante marrón oscuro. Los toscos zapatos daban paso a unas piernas que parecían tubos y que revelaban poquísimos centímetros de piel antes de llegar al dobladillo de sus grandes abrigos de invierno.

Las jóvenes llevaban unas zapatillas de andar por casa distintas, regaladas por algún pariente en Navidad. Tenían forma de plato y lucían una gruesa gorguera de pelo sintético rosa o azul. Al principio, las suelas de esas zapatillas eran tan duras y brillantes como el cristal; tardaban una semana en gastarse lo suficiente para doblarse y ceder al movimiento de los pies, y durante esa semana su propietaria bajaba la mirada hacia ellas con orgullo, sintiéndose culpable del lujo que suponía que el pelo sintético le cosquilleara en los tobillos. Con el tiempo, sin embargo, el pelo perdía la capacidad de rebotar y se llenaba de migajas; en febrero las fibras ya quedaban apelmazadas por una gruesa capa de fritura.

Desde sus umbrales, las mujeres observaban a los transeúntes y se reían. Apreciaban las bromas cuando alguien las hacía, pero por lo general su entretenimiento consistía en discernir las peculiaridades físicas de la gente que pasaba por allí. Vivían con la esperanza de ver jorobas, rodillas valgas o labios leporinos. No consideraban que fuera cruel burlarse de los afectados, pensaban

que era de lo más natural; eran sentimentales pero despiadadas, mordaces e implacables ante cualquier aberración, desviación, excentricidad o indicio de originalidad. En el pueblo reinaba un espíritu que reprobaba profundamente las pretensiones, hasta el punto de discriminar a quien demostrara ambición, o incluso alfabetización.

De Upstreet también salía Church Street, otra cuesta empinada; allí no vivía nadie, por lo que en lugar de casas adosadas había setos vetustos, en cuyas hojas se acumulaba un perenne sedimento ceniciento de humo y polvo. A medida que te acercabas a la cumbre, Church Street se iba convirtiendo en una calzada amplia, embarrada y pedregosa que en Fetherhoughton se conocía como «el camino del carro». Es posible que en algún momento del siglo pasado hubiera llegado hasta allí alguna persona piadosa en carro; el camino no llevaba a ningún sitio más que a la escuela del pueblo, al convento y a la iglesia de Santo Tomás de Aquino. Desde el camino del carro, partían senderos que permitían llegar hasta la aldea de Netherhoughton y a los páramos.

En lo más alto de una de las callejuelas menores del pueblo había una capilla metodista, cuadrada y roja, con un cementerio al lado en el que los feligreses descansaban en paz tras una vida demasiado corta. Había unos cuantos protestantes desperdigados por las casas adosadas; casi cada patio tenía alguno. En las viviendas de los protestantes no había un calendario con la foto del pontífice a todo color en la puerta del salón, pero, salvo por este detalle, sus casas apenas se distinguían de las otras.

Y aun así los protestantes eran bastante distintos, a ojos de sus vecinos. Eran culpables de una ignorancia dolosa. Se negaban a aceptar los preceptos de la Fe Verdadera. Conocían la iglesia de Santo Tomás de Aquino del pueblo, pero se negaban a entrar en

ella. También se negaban a entregar a sus hijos a la madre Perpetua para que recibieran una buena educación católica, y preferían enviarlos en autobús a una escuela que estaba en otro pueblo.

Con su célebre y peligrosamente dulce sonrisa, la madre Perpetua les decía a los niños:

—No nos oponemos a que los protestantes veneren a Dios a su manera. Pero nosotros, los católicos, preferimos venerarlo como Dios manda.

Los protestantes estaban condenados, por supuesto. Esa ignorancia dolosa tenía un precio. Arderían en el infierno. Disponían de unos setenta años para montar en bicicleta por las empinadas calles, para casarse y para comer pan con manteca: luego llegaría la bronquitis, la neumonía, una fractura de cadera: luego los visita el pastor y la florista prepara la corona: al final, los demonios les desgarrarán la carne con tenazas.

Una idea realmente afable.

La iglesia de Santo Tomás de Aquino era un edificio enorme; tenía las paredes revocadas con una argamasa de hollín y pringue, de manera que el color gris original se había vuelto negro. Quedaba algo elevada sobre una especie de protuberancia del terreno, lo que justificaba que hubiera pequeños tramos de escaleras de piedra y rampas adoquinadas, resbaladizas y cubiertas de musgo; agrupadas en la base de la torre, parecían terriers domésticos correteando a los pies de un vagabundo sucio y peligroso.

De hecho, la iglesia no tenía ni cien años de antigüedad; la habían erigido los irlandeses que llegaron a Fetherhoughton para trabajar en las tres fábricas de algodón. Sin embargo, alguien debió de encargar al arquitecto que le confiriera un aspecto antiguo, como si

siempre hubiera estado allí. En aquellos tiempos pobres y turbulentos era un deseo comprensible, y el arquitecto demostró tener sentido de la historia; un sentido shakesperiano de la historia, con un gran desprecio por las trampas del anacronismo. El miércoles pasado y la batalla de Bosworth están al mismo nivel; el pasado es el pasado, y la señora O'Toole, a la que enterraron el miércoles, se codea con el rey Ricardo en la carrera hacia la eternidad. Así fue, sin duda, como el arquitecto interpretó el encargo. Para él todo era uno y lo mismo, desde los romanos a los hannoverianos; sin duda vestían jubones de cuero y coronas de hierro; quemaban a las brujas; erigían pintorescos y fríos edificios de piedra con ventanas que no eran como las nuestras; se daban palmadas en el muslo y exclamaban «¡cáspita!». Solo una visión como esa podría haber dado lugar al medievalismo de pandereta de la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

El arquitecto había empezado con un estilo vagamente gótico y había terminado con algo sajón y brutal. Había una torre en la parte oeste, sin capitel ni pináculo, pero provista de almenas. El porche tenía bancos de piedra y una sencilla pila bautismal, así como unas esteras malolientes y desgastadas por el roce de los pies; unas esteras que casi siempre estaban empapadas, como si estuvieran compuestas de alguna materia vegetal sedienta.

En la entrada había un arco redondo más bien normando, aunque liso y sin pilares, sin ornamentación de ningún tipo, ni siquiera un simple rombo, un zigzag o un chevrón; el arquitecto debía de tener un mal día cuando diseñó aquella entrada, y la puerta estaba sujeta con correas y bisagras que parecían evocar aquellos tiempos de asedio y hambruna en los que los pocos supervivientes se veían obligados a comer ratas.

Dentro de la iglesia, en una penumbra propia de una mina, había una pila profunda y sin ornamentos, sostenida sobre un único pilar y lo suficientemente grande para alojar un parto múltiple o para sumergir a una oveja. El órgano estaba en el lado oeste, en una galería donde la oscuridad era todavía más profunda; a la galería en sí misma, aunque no lo sabías hasta que te habías sumergido en aquella negrura, se accedía a través de una puerta muy baja con una versión a escala de las bisagras de asedio, y daba a una traicionera escalera de caracol con peldaños de más de treinta centímetros de altura. Había dos capillas laterales y dos naves, y era en las arcadas donde el delirio del arquitecto se volvía más evidente, ya que los arcos eran redondos o apuntados, se diría que según lo que se le antojó en cada momento, y mientras deambulabas por la nave la confusión de estilos confería a la iglesia un aire engañosamente heroico, como si hubiera sido construida como tantas grandes catedrales europeas, en campañas sucesivas con cien años de separación de por medio. Los fustes de las columnas eran cilindros macizos y rechonchos de una piedra grisácea finamente picada, mientras que los capiteles sin talla parecían simples cajas de embalaje.

Las ventanas ojivales estaban agrupadas de dos en dos y coronadas por una tracería caprichosa, aquí un círculo, aquí un trébol de cuatro hojas, aquí una pica. Cada una de las vidrieras representaba a un santo, cuyo nombre estaba escrito en un pergamino desenrollado con letras góticas ilegibles de color negro; los rostros de todos los santos eran idénticos y las expresiones, muy parecidas. El vidrio en sí era el típico de las fábricas; su textura gruesa rechazaba la luz y tenía un aire industrial, mientras que sus colores eran insolentes, infames: un verde semáforo, un azul de

envoltorio de azúcar y el rojo apagado pero a la vez ácido de la mermelada de fresas barata.

El suelo era de losas de piedra, y los largos bancos estaban barnizados con un tinte rojizo y almibarado; las puertas del único confesionario eran bajas y tenían pestillo, como las puertas de las carboneras.

El padre Angwin y el obispo salieron de la sacristía por el pasillo abovedado y ventoso y aparecieron junto a la capilla de Nuestra Señora, en el pasillo norte. Miraron a su alrededor, aunque no les sirvió de nada. En general, la iglesia de Santo Tomás de Aquino era tan oscura como Notre Dame y se le parecía en otro aspecto alarmante: que en cualquier momento, estando en una parte, perdías cualquier noción de lo que pudiera estar sucediendo en otra. No se veía el techo, aunque en Santo Tomás de Aquino tenías la inquietante sensación de notarlo, como si no lo tuvieras muy alejado de la cabeza y de vez en cuando descendiera un poco, apenas unos centímetros, delatando su ambición de unirse, un día de invierno cualquiera, con las losas de piedra del suelo, y formar así un único bloque sólido de mampostería relleno de feligreses. Los espacios interiores de la iglesia eran zonas oscuras conectadas por canales todavía más oscuros. Había santos de yeso, que el obispo contemplaba en esos momentos en la medida de sus posibilidades, y ante la mayoría de ellos, en toscos soportes de hierro que parecían barrotes de jaula, había velas encendidas; aun así, esas velas ardían sin emitir luz, como el gas de los pantanos, parpadeando ante un viento imperceptible pero jadeante. Había corrientes de aire, en efecto, y perseguían a los feligreses como una mala reputación, aferrándose a sus tobillos y trepando por su ropa como suelen hacer

los gatos con las personas que los detestan. Pero cuando la iglesia estaba vacía las corrientes de aire se aplacaban, se limitaban a silbar de vez en cuando cerca del suelo, y las llamas de las velas se alzaban hacia el techo, rectas y finas como alfileres de modista.

—Estas estatuas... —dijo el obispo—. ¿No tendrá usted una linterna?

El padre Angwin no respondió.

—Entonces hágame una visita guiada —exigió el obispo—. Empiece por aquí. No identifico a este tipo. ¿Es un negro?

—En realidad no. Está pintado. Muchos lo están. Es san Dunstán. ¿No ve que lleva las tenazas?

—¿Para qué quiere las tenazas? —preguntó el obispo con rudeza, mirando al santo con hostilidad y sacando barriga.

—Trabajaba en la forja cuando el diablo acudió a tentarlo, y el santo le agarró la nariz con unas tenazas al rojo vivo.

—Me pregunto qué clase de tentaciones pueden asaltarte cuando estás trabajando en una forja —comentó el obispo, mirando fijamente hacia la oscuridad—. Hay muchas, padre. Tiene usted más estatuas que cualquier otra iglesia de la diócesis —añadió, antes de seguir avanzando por el pasillo—. ¿De dónde han salido?

—Ya estaban aquí cuando yo llegué. Siempre han estado aquí.

—Usted sabe que eso es imposible. Están ahí porque alguien lo decidió en un momento dado. ¿Quién es esa mujer de las pinzas? Esto parece una ferretería.

—Es Apolonia. Los romanos le arrancaron los dientes. Es la patrona de los dentistas —le explicó el padre Angwin, levantando la mirada hacia el rostro cabizbajo e inexpresivo de la mártir. Luego se encorvó, sacó una vela de la caja de madera que había a los pies de la estatua y la encendió sirviéndose de la única llama que ardía debajo de san Dunstán. Sujetó la vela con cuidado y la metió en uno

de los candeleros vacíos de Apolonia—. Aquí nadie se acuerda de ella porque nadie va al dentista. Los lugareños pierden los dientes muy pronto y lo consideran un alivio.

—Sigamos —dijo el obispo.

—Estos son mis cuatro Padres de la Iglesia. Como puede ver, san Gregorio lleva la tiara papal.

—No veo nada de nada.

—Pues fíese de lo que le digo. Y san Agustín sostiene un corazón, ¿lo ve?, atravesado por una flecha. Y los otros padres están aquí: mire, ese es san Jerónimo, con su pequeño león.

—Realmente es una bestia muy pequeña —comentó el obispo, inclinándose hacia delante para comparar su nariz con el hocico del animal—. No es nada realista.

El padre Angwin posó la mano sobre la melena arqueada del león y recorrió el lomo de piedra con el dedo índice.

—Es mi preferido entre todos los padres de la Iglesia. Me lo imagino en el desierto, con los ojos desorbitados y las rodillas desnudas de ermitaño.

—¿Quién queda? —preguntó el obispo—. Ambrosio. Ambrosio con su colmena.

—San Enjambre, lo llaman los niños. Sucedió algo parecido hace dos generaciones, cuando en la parroquia se mencionó que san Agustín fue el obispo de Hipona y no se puso suficiente énfasis en la última sílaba. Desde entonces, me temo que ha habido mucha confusión entre los jóvenes, ya sabe, transmitida meticulosamente por sus padres.

El obispo soltó un leve gruñido gutural y el padre Angwin tuvo la sensación de haber caído en una trampa; el obispo seguramente le daba importancia al hecho de que los feligreses estuvieran confundidos.

—¿Acaso importa? —se apresuró a decir el padre Angwin—. Fíjese en santa Águeda, pobre alma cristiana, llevando sus senos en una bandeja. ¿Por qué es la santa patrona de los fundidores de campanas? Porque se cometió un pequeño error con la forma acampanada de los pechos, es comprensible. ¿Por qué bendecimos el pan en la mesa el 5 de febrero? Porque los pechos, además de parecer campanas, también parecen panecillos. Es un error inofensivo. Y más decente que la verdad. No es tan cruel.

Ya casi habían llegado al final de la iglesia, y en el pasillo norte, frente a ellos, había más santos: san Bartolomé empuñaba el cuchillo con el que lo despellejaron; santa Cecilia, su órgano portátil. Una representación de la virgen, con la expresión bobalicona que le conferían su sonrisa enfermiza y su nariz descascarillada, extendía los brazos azules en una pose rígida bajo sus ropajes, y santa Teresa, la Pequeña Flor, fruncía el ceño bajo su corona de rosas.

El obispo cruzó la iglesia y se fijó en el rostro de la carmelita mientras le daba palmaditas en un pie.

—Hago excepciones, padre —dijo—. Nuestros muchachos en las trincheras de Flandes dirigían sus plegarias a la Pequeña Flor, y me atrevería a afirmar que algunos ni siquiera eran católicos. Hay santos para los tiempos que vivimos, padre, y esta de aquí es un ejemplo espléndido para todas las católicas. Es posible que pueda quedarse. Me lo pensaré.

—¿Quedarse? —preguntó el párroco—. ¿Adónde irán las demás?

—Fuera —se limitó a responder el obispo—. ¿Adónde? No me importa. De algún modo, padre Angwin, conseguiré arrastrarlos a usted y a sus feligreses hasta los años cincuenta, el tiempo que nos ha tocado vivir. No puedo tolerar esta actitud, padre, no puedo tolerar esta idolatría.

—Pero no son ídolos. Solo son estatuas. Son representaciones.

—Si yo ahora saliera a la calle, padre, y me topara con uno de sus feligreses, ¿cree que podría darme por satisfecho, padre? ¿Cree que esa persona sería capaz de distinguir entre el honor y reverencia que concedemos a los santos y la adoración que le corresponde a Dios?

—Charlatán —replicó el padre Angwin—. Descristianizador. Saladino —dijo antes de levantar más la voz—. Las cosas no son como usted piensa. Aquí la gente tiene unos conocimientos muy deficientes del poder de la oración. Son gente sencilla. Yo mismo soy un hombre sencillo.

—Soy consciente de ello —dijo el obispo.

—Los santos tienen sus áreas de interés, sus atributos. Y la congregación se aferra a ellos.

—Pues tendrán que renunciar a eso —le espetó el obispo sin contemplaciones—. No pienso tolerarlo. Las estatuas deben desaparecer.

Mientras pasaba frente al Arcángel Miguel, el padre Angwin levantó la mirada, vio la balanza con la que el santo pesa las almas humanas y luego bajó la vista hacia el pie de la estatua: era un pie desnudo, musculado, casi una garra, que en ocasiones le había parecido simiesco. Atravesó la galería hacia la penumbra más densa y aterciopelada, donde se encontraba el propio Santo Tomás. El Doctor Angélico ocupaba una posición central sobre su pedestal, con la mirada pétrea clavada en el altar mayor mientras la estrella que sostenía en sus delicadas manos proyectaba unos rayos sin luz hacia la gran oscuridad.

2

Cuando regresaron a la rectoría, el obispo se mostró alborotado y ofensivo. Quiso más té, y también galletas.

—No lo discutiré —dijo—. No pienso discutir más. Su congregación tiene supersticiones que avergonzarían incluso a los campesinos sicilianos.

—Pero me temo —repuso el padre Angwin— que si suprime las estatuas y luego el latín, luego los días de fiesta, los de ayuno, las vestimentas...

—No he dicho nada respecto a eso, ¿verdad?

—Ya, pero puedo ver el futuro. El caso es que los feligreses dejarán de venir. ¿Por qué tendrían que hacerlo? ¿Por qué tendrían que ir a la iglesia, pudiendo quedarse en la calle?

—No estamos aquí por las florituras y las baratijas, padre —dijo el obispo—. No estamos aquí por las cursilerías. Estamos aquí por el testimonio cristiano.

—Tonterías —replicó el párroco—. Los lugareños no son cristianos. Son paganos y católicos.

Cuando Agnes Dempsey llegó con las galletas se dio cuenta de que el padre Angwin estaba en apuros: temblaba, sudaba y no paraba de pasarse la mano por la frente. Se quedó en el pasillo para intentar captar lo que pudiera.

—Bueno, vamos a ver... —dijo el obispo, y Agnes detectó enseguida que estaba alarmado—. No se lo tome así. No estoy diciendo que no pueda tener imágenes. No estoy diciendo que no

pueda tener ninguna estatua. Lo único que digo es que debemos adaptarnos a los tiempos que vivimos.

—No veo por qué, gordo idiota —replicó el párroco de forma audible.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el obispo—. No para de hablar con voces diferentes. Y me está insultando.

—Si decir la verdad le parece un insulto...

—Da igual —zanjó el obispo—. Tengo un carácter fuerte. Sin embargo, padre Angwin, creo que debería usted tener un asistente. Un muchacho joven que sea fuerte como yo. Me parece que no sabe usted casi nada sobre la vida moderna. ¿Ve la televisión? —preguntó, a lo que el padre Angwin negó con la cabeza—. Ni siquiera tiene radio, ¿verdad? —constató el obispo—. Pues debería, ¿sabe? La radio es nuestro mayor activo, aunque debe usarse con sabiduría. No puedo enumerar las bondades que ha obrado en la República, contribuyendo al entendimiento entre diferentes confesiones mediante las «Respuestas radiofónicas» de Rumble and Carty. Debe contar con ello, padre, es el futuro —insistió el obispo, golpeando la repisa de la chimenea como hizo Moisés con la roca.

El padre Angwin lo observó con atención. Si el obispo era irlandés, ¿de dónde había salido aquella complexión anglosajona, a veces rosada y otras azulada? De un colegio privado, sin duda, de un colegio privado inglés de bajo nivel. Si hubiera dependido del padre Angwin, al obispo no lo habrían educado, o al menos no de ese modo. Le convenía saber quién fue Galileo, y cantar en el coro durante varias horas seguidas. Las vidas de los santos le habrían bastado, y el movimiento de las esferas, y unos conocimientos prácticos sobre ganadería lechera o algo parecido; eso sí que resultaba útil para la economía pastoral.

Cuando se decidió a expresar estos pensamientos en voz alta, el obispo lo miró fijamente. Fuera, la señorita Dempsey se quedó petrificada, con los ojos azules cada vez más brillantes, chupándose un dedo como una niña que acabara de quemarse con la estufa. Oyó pasos por encima de su cabeza, en el pasillo, en el dormitorio. Son fantasmas, pensó, y están pisando el suelo recién fregado. Doctores angélicos, mártires vírgenes. Se oyeron unos portazos en el piso de arriba.

La lluvia había amainado, y el silencio se apoderó de la casa. El obispo era un hombre moderno, sin paciencia para los escrúpulos, sin tiempo para recorrer los antiguos senderos de la fe; ¿y qué se puede hacer contra un hombre moderno? Cuando el padre Angwin volvió a hablar, lo hizo sin la menor contención; su tono revelaba un cierto hastío.

—Esas estatuas son de tamaño natural —dijo.

—Pues busque a alguien que le ayude —replicó el obispo—. Tiene muchas opciones. Convoque a los feligreses. Pida a los hombres de la Fraternidad que se encarguen de ello.

—¿Y dónde quiere que las meta? No puedo destruirlas.

—Estoy de acuerdo, no sería del todo decente. Guárdelas en su garaje. ¿Qué le parece?

—¿Y mi vehículo?

—¿Qué? ¿Eso que tiene ahí afuera?

—Mi coche —dijo el padre Angwin.

—¿Ese montón de chatarra? ¿Por qué no lo deja a la intemperie?

—Es cierto —dijo el padre Angwin con humildad—, el coche no vale nada. Se ve la calzada a través del suelo mientras conduces.

—Todavía me acuerdo de cuando los mozos iban de un lado a otro en bicicleta —dijo el obispo con aspereza.

Los mozos, pensó el párroco. ¿Ahora se pone a hablar de mozos?

—Actualmente, usted no podría ir a Netherhoughton en bicicleta —replicó el padre Angwin—. Lo tirarían al suelo para quitársela.

—¡Cielo santo! —exclamó el obispo, tras lo que miró por encima del hombro, puesto que no conocía en absoluto la geografía de ese lugar remoto y septentrional de la diócesis—. ¿Hay hombres de Orange por aquí?

—Tienen una logia. Y todos forman parte de ella, incluso unos cuantos católicos. Celebran fiestas con fuegos artificiales en Netherhoughton. Y asan bueyes. Y juegan al fútbol con cabezas humanas.

—A partir de cierto punto, exagera usted —constató el obispo—. Aunque no sabría decir cuándo empieza.

—¿Le gustaría hacer una visita pastoral?

—Por supuesto que no —replicó el obispo—. Tengo asuntos urgentes que resolver, debo marcharme. Puede quedarse con Santo Tomás de Aquino, con la Pequeña Flor Santa Teresa y con la Santísima Virgen; eso sí, intente que le reparen la nariz.

La señorita Dempsey se apartó de la puerta. El obispo salió al pasillo y la fulminó con la mirada. Ella se apresuró a limpiarse las manos en el delantal y se arrodilló en el suelo.

—¿Puedo besarle el anillo, monseñor?

—Vamos, váyase, mujer. Vuelva a la cocina. Contribuya con algo práctico, ¿de acuerdo?

—El obispo no tolera la piedad del ignorante —dijo el padre Angwin.

La señorita Dempsey se puso de pie con dificultad. Dos grandes zancadas bastaron para que el obispo cruzara el vestíbulo, con un movimiento de brazos se puso la capa y luego abrió la puerta principal para enfrentarse a aquel día húmedo y ventoso.

—Se acabó el verano —comentó—. Aunque tampoco es que se note mucho en este confín de la diócesis.

—Permítame que lo acompañe hasta su espléndido vehículo —dijo el padre Angwin con los hombros encorvados y una actitud servil.

—No es necesario —dijo el obispo. Ocupó el asiento del conductor con un leve gruñido. Sabía que Angwin estaba enojado, pero no quería que hubiera un escándalo en la diócesis—. Vendré a visitarlo de nuevo —prometió—, cuando menos se lo espere. Para asegurarme de que ha cumplido con todo lo acordado.

—Chachipiruli —respondió el padre Angwin—, tendré preparado el aceite hirviendo para usted.

El obispo se alejó, acompañado por el rugido del motor y el sonido metálico de los engranajes; en la primera curva unos escolares lo obligaron a frenar de golpe cuando salieron en procesión por la puerta hacia el barracón, donde les esperaba la comida. El obispo presionó el claxon con el puño y dedicó dos largos bocinazos a aquellos piojos, que corrieron a dispersarse por la zanja. Luego salieron arrastrándose, con hojas húmedas pegadas en las rodillas desnudas, y siguieron al obispo con la mirada.

En el salón del padre Angwin, el pequeño reloj de la repisa de la chimenea tocó las doce.

—Demasiado tarde —dijo Agnes Dempsey, abatida—. Me refiero, padre, a que estaba pensando en algo que pudiera animarlo. Si le reza a Santa Ana antes de las doce en miércoles, recibirá una sorpresa agradable a lo largo de la semana.

El padre Angwin negó con la cabeza.

—Los martes, Agnes, querida. No los miércoles. Debemos ser rigurosos con estos asuntos.

Las cejas invisibles de la señorita Dempsey se arquearon de un modo casi imperceptible.

—Ahora entiendo que nunca me haya funcionado. Pero hay otra cosa sobre la que debo alertarle, padre. Oigo a alguien caminando por el piso de arriba cuando no hay nadie.

Nerviosa, se llevó la mano a los labios y aprovechó para tocarse la verruga.

—Sí, ya lo sé —dijo el padre Angwin mientras se sentaba, encogido, en una silla de la mesa del comedor, con la cabeza de color óxido inclinada—. A menudo pienso que soy yo mismo.

—Pero usted está aquí.

—En estos momentos sí. Tal vez sea una señal. Una advertencia de que alguien está a punto de llegar.

—¿El Señor? —preguntó la señorita Dempsey con vehemencia.

—El vicario. El obispo me ha amenazado con enviarme a un vicario. Sería un vicario realmente fuera de lo común... alguien capaz de caminar sin pies y de atravesar las paredes. Pero no. Seguramente no. —Se obligó a enderezar la espalda—. Supongo que el obispo me enviará a un espía corriente. Con poderes corrientes.

—Un esbirro.

—Exacto.

—¿Qué piensa hacer con las estatuas, padre? Usted sabe que el garaje no tiene techo, en el sentido estricto de la palabra. Quedarían expuestas a la humedad. Quedarían llenas de moho. No me parece adecuado.

—Usted cree que deberíamos tratarlas con reverencia, Agnes. Usted cree que no son simples bultos de yeso y pintura.

—Conozco a esas estatuas desde siempre, padre —dijo Agnes con ardor—. Lo que se dice de toda la vida. Ni siquiera seremos capaces de orientarnos por la iglesia sin ellas. Parecerá un granero enorme y mugriento.

—¿Se le ocurre alguna idea?

—Podríamos enviarlas a otro lugar. Que las tenga otra gente. Las Hijas de María aceptarían turnarse para acoger a santa Águeda en sus casas. Pero necesitaríamos una camioneta, eso sí. La estatua no entrará en su coche.

—Pero se cansarían de ella, Agnes. Imagínese que una de ellas se casa. Al marido podría no gustarle la presencia de la santa en la casa. Y luego, ya sabe, a la gente de Fetherhoughton no le sobra precisamente el espacio. Me temo que no sería una solución permanente.

La señorita Dempsey lo miraba con una expresión obstinada.

—Deberíamos guardarlas. Por si cambian al obispo.

—No. Me temo que ningún obispo las querría. Estamos pidiendo que el tiempo retroceda. El obispo tiene razón sobre muchas cosas, aunque yo preferiría que se limitara a la política y se mantuviera al margen de la religión.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —La señorita Dempsey levantó una mano, vaciló un instante y luego se tocó la verruga—. Para mí esas estatuas son como personas. Es como si fueran parientes míos. Y no se me ocurriría guardar a mis parientes en un garaje.

—La fe ha muerto —sentenció el padre Angwin—. El tiempo de la fe ha terminado. Y habiendo muerto la fe, si no queremos convertirnos en autómatas, debemos aferrarnos a nuestras supersticiones tanto como podamos —dijo, levantando la mirada—. Tiene usted razón, Agnes. No sería adecuado meterlas en un garaje como quien guarda leña para el invierno, y tampoco pienso permitir que vayan de un lado a otro por la parroquia y alguien las acabe abandonando en cualquier rincón. Las conservaremos juntas. Y en algún sitio concreto, para saber dónde están. Las enterraremos. Eso es lo que haremos. Las enterraremos en los terrenos de la iglesia.

—Cielo santo —exclamó Agnes con los ojos llenos de lágrimas de temor y furia—. Tendrá que perdonarme, padre, pero hay algo en esa idea que me parece horrible.

—No celebraremos un funeral —dijo el padre Angwin—. Será solo un confinamiento.

No se podía decir que en Fetherhoughton existiera un pregón informativo, puesto que en un lugar tan azotado por las corrientes de aire las palabras se las habría llevado el viento. No obstante, cuando los escolares salieron al recreo al día siguiente, todo el mundo ya estaba al tanto de las novedades.

La escuela de Santo Tomás de Aquino había sido, en tiempos de los abuelos, una sola aula alargada; sin embargo, el vandalismo y la mala conducta de las sucesivas generaciones habían convertido en imposible aquella forma tan confusa de educación, de manera que a aquellas alturas unas endebles particiones dividían a los chicos por edades. Por supuesto, cuando se fundó la escuela, se consideraba que, una vez cumplidos los doce años, los chicos y chicas ya no necesitaban seguir estudiando aritmética ni saber recitar versos, de manera que se les lanzaba al mundo para que empezaran su carrera adulta entre la maquinaria textil. Sin embargo, la civilización había avanzado tanto que ahora los quinceañeros ocupaban el aula de nivel superior y le sacaban dos palmos a la madre Perpetua, que era la directora del centro y también la responsable de mantener a esos alumnos del nivel superior alejados de los excesos propios de la juventud frustrada.

Y eso que no era una juventud como la que conocemos hoy en día, porque por aquel entonces la juventud era algo que se estaba inventando sobre la marcha en otras partes. Hasta Fetherhoughton

llegaban débiles indicios de ello; los chicos de quince años se alisaban el pelo por encima de sus huesudas frentes y, a veces, como la gente que sufre una enfermedad nerviosa y está sometida a tics incontrolables, se rasgueaban repetidamente la barriga con la mano en forma de garra. La madre Perpetua lo llamaba «imitar grupos de jazz callejero» y lo consideraba una infracción punible.

Esos chicos eran jóvenes que ni siquiera habían crecido del todo, con los rostros irritados por estar expuestos a los vientos de los páramos mientras pegaban puntapiés a balones de fútbol. Eran vagos y descuidados, y la infancia todavía les pisaba los talones. Los cuellos estrechos los delataban, así como sus tebeos y sus repentinos e indecorosos arrebatos de entusiasmo, que se consideraban indecorosos porque el entusiasmo era una manera tonta de desperdiciar la energía para los destinados a vivir encadenados al matrimonio y a la fábrica.

Entre las chicas mayores, en cambio, no quedaban vestigios de la infancia. Las chicas mayores vestían cárdigans y durante el recreo merodeaban en grupo pegadas al muro, con los rostros melancólicos, difundiendo chismes. Se cruzaban de brazos, se aferraban a las mangas de lana: manos regordetas y pechos caídos como los de sus abuelas. La ropa barata que vestían a menudo les quedaba pequeña, y era precisamente eso lo que les confería un aire de feminidad indecente; en el mundo exterior era una regla que las chicas dejaran de crecer más o menos a esa edad, pero viendo a las chicas mayores de Fetherhoughton uno pensaría que nunca iban a dejar de crecer, que acabarían devorando el mundo. Las sillas del aula crujían bajo sus traseros; de vez en cuando, se inclinaban hacia delante, se balanceaban y, de un modo estridente, rítmico y terrible, se reían: je, je, je.

Las chicas no aprendían nada; o si aprendían algo, lo olvidaban de inmediato, como si lo ordenara la normativa. Para ellas, la escuela era una especie de prisión. Muchas eran cortas de vista, algunas desde muy temprana edad; la enfermera de la escuela llegaba con unas tarjetas con letras impresas, les graduaba la vista y el Estado les regalaba las gafas, pero ellas nunca se las ponían. «Los hombres casi nunca se insinúan a las chicas que llevan gafas». Pero nadie se les insinuaría de todos modos. El proceso por el que acababan apareándose y reproduciéndose era invisible, y estaba bien que así fuera. Teniendo en cuenta el éxito sexual que les esperaba, más les habría valido corregir su astigmatismo.

Mientras las chicas mayores se apoyaban en el muro, y mientras los chicos mayores jugaban al fútbol en el rectángulo asfaltado, los más pequeños de Fetherhoughton, con las garras y los dientes ensangrentados, pasaban el tiempo jugando al pillapilla, a la rayuela o saltando a la comba. Sus juegos se desarrollaban en un ambiente de intolerancia que suponía una agonía para los que no sabían saltar o no tenían sentido del ritmo; respecto al pillapilla, solían ensañarse con algún pobre chaval todavía más desaliñado, estúpido o escuálido que los demás, y berreaban su nombre para anunciar que «la llevaba» y que tenía que pasársela a alguien. Entre los que no participaban en esos juegos, había los que se entretenían saltando, una y otra vez, desde el muro bajo que dividía el nivel superior del patio del inferior; otros se enzarzaban en peleas. El nivel de desorden y la frecuencia de las lesiones eran tan elevados que la madre Perpetua se vio obligada a segregar a los más pequeños del resto de los alumnos durante el recreo, encorralándolos en un patio empedrado y maloliente que estaba tras el edificio; era allí, a la sombra de un muro cubierto de musgo de unos seis metros de altura, donde estaban las letrinas de la escuela. Llamarlas lavabos no

sería justo, puesto que no estaban equipadas con lavamanos. Lavarse las manos se habría considerado un amaneramiento.

Por encima de la escuela, el terreno se elevaba abruptamente hacia el convento y la iglesia; por debajo, decrecía hacia el pueblo. La gente del lugar llamaba a las lúgubres pendientes boscosas que flanqueaban el camino del carro «las terrazas». Desde el muro que quedaba en el extremo inferior del patio, los niños miraban hacia las copas de los árboles; detrás de la escuela, por encima del muro que encerraba a los más pequeños, podían ver las raíces nudosas, desamparadas y prominentes de otros árboles que sobresalían de la ladera y seguían creciendo al aire libre. Esas terrazas eran lugares sin luz, sin puntos de apoyo, y era una peculiaridad de los árboles que allí crecían que solo tuvieran follaje en la parte superior, de manera que por debajo de aquel manto verde no había más que un kilómetro y medio de ramas negras y retorcidas como la labor de punto de una bruja. El otoño llegaba temprano; y el suelo, en todas las estaciones del año, no era más que un triste manto de hojas muertas.

Ese día en concreto, el patio estaba más animado que de costumbre; los niños se agrupaban de repente para dispersarse de nuevo enseguida, y correteaban lloriqueando por el asfalto, amontonándose contra el muro divisorio.

«San Hipo», gritaban, y también «san Enjambre»; abrían los brazos como las alas de los bombarderos y giraban y se lanzaban en picado, imitando el aullido de los motores, el crujido del impacto y el zumbido de las llamas.

La madre Perpetua los observaba desde la puerta de la escuela. Estuvo mirándolos durante uno o dos minutos y luego, con un enérgico frufrú, se sumergió en las sombras y volvió a aparecer blandiendo su vara. Se levantó el hábito un palmo, mostrando sus

zapatos negros con cordones, y en unas cuantas zancadas se plantó enseguida entre los niños con el brazo levantado, de manera que la manga le cayó hacia atrás, revelando las capas interiores de lana negra.

—¡Adentro, adentro! —gritaba la madre Perpetua—. ¡Haced el favor de entrar de una vez!

Con la vara iba atizando los jerséis raídos de los niños que, chillando, se dispersaron. Sonó una campana y, boquiabiertos, corrieron a formar filas para volver sollozando a las aulas. La madre Perpetua los observó hasta que el patio quedó vacío; un viento húmedo le agitó las faldas. Con la vara bajo el brazo, se dirigió hacia la verja de la escuela y subió calle arriba para ir a ver al padre Angwin. Mientras pasaba junto al convento, examinó las ventanas en busca de señales de vida, pero no detectó ninguna; no vio nada que le desagradara.

Incapaces de deletrear su nombre, los lugareños siempre la habían llamado madre Priepetua; los alumnos más irreverentes incluso solían llamarla madre Prieta, y hacía años que el padre Angwin no pensaba en ella bajo ningún otro nombre. Prieta era una mujer achaparrada y de mediana edad, aunque no está bien especular sobre la edad exacta de las monjas. Tenía la piel pálida y bastante mullida, y la nariz carnosa; su risa era coqueta y ronca, y cuando se reía solía echarse hacia atrás la esquina del velo sobre el hombro izquierdo; sus dientes parecían lápidas.

La señorita Dempsey la acompañó ejerciendo de criada, con las manos juntas más o menos a la altura del botón inferior de la chaqueta.

—La madre Priepetua —anunció en tono serio y respetuoso. El padre Angwin no estaba leyendo su breviario, pero de repente lo cogió de la mesa que tenía al lado, en una especie de acto defensivo. Agnes retrocedió un paso para dejar entrar a la monja y se quedó inquieta, jugueteando con sus perlas artificiales, con las comisuras de los labios hacia abajo—. ¿Querrán una taza de té? —preguntó, dejando que sus ojos recorrieran la estancia de un lado a otro. Sin esperar respuesta, hizo lo posible por pasar inadvertida: se puso detrás de la madre Perpetua y salió por la puerta caminando de espaldas.

Perpetua dio un pequeño paso animado, arqueando el empeine de los zapatos negros de cordones.

—Vaya, veo que le he interrumpido —dijo.

Espero que Agnes no traiga té, pensó el padre Angwin. Espero que no se tome esa libertad. Sería un incentivo para Prieta.

—¿Quiere sentarse? —dijo el párroco.

Prieta lo ignoró y continuó con su danza.

—¿Debo creer lo que ha llegado a mis oídos? —preguntó la monja —. ¿Es cierto que el obispo quiere deshacerse de las estatuas?

—Es cierto.

—Siempre pensé que la iglesia estaba demasiado abarrotada. Aunque no me corresponde a mí decirlo.

—No le corresponde a usted decirlo —murmuró el padre Angwin.

Prieta se echó la punta del velo por encima del hombro.

—¿O sea que es cierto? ¿Y se propone enterrarlas? ¿Qué pretende usted, padre? ¿Que el pueblo suba hasta aquí con coronas de flores? ¿O que la congregación actúe como si fuera lo más normal del mundo y finja que las estatuas no están enterradas y encienda las velas alrededor de las tumbas?

—Es usted quien las ha llamado tumbas. Yo solo he hablado de «hoyos». No será un funeral. No será un rito. Solo es una medida.

Al oírse decir eso, el padre Angwin sintió cierto consuelo. «Una medida» era una palabra que concedía cierta distancia, cierta dignidad, un aire calculador.

—¿Y cuándo se propone tomar esa medida?

—He pensado en el sábado. Para que puedan ayudarme los hombres de la Fraternidad.

—Bueno, yo puedo prestarle a la hermana Philomena. Es una chica fuerte, puede ayudarles a cavar. Es una digna hija de las tierras *oirlandesas*.

Dijo «oirlandesas», imitando el acento de la hermana Philomena a modo de broma. Y es que no se puede esperar gran cosa del humor de las monjas. Prieta soltó una carcajada ronca y se sacudió el velo de nuevo.

—He oído que lo han amenazado con traerle a un vicario —añadió.

El padre Angwin se fijó en la expresión que había utilizado. Levantó la mirada. La madre Perpetua tenía un hueco entre los incisivos superiores; algo nada infrecuente, pero el párroco se dio cuenta de que no podía evitar mirarlo. Pensó en la madre Perpetua como una caníbal, e imaginó que utilizaba ese espacio para arrancar y chupar los trozos más tiernos de sus víctimas.

—Bueno, nunca se sabe —dijo la monja—. Sangre fresca.

El sábado siguiente era el día que el padre Angwin había designado para el «confinamiento»; había decidido llevarlo a cabo al atardecer, para cubrir lo indecente con un velo de decencia. El tiempo se había despejado, y el sol poniente teñía las almenas de un tono dorado; en el aire húmedo e impregnado de olor a musgo, las golondrinas se

lanzaban en picado y describían círculos por encima de la casa parroquial.

Los hombres de la Fraternidad se presentaron con sus trajes verde oscuro y un aire de duelo.

—No sé —dijo el padre Angwin—, ¿no habría sido más adecuado que vinieran vestidos de pana?

Todos los años que llevaba en la parroquia no le habían servido para reconciliarse con el carácter extraño e híbrido del lugar. Sabía muy bien que aquellos hombres eran oficinistas y obreros, y que por tanto no tenían trajes de pana, ni camisas de lana, ni botas rústicas.

Los hombres casados, por lo general, evitaban la Fraternidad. No acudían a la iglesia más de una vez al año, y normalmente durante la Pascua; la iglesia era un asunto que dejaban en manos de sus esposas. En cambio, había muchos solteros en la parroquia, casi todos hombres de mediana edad, deshidratados por la abstinencia y cetrinos por su gran devoción; eran clérigos frustrados, aunque la mayoría de ellos eran demasiado humildes o estúpidos para presentarse como candidatos al sacerdocio. Los hombros manchados de sus chaquetas olían a moho, y las medallas sagradas que llevaban prendidas tintineaban cuando caminaban. Algunos, como el padre bien sabía por el confesionario, eran partidarios de la austeridad: comían con moderación y renunciaban al tabaco, aunque el párroco sospechaba que también recurrían a cilicios y flagelos. Solo las muestras de devoción extremas y superfluas podían iluminar aquellos ojos tan apagados. Vivían esperando el día en que pudieran ayudar a una monja anciana a cruzar la calle o recibir el saludo de un monseñor.

El terreno lo habían preparado unos profesionales, puesto que el padre Angwin no tenía ninguna intención de sobrecargar ni de sobreestimar a su congregación. Había convocado al sepulturero del

cementerio y a su ayudante, un servicio que Santo Tomás de Aquino compartía con la parroquia vecina; los fetherhoughtonianos no merecían uno para ellos solos. Los dos artesanos habían mantenido una (acalorada) discusión con el padre Angwin en el porche de la iglesia, y solo al final, cuando el dinero hubo cambiado de manos, comprendieron la lógica del argumento del párroco. Cierto, su trabajo no consistía en cavar hoyos; esa no era su vocación, no encajaba con ellos. Para una tarea de ese tipo habría sido mejor que contratara, como uno de ellos bien le hizo saber, a un jardinero. Pero dado que los hoyos debían tener forma de tumba, podría haberse considerado una intromisión profesional; además, los hoyos no debían ser tan hondos como las tumbas, de manera que el trabajo sería sencillo. En eso le dieron la razón, así que se pusieron a cavar detrás del garaje.

Cuando el padre Angwin vio los hoyos, se cruzó de brazos como si más allá de la sotana estuviera abrazando una ansiedad indescriptible, etérea; lo que veía era un camposanto preparado para una masacre o una atrocidad inminente, y se preguntó para sus adentros, como suelen hacer los niños listos: si Dios sabe cómo acabaremos, ¿por qué no puede impedirlo? ¿Por qué el mundo está tan lleno de malicia y crueldad? ¿Por qué Dios tuvo que crearlo y concedernos libre albedrío, si ya sabía que nos autodestruiríamos ejerciéndolo? Luego recordó que no creía en Dios y entró en la iglesia para supervisar la retirada de las estatuas de sus pedestales.

El padre Angwin estaba familiarizado con los principios que rigen las palancas y las poleas, pero fue la hermana Philomena quien, con su ejemplo, animó a los hombres de la Fraternidad a realizar el esfuerzo necesario. Cuando hubieron sacado las estatuas y los hombres hubieron enrollado de nuevo sus cuerdas y recogido las palas, les llegó el aroma de la piel de la monja, filtrado a través del

grueso hábito negro, y se alejaron con sus cuerpos célibes sacudidos por algo que no comprendían. Era una chica alta y de aspecto saludable que llevaba medias de lana. Podían percibir el olor a jabón de su piel, de sus cejas y de sus pies, así como de otras partes que jamás se mencionan de una monja. Era posible imaginar que tenía rodillas.

La hermana Philomena se levantó un poco las faldas para arrodillarse en el suelo húmedo, y observó con atención cómo bajaban los santos al hoyo. En el último momento se inclinó hacia delante y pasó su áspera mano de ama de casa por la melena del león de san Jerónimo; luego se apartó de nuevo, se sentó en cuclillas y se pasó el dorso de la mano por los ojos.

—Me caía bien, padre —dijo, levantando la mirada.

El párroco alargó la mano para ayudarla y ella se levantó con facilidad y se quedó de pie junto a él, echando la cabeza hacia atrás para que el velo le cayera sobre los hombros describiendo los pliegues adecuados. Tenía la mano cálida y firme, y él notó el lento latido de su pulso a través de la piel.

—Eres una buena chica —le dijo—. Una buena chica. Yo no habría podido. Esto me entristece demasiado.

Philomena alzó la voz hacia los hombres de la Fraternidad, que la miraban titubeantes, balanceando su peso sobre una pierna, como flamencos negros, mientras se limpiaban la tierra de los zapatos.

—Caballeros, pasen por el barracón. La hermana Anthony ha sacado la tetera y les está horneando un pastel de frutas.

Al oír esto, los hombres bajaron la mirada. La hermana Anthony, una figura rotunda y radiante que siempre iba ataviada con un delantal enharinado, era temida por toda la parroquia.

—Pobre alma —comentó el padre Angwin—. La hermana Anthony lo hace con buena intención. Pensad en las buenas hermanas, que

tienen que enfrentarse a ello cada día, en el desayuno, el almuerzo y la cena. Hacedlo por mí, muchachos, y si el pastel os parece intragable, ofrecedlo como sacrificio al Señor.

—No será más que un puñado de harina de maíz —dijo Philomena —, seguramente más harina que frutas. Pueden ofrecerlo como sacrificio, tal como dice el padre, y considerarlo una oportunidad de recibir la gracia divina. Digan: «Sagrado Corazón de Jesús, ayúdame a comer este pan de frutas».

—¿Es eso lo que suelen decir ustedes? —le preguntó el padre Angwin—. O sea, ¿*mutatis mutandis*, adaptado a las circunstancias? Por ejemplo, tengo entendido que se le suelen quemar las gachas.

—«Santa María, Madre de Dios, ayúdame a tragar estas gachas». La hermana Polycarp sugirió que rezáramos una novena a san Miguel, el santo patrón de los tenderos, para pedirle que guiara un poco a la hermana Anthony a la hora de elegir los alimentos. Nos preguntamos si no deberíamos rezarle al patrón de las cocineras, pero la hermana Polycarp dijo que el problema de la hermana Anthony era más esencial, que se trataba más de lo que era capaz de hacer con los ingredientes básicos, y eso solo lo sabe Dios.

—¿Y tienen ustedes una fórmula piadosa?

—Ah, sí, pero la recitamos en voz baja, ya sabe, para no herir sus sentimientos. Excepto la madre Perpetua, por supuesto. Ella prefiere regañarla directamente.

—Apuesto a que sí.

—Pero la hermana Anthony es muy humilde. Jamás le replica.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Al fin y al cabo, tiene a su alcance medios de sobra para vengarse.

La luna ya había salido, una franja de luz sobre las oscuras terrazas. Judd McEvoy, una figura singular con su chaleco de punto, dio unas palmaditas sobre la tierra que cubría a santa Águeda.

—¿Judd? —dijo el padre Angwin—. No le había visto.

—Ah, pues yo también he colaborado —dijo Judd McEvoy—. Discretamente. No hay motivo por el que tuviera que advertir usted mi presencia por encima de la de los demás.

—No, pero en general me fijo —respondió el padre Angwin dándose la vuelta, lo que permitió que Philomena detectara el desconcierto en su rostro—. Me gusta tenerle controlado, Judd —comentó para sus adentros antes de levantar la voz de nuevo—. ¿Irá con los demás a buscar su pan de frutas?

—Iré directamente —respondió Judd—. No me gustaría que se me señalara de ningún modo —añadió, tras lo que sacudió la tierra que le había quedado pegada en la pala y enderezó la espalda—. Creo, padre, que todos sus santos han quedado bien enterrados. ¿Quiere que me encargue de dibujar un plano para marcar el lugar en el que está enterrado cada uno? Lo digo por si al obispo le da por cambiar de opinión y decide restituir alguno.

—No será necesario —dijo el padre Angwin, balanceando el peso de un pie a otro—. Yo mismo me acordaré. Estoy seguro de que sabré dónde está cada uno.

—Como usted diga —repuso McEvoy, esbozando una fría sonrisa y poniéndose el sombrero—. Me voy con los demás, pues.

Los hombres de la Fraternidad, reconfortados por las palabras de aquella monja tan joven y excepcional, se santiguaron frente al padre Angwin y partieron en fila india o de dos en dos por el sendero que bajaba hacia la escuela. Sus murmullos se elevaron en el fragante aire vespertino: «Sagrado Corazón de Jesús, ayúdame a comer este pan de frutas». El padre Angwin observó cómo se marchaban. McEvoy se unió al resto, no sin antes volverse para lanzar un último vistazo. Cuando por fin doblaron la esquina junto al convento y desaparecieron de la vista, la hermana Philomena vio

que el párroco soltaba el aire que había estado conteniendo con un alivio perceptible en el rostro.

—Entre en la iglesia un momento —dijo el padre Angwin.

Ella asintió y lo siguió. Entraron juntos, cruzando las oscuras sombras que se habían congregado en el pórtico. Desde el suelo de piedra, un frío intenso les trepó por los pies. Había glebas de tierra por los pasillos.

—Me encargaré de esto mañana —aseguró Philomena en voz baja, con aire sumiso. Miraron a su alrededor. Sin las estatuas, la iglesia parecía más pequeña y más miserable; sus ángulos quedaban expuestos con menos gracia si cabe—. Habría dicho que sucedería lo contrario —comentó Philomena, como si le hubiera leído el pensamiento al párroco—. Que se vería más grande, y no porque no lo sea. Recuerdo que, cuando era pequeña y mi tía Dymphna murió, sacamos todas sus cosas al patio, su cama, su baúl y todo lo demás; luego volvimos a entrar para echar un último vistazo, y la habitación parecía del tamaño de un gallinero. Mi madre dijo, cielo santo, ¿mi hermana Dymphna y todos sus elegantes vestidos vivían en tan poco espacio?

—¿De qué murió?

—¿Dymphna? Ah, de los pulmones. Vivía en un lugar muy húmedo. En una granja.

Susurraban, puesto que estaban hablando de difuntos; Philomena inclinó la cabeza y el párroco visualizó con claridad el tejado de paja deteriorado de la granja de su tía, y las gallinas que, en comparación, gozaban de tanta libertad, raspando el suelo sagrado de Irlanda bajo un cielo repleto de nubes cargadas de lluvia. Estaba visualizando el día del funeral de Dymphna, y cómo metían el ataúd en un carruaje.

—Confío en que estará descansando en paz —dijo el padre Angwin.

—Lo dudo. Fue todo un personaje. Solía acudir a las ferias de ganado para ligar con hombres. Que Dios la tenga en su gloria.

—Es usted una joven singular —dijo el párroco, levantando la cabeza para mirarla—. Ha conseguido llenarme la cabeza de imágenes.

—Ojalá fuera usted capaz de ver cómo termina esto —dijo Philomena—. Yo también estoy triste, padre. Todo esto me aflige, de algún modo. Me gustaba ese leoncito. ¿Es cierto que vendrá un vicario?

—Eso me dijo el obispo, aunque no he sabido nada más de él. Supongo que simplemente se presentará en cualquier momento.

—Bueno, en ese caso podrá comprobar que usted ha cumplido con lo que se le ordenó. Es bastante pobre, lo que ha quedado —comentó, alejándose hacia el altar, ante el que se detuvo para hacer una genuflexión con una reverencia lenta y considerada—. ¿Puedo encender una vela, padre?

—Claro, siempre y cuando tenga una cerilla. De lo contrario, no tendrá nada con que encenderla.

Apenas una silueta difusa en el centro del pasillo, la hermana se metió la mano en el profundo bolsillo del hábito, sacó una caja de cerillas, encendió una y cogió una vela nueva de la caja de madera que estaba bajo la estatua de la Virgen. Cuando la mecha prendió, protegió la llama con la palma de la mano y sostuvo la vela por encima de la cabeza; el punto de luz titiló y creció, bañando el rostro de la estatua.

—Tiene la nariz descascarillada.

—Sí —dijo el padre Angwin a sus espaldas, desde la penumbra—. Me pregunto si usted podría hacer algo al respecto. Yo no tengo

inclinaciones artísticas.

—Arcilla para modelar —dijo Philomena—. Puedo coger un poco de la que tienen los niños. Y luego seguro que podríamos pintarla.

—Vamos —dijo el párroco—. Agnes me ha preparado solomillo para cenar. Además, este espectáculo es demasiado triste.

—No más triste que la cena que me espera a mí. Me temo que será pastel de frutas.

—La invitaría con gusto —dijo el padre Angwin—, por la camaradería que ha surgido durante esta noche de trabajo, pero creo que tendría que llamar al obispo para pedirle algún tipo de dispensa para ello, y sin duda él tendría que solicitarla a Roma.

—Me enfrentaré al pastel de frutas —respondió Philomena con resignación.

Cuando salieron de la iglesia, él tuvo la sensación de que una mano le rozaba el brazo. La carcajada tabernaria de Dymphna les llegó desde las terrazas, y su aliento alegre y empapado de Guinness, contenido por la tierra durante esos once años, impregnó la noche veraniega.

3

Poco después terminó el curso escolar. Las fábricas cerraron con motivo del descanso vacacional, y los que podían permitírselo se marcharon a pasar la semana en alguna casa de huéspedes de Blackpool.

En general fue un mal verano, se perdieron muchas vidas. Las tormentas y vendavales del 27 de julio volvieron dos días después; cayeron árboles y salió volando más de un tejado. El 5 de agosto hubo más tormentas, y los ríos se desbordaron. El 15 de agosto dos trenes colisionaron en la estación de Blackburn y cincuenta personas resultaron heridas. El 26 de agosto hubo más víctimas tras unas violentas tormentas eléctricas.

A principios de septiembre, los niños volvieron a la escuela; una remesa nueva de chiquillos se encogió de miedo bajo el muro cubierto de musgo, buscando en su sombra un lugar en el que refugiarse del brazo córvido de la madre Perpetua.

Eran más de las nueve de una noche especialmente lluviosa, a finales de ese mismo mes, cuando la señorita Dempsey oyó que llamaban a la puerta de la casa parroquial. Reaccionó con mal humor, porque era habitual que los feligreses, si necesitaban un cura, acudieran a solicitarlo a la puerta de la cocina, que estaba en un lateral de la rectoría; las monjas hacían lo mismo. Todavía no le había servido al padre Angwin la cena, ya que era noche de reunión para las Hijas de María y el padre había tenido que ofrecerles un discurso edificante.

La reunión transcurrió más o menos como siempre. Hubo oraciones, y el discurso del padre Angwin a Agnes le pareció más disperso que de costumbre; luego le dedicaron un himno a santa Inés, la protectora de la Sociedad. Había varios himnos por el estilo, todos destinados a adular de forma absurda a la santa, y puesto que la señorita Dempsey compartía el mismo nombre de pila, se vio obligada a soportar miradas de desprecio mientras se recitaban los versos. Las otras Hijas no soportaban oír tantas alabanzas dedicadas a su nombre.

Cantaremos un himno a Inés,
la hija mártir de Roma;
la esposa virgen de Jesús,
más pura que la espuma del mar.

Durante las reuniones semanales, aunque quería pensar que lo hacía siempre, la señorita Dempsey intentaba parecer humilde y discreta, y no alardear de su estatus en la parroquia. Sin embargo, por las miradas que le lanzaban notaba claramente que estaba fracasando.

Ayúdanos, oh santa Inés,
a elevar un canto alegre;
con trompetas gloriosas,
para que tu alabanza llegue lejos.

El padre Angwin decía que le gustaba especialmente ese himno, ¿verdad? Decía que le gustaba imaginar a las Hijas de María tocando trompetas. Aun así, siempre se le escapaba un pequeño suspiro cuando lo decía.

Tras las oraciones finales, las demás Hijas tenían la libertad de acudir al salón de la escuela para llevar a cabo la parte social de sus

actividades: té fuerte, juegos de mesa y despotrique. La señorita Dempsey, en cambio, consciente de su deber, se había quitado el manto en la parte trasera de la iglesia, se lo había entregado a la presidenta de la cofradía, se había quitado también la banda y la medalla y se había apresurado a cruzar la sacristía para volver a la cocina de la rectoría. Tenía muy claro que eso ofrecía a las Hijas la oportunidad perfecta de criticarla, pero tampoco podía hacer nada para evitarlo; en una noche tan aciaga como aquella no podía permitir que el padre tuviera que conformarse con cenar un simple bocadillo.

¿Quién llama a la puerta a estas horas?, se preguntó. Se quitó el delantal y lo colgó. Quizá había alguien al borde de la muerte y sus parientes habían acudido para pedirle al padre que le diera la extremaunción. Tal vez alguna de las Hijas de María había sufrido un accidente; no se podía descartar jamás la posibilidad de una quemadura funesta con la tetera. O quizá, pensó, es algún pobre pecador con las manos manchadas de sangre, que ha cruzado los páramos en busca de absolución. Sin embargo, una simple mirada al reloj le indicó que eso no era posible, puesto que el último autobús procedente de Glossop había pasado hacía ya veinte minutos.

La señorita Dempsey abrió la puerta apenas un resquicio. Fuera reinaba una oscuridad azulada, y la lluvia repiqueteó en el suelo del vestíbulo. Ante ella había una silueta alta y tenue, un hombre envuelto en un abrigo oscuro, con una boca y unos ojos que parecían meros agujeros y un sombrero bien calado en la frente; luego, cuando los ojos de Agnes se acostumbraron a la penumbra exterior, distinguió la figura de un joven que llevaba en la mano izquierda lo que parecía un maletín negro de médico.

—Floto —dijo la aparición.

—Pues es una suerte, con la de agua que está cayendo.

—No —dijo el hombre—. F-L-U-D-D.

Una ráfaga de viento azotó los árboles que se alzaban detrás de él; las ramas, iluminadas de vez en cuando por la tormenta que caía sobre Netherhoughton, se extendían por su mejilla, dibujando una tracería de dedos o de encaje.

—¿Le parece un buen momento para demostrar que sabe deletrear? —dijo la señorita Dempsey, abriendo la puerta de golpe—. ¿De verdad se lo parece?

El joven entró chorreando y el agua formó un charco en el suelo del vestíbulo. Mirando a Agnes fijamente, se quitó las capas exteriores para revelar un traje negro con cuello clerical.

—Me llamo F-L-U-D-D. Me llamo Fludd.

O sea, que es usted el vicario, pensó Agnes. De repente sintió la necesidad de decir L-O-D-D-O; cielos, padre, es Loddo... Pero sus labios se quedaron sellados ante la mirada del recién llegado, y no fue capaz de decir nada.

El frío de la noche, procedente de la puerta abierta, se coló en el cuerpo de Agnes, y cuando se disponía a cerrarla empezó a temblar y tuvo que apretar las mandíbulas para evitar que se oyera el castañeteo de sus dientes; consideraba que temblar demasiado era vulgar y que daría una mala impresión.

—Disculpe —dijo ella—. Echaré el cerrojo. Ya va siendo hora, es bastante tarde. No creo que quiera usted salir de nuevo esta noche.

Notó los ojos del joven clavados en su espalda mientras giraba la llave dentro de la cerradura.

—No —dijo él—. No tengo intención de volver a salir. He venido para quedarme.

En lo más profundo de su ser, bajo el cárdigan, la blusa y la combinación adornada con un áspero encaje de nailon, bajo la camiseta térmica y la piel repleta de pecas, la señorita Dempsey

notó un lento movimiento, un diminuto desplazamiento de la materia en espiral, como si en el mismo momento en que el vicario había hablado hubiera tenido lugar un cambio: un cambio tan insignificante que parecía escapar a cualquier descripción, pero cuyo efecto se extendía hasta el infinito. Años más tarde, cuando hablaba de ello, siempre decía «¿Alguna vez ha visto una pila de monedas desplomándose? ¿Alguna vez ha visto caer un castillo de naipes?». Y la persona con la que hablaba, fuera quien fuera, la miraba, esforzándose por comprenderla; ella no encontraba las palabras adecuadas para describir la sensación que se apoderó de todo su cuerpo, parecida a un deslizamiento, a un resbalón, a un tropiezo. La señorita Dempsey había experimentado su propia mortalidad, pero al mismo tiempo también su propia inmortalidad.

En ese instante, además, el padre Angwin asomó la cabeza por la sala de estar. No cabía la menor duda sobre la identidad del recién llegado, puesto que ya había asumido cierto aire de propietario cuando se quitó el sombrero empapado y lo dejó en el perchero para quitarse luego el abrigo. Una mirada de alarma y aversión apareció en el rostro del padre Angwin: luego, emociones más intensas. Tal como la señorita Dempsey le contó a una feligresa al día siguiente, «Realmente, por un momento pensé que se abalanzaría sobre él». Agnes vio al párroco de pie, inmóvil en el umbral de la estancia; su frágil cuerpo temblaba de arriba abajo y un peligroso destello dorado refulgía en sus ojos. Una melodía empezó a sonar en la cabeza de Agnes: y no era un himno, sino una canción de caza. Contra todo pronóstico, empezó a tararearla y al cabo de un momento quedó desconcertada al oírse a sí misma cantándola.

—Esta es la señorita Dempsey, mi ama de llaves —dijo el padre Angwin—. Está trastornada.

Antes de que ella pudiera disculparse, Fludd se metió la mano en el bolsillo interior del traje. Agnes esperaba, presionándose los labios con los dedos, hecha un manojo de nervios, que el recién llegado sacara unos papeles, tal vez un pergamino, algo lacrado con el sello papal: algún tipo de documento que excomulgara al padre Angwin por su embriaguez y su conducta peculiar y lo reemplazara por aquel joven. Sin embargo, la mano del vicario emergió sosteniendo una latita plana. La extendió hacia el padre Angwin y le dijo:

—¿Un cigarrillo?

Durante el resto de la velada, la señorita Dempsey no paró de subir y bajar escaleras, haciendo todo lo posible para que el vicario se sintiera cómodo. El recién llegado dijo que tomaría un baño, algo muy poco habitual en una noche entre semana. El cuarto de baño, uno de los pocos que había en Fetherhoughton por aquel entonces, era frío como un depósito de cadáveres, y del grifo de agua caliente no salía más que un chorrito inestable teñido de óxido. La señorita Dempsey se adentró en la gélida planta superior de la casa con una toalla raída sobre el brazo; luego volvió a subir con ropa de cama, sábanas de lino irlandés, delgadas, almidonadas y de tacto gélido.

Buscó una bolsa de agua caliente y entró en la habitación del vicario para correr las cortinas, pasar un plumero por la mesita de noche y darle la vuelta al colchón. Dicen que hay gente que ha acogido a ángeles sin saberlo, pero la señorita Dempsey habría agradecido que la avisaran. Limpiaba aquella habitación cada semana, pero era evidente que lo que no hacía era airear la cama. No podía aportar ningún toque hogareño a menos que subiera un cubo de carbón y encendiera la chimenea, pero no recordaba haber visto jamás la chimenea de ningún dormitorio encendida, y era

mejor no alimentar ningún capricho que pudiera tener el vicario. De algún modo se había formado la idea, solo a raíz de aquellos primeros momentos de conversación y por la minuciosa indiferencia con la que el vicario había recibido su canto, de que además de párroco también era un caballero. Era solo una impresión, basada en sus modales y no en su aspecto, puesto que la luz del vestíbulo era demasiado tenue para que hubiera podido hacerse una idea clara de cómo era.

Las paredes del piso de arriba, igual que las de la cocina y las del salón de la planta baja, estaban pintadas de un color verde oscuro institucional; las puertas de paneles estaban barnizadas con un tinte amarillento. No había ninguna pantalla en la lámpara de la habitación del vicario, solo una bombilla desnuda y las sombras de bordes afilados que proyectaba. Las tablas del suelo crujían en el pasillo, y la señorita Dempsey se detuvo, balanceándose levemente sobre los pies, cuando detectó el punto que hacía más ruido. En la planta baja, los suelos eran de piedra. En cada habitación había un crucifijo colgado, con un Dios agonizante que exhibía en cada caso un grado de angustia distinto, una contorsión mayor o menor del cuerpo desnudo, una musculatura más o menos torturada. La rectoría era una prisión para aquellos Cristos agonizantes, un mausoleo.

Sin embargo, cuando la señorita Dempsey pensaba en la casa del obispo, se imaginaba lámparas con pantallas de seda, una mesa de pedestal en el comedor y el resplandor de un calefactor eléctrico. Cuando pensaba en los esbirros, se los imaginaba repantigados sobre cojines, comiendo nueces de Brasil. Se imaginaba que la comida siempre llevaba salsa y que bebían oporto incluso en los días laborables y que se enjuagaban los dedos en pequeñas piletas de mármol con agua bendita; también se imaginaba que, en los

terrenos de la casa del obispo, donde sus esbirros caminaban en grupo conspirando en latín, había fuentes, estatuas y un palomar. Al cruzar el vestíbulo, se detuvo un momento ante la puerta de la sala de estar. Oyó una conversación animada y se dio cuenta de que el padre Angwin había estado bebiendo whisky. El vicario hablaba con una voz ligera, sobria:

—Cuando pienso en la vida de Jesucristo, hay algo que a menudo me lleva a hacerme esta pregunta: ¿el endemoniado gadareno propietario de los cerdos recibió alguna compensación?

La señorita Dempsey se alejó de puntillas.

El vicario deslizó la mano por encima del mantel como si quisiera dejar de lado ese tema. Sus dedos pálidos, esbeltos, flotaron por encima del lino como cisnes sobre un lago de leche.

—Pensaba que sería usted uno de esos tipos modernos —dijo el padre Angwin—. Pensaba que no tendría una buena formación. Me ponía enfermo con solo pensarlo.

El padre Fludd bajó la mirada con una sonrisa modesta, como si renegara de cualquier pretensión. Él también había estado bebiendo, pero no estaba borracho ni mucho menos; a pesar de la hora (a esas alturas ya eran las once) seguía mostrándose tan agradable, tranquilo y alegre como si fuera la hora del té. Siempre que el padre Angwin levantaba la cabeza para mirarlo podía ver cómo se llevaba el vaso a los labios, pero la cantidad de whisky no parecía estar descendiendo; y aun así, de vez en cuando, el tipo alargaba la mano hacia la botella y volvía a servirse. Había sucedido lo mismo durante la cena; había tres salchichas (de la carnicería de la cooperativa) en el plato del padre Fludd, y siempre estaba cortando una u otra o bien pinchando algún trozo con el tenedor; siempre estaba

masticando de un modo discreto, educado, con la boca bien cerrada. Y aun así en todo momento había tres salchichas en su plato, hasta que al final, de un modo bastante repentino, ya no quedó ninguna. Lo primero que se le pasó por la cabeza al padre Angwin fue que Fludd tenía un perrito oculto en algún lugar, del mismo modo que las actrices ocultan sus diminutos canes a los agentes de aduanas; lo había leído en el periódico. Sin embargo, Fludd, a diferencia de las actrices, no llevaba el cuello envuelto en pieles; además, el padre Angwin se preguntó si un perro era capaz de beber tanto whisky.

De vez en cuando, el vicario también se inclinaba hacia delante y se ocupaba de atizar el fuego de la chimenea. El padre Angwin se dio cuenta de que manejaba las tenazas con habilidad. De ese modo, la estancia se mantenía notablemente cálida; y aun así, cuando Agnes entró cargada con un cubo de carbón, se detuvo sorprendida.

—No es necesario —constató.

En ese momento, el padre Angwin se levantó y abrió un poco la ventana.

—No es habitual en esta casa —dijo—, pero hace un calor de mil demonios.

—Pero está mejor ventilada —comentó Fludd, tomando un sorbo de whisky.

Ya va siendo hora de que tomen cacao, pensó la señorita Dempsey, o acabarán derrumbados bajo la mesa. El obispo debe de haber elegido a este borracho para engañar al pobre padre Angwin; el vicario tenía buena cabeza para la bebida, de eso no cabía duda; seguro que cuando Angwin hubiera quedado inconsciente entraría

en el vestíbulo de puntillas y descolgaría el auricular de su línea telefónica especial para hablar con Su Corpulencia.

No obstante, la señorita Dempsey todavía no sabía qué pensar. La mirada que le había dirigido el vicario en el vestíbulo... ¿acaso no había sido, a pesar de su naturaleza escalofriante, de una profunda compasión? ¿Era posible que Fludd no fuera un esbirro, sino un joven inocente a quien el obispo quería arruinar? Todavía notaba los efectos de aquella mirada: era como si la carne se le hubiera convertido en cristal.

Cantaré de nuevo, pensó, para darle la impresión de que tengo esa tendencia y que suelo optar por melodías piadosas. Me limitaré a tararear mientras les llevo la bandeja. Extendió sobre la bandeja un mantelito blanco de borde festoneado, bordado con pensamientos en punto satén, que había comprado en junio en la venta benéfica de la parroquia; así la bandeja parecía, pensó, más pura que la espuma del mar. Colocó las tazas de cacao encima y luego dos platos con tres galletas maría en cada uno. «A Jesucristo entregaste tu corazón, / el mundo siguió en vano...».

Llamó a la puerta; no obtuvo respuesta, por supuesto, pues estaban charlando de nuevo. «Las promesas del mundo nunca te conmovieron...». Abrió la puerta con el pie e hizo las maniobras necesarias para entrar. El calor la tomó por sorpresa; el fuego ardía con ganas en la chimenea y le hizo perder el hilo de la canción. El vicario levantó la mirada y sonrió mientras ella dejaba la bandeja sobre la mesa y lo miraba también a él, directamente a la cara; esta vez, pensó, debo asegurarme de que me fijo bien en cómo es. Mantuvo la mirada durante tanto tiempo como pudo sin que pareciera excesivo; luego se inclinó hacia la chimenea y barrió innecesariamente las baldosas con el pequeño cepillo dorado del juego de chimenea. Ella misma se quedó sorprendida; normalmente

usaba un cepillo de cocina sucio y áspero para eso, y le horrorizaba pensar que alguien pudiera profanar el juego de chimenea.

Esperó a que el padre Angwin dijera, como de costumbre, que eran galletas aburridas, que a él le gustaban otras, rellenas de higo o de crema; sin embargo, estaba completamente absorto en la conversación con el vicario, enlazando y desenlazando las manos sobre la mesa con una agitación evidente en la voz.

—Intento convencerme a mí mismo de que el mal que se hace es *permettio Dei,* con el permiso de Dios...

—Comprendo —dijo el vicario con solemnidad.

—... y sin duda Agustín argumenta de forma muy convincente en *La ciudad de Dios* que, aunque el bien puede existir sin el mal, el mal no puede existir sin el bien. Aun así, la sensación que se ha apoderado de mí es que el demonio goza de cierta independencia en este mundo. Tengo la impresión de que es él quien lleva las riendas.

El padre Fludd removió su cacao meticulosamente, con la mirada baja.

—Recogeré la bandeja —dijo Agnes—. Me gusta lavarlo todo antes de acostarme, padre. Si hay algo que no soporto es ver cacharros sucios a primera hora de la mañana. Me parece de lo más descuidado.

—No sé dónde está Dios —dijo el padre Angwin—. Ni siquiera sé si existe.

—Tómeselo mientras está caliente —le dijo Agnes—, y no se altere justo antes de acostarse.

Sin embargo, el padre Angwin no la estaba escuchando. La miró como si fuera transparente, y por un momento ella sintió una oleada de miedo, como si le hubieran echado una jarra de agua fría por el cogote. ¿Y si realmente era invisible? ¿Y si el padre Fludd la había hecho desaparecer de algún modo? Al cabo de unos segundos se

impuso el sentido común. Salió al vestíbulo tarareando: «En vano las súplicas del pretendiente / en vano la ira del juez: / un solo amor en el pecho / inflamado con el fuego más casto». ¿«Pecho» no era una palabra soez? Pero salía continuamente en los himnos. La señorita Dempsey no tenía ningún término para referirse a determinadas partes de su anatomía; nunca les prestaba atención. «Cuando los hombres van a un banquete...». Intentó recordar el aspecto del padre Fludd, pero sus rasgos se habían borrado por completo de su mente.

—De manera que una mañana me desperté —prosiguió el padre Angwin—. De eso hace ya veinte años. Y había desaparecido durante la noche.

—Ya veo —dijo el padre Fludd.

—¿Cómo se lo explica? Por la noche la tenía y de buena mañana ya no. Durante el primer cuarto de hora tuve la impresión de que acabaría apareciendo de nuevo; ya sabe, como cuando las zapatillas quedan debajo de la cama o te distraes con el cepillo de dientes.

El padre Fludd se inclinó hacia delante; se habían trasladado a las dos butacas y estaban sentados junto a la chimenea.

—¿Recurrió usted a san Antonio? Ya sabe que no tiene parangón a la hora de encontrar algo que se ha perdido.

—¿Cómo podría hacerlo? —replicó el padre Angwin, levantando las manos con grandilocuencia para expresar su desesperación—. ¿Cómo podría recurrir a san Antonio, o a cualquier otro santo, teniendo en cuenta la naturaleza de mi pérdida?

—Claro, supongo que no —dijo Fludd—. Hay pérdidas, la virginidad, por ejemplo, sobre las que bien poco podría hacer san Antonio. Pero nada le impediría pedírselo si fuera usted un optimista.

Tengo la impresión de que su situación era más grave que la pérdida de la virginidad. ¿Qué hizo entonces?

—Busqué en el guardarropa, creo. Me levanté, eran las cinco, todavía no había amanecido, y fui a buscarla a la sacristía. Abrí el armario y hurgué entre las vestimentas. Sabía que era en vano, pero ya puede imaginarse cómo me sentía. Creía que me estaba volviendo loco, el futuro me daba un miedo horrible.

—¿Y luego?

—Busqué en el altar. Pero allí tampoco estaba. Se había esfumado mientras dormía y no tenía más remedio que aceptarlo —confesó el padre Angwin con la cabeza gacha—. Había perdido mi fe. Ya no creía en Dios.

—Está reviviendo el momento como si hubiera sucedido ayer —dijo Fludd—. ¿Puedo preguntarle qué hizo a continuación?

El padre Angwin juntó las yemas de los dedos mientras reflexionaba.

—Me pareció que lo que necesitaba urgentemente era una especie de plan para sobrevivir, algún tipo de estrategia. Me pregunté si habría una cárcel diocesana para casos como el mío. Algún lugar en el que encerraran a la gente como yo para que nadie los viera. Al fin y al cabo, uno no puede dejar de ser cura, ¿verdad? No importa la poca fe que se tenga o lo escandaloso que se sea como hombre, cuando eres cura lo eres para toda la eternidad. No podía huir, ¿verdad? No podía huir en plena noche.

—Diría que optó por una cosa sencilla —opinó Fludd—. Un hombre puede conservar la forma externa, en caso de que carezca de la gracia interior.

—Sí. Eso pensé yo: bueno, pues si no tengo fe, tendré que fingirla.

—¿Puedo aventurar una hipótesis? Tenía usted una parroquia, y tenía que atenderla. Y aun así, se sentía... ¿cómo decirlo? En terreno inestable. ¿Y si cometía un desliz? ¿Algo que le delatara?

—Fui un charlatán —replicó el padre Angwin—. Un impostor. Un fraude. ¿Sabe qué me preocupaba? Dejar de pensar como un cura. Dejar de hablar como un cura. Que un día un parroquiano acudiera a mí con alguna pregunta, ¿esto es pecado? ¿Debería hacer esto o aquello?, y que yo le respondiera, bueno, ¿qué le parece a usted? ¿Qué cree que debería hacer? ¿Qué le dice el sentido común?

—El sentido común no tiene nada que ver con la religión —dijo el padre Fludd en tono reprobatorio—. Y la opinión personal tiene poco que ver con el pecado.

—Exacto, a eso me refería precisamente. Me daba miedo olvidar mi condición, responder como lo haría cualquier otra persona. Apelar, por así decirlo, a lo humano y no a lo divino. Tenía que protegerme de ese peligro tan grave.

—¿Fue entonces cuando se volvió tan escrupuloso? ¿Cuando se volvió tan estricto? —preguntó Fludd, inclinándose hacia delante en su asiento con los ojos encendidos—. ¿Se propuso que en el distrito le conocieran por el rigor de sus opiniones? ¿Por tener una manera anticuada de ver las cosas? ¿Por la rigidez de su punto de vista? ¿Por no querer saber nada sobre la más mínima innovación o desviación? ¿No quiso, digamos, hacer ninguna concesión al ayuno de la Cuaresma? ¿No perdonaba ni una coma fuera de lugar?

—Vendría a ser más o menos eso —admitió el padre Angwin con gesto lúgubre; estaba algo decaído—. ¿Queda algo en esa botella?

Al parecer, Fludd la había ocultado junto a su butaca. Alargó la mano y le sirvió generosamente.

—Maravilloso —murmuró el padre Angwin—. Adelante, padre Fludd. Creo que se hace a la idea de mi situación.

—¿Podríamos decir, pongamos por caso, que en el confesionario se mostraba inflexible? Supongamos, por ejemplo, que acudía a usted una mujer con seis hijos. ¿Qué le recomendaba?

—Bueno, ya sabe. Le decía que tenían que practicar la abstinencia.

—¿Y qué le respondían ellas cuando les decía ese tipo de cosas?

—Me decían, gracias, padre.

—¿Con alivio?

—Esa palabra no expresa la medida de su júbilo. Los hombres de Fetherhoughton no destacan precisamente por su romanticismo.

—¿Y si le dijeran, padre, no puedo abstenerme porque el muy animal insiste en obtener su placer?

—Les diría, pues no hay más remedio, querida, tendrá que tener seis más.

—Comprendo —dijo Fludd—. Supongamos que, como buen católico, se tropieza usted con una adversidad especial; imagine, por ejemplo, que una pequeña absurdidad le está complicando mucho la vida a un pobre hijo o hija de la Iglesia. Y usted piensa, bueno, ¿qué importancia puede tener una cosa así? ¿Qué puede significar en el plan eterno de las cosas? En este caso concreto, se dice usted, voy a separar mi juicio de las tradiciones de la Iglesia. Pero la fe, padre Angwin, es como un muro, un gran muro de ladrillos sin revocar. Un día llega un tonto con una horquilla, elige un trocito del muro y empieza a raspar el mortero. En cuanto empiece a saltar el polvo, el muro se derrumbará.

El padre Angwin tomó un trago de whisky. Lo que Fludd decía era más que comprensible; y se imaginó al obispo sacándose del fondo del bolsillo una horquilla vieja robada de algún lugar.

—Me dije a mí mismo que un cura debe creer en Dios —dijo—, o al menos fingirlo; y quién sabe, si lo finjo durante treinta años,

cuarenta años, tal vez volveré a creer de verdad, y la máscara se convertirá en carne. Y si puedo aceptar la descabellada idea de un creador vivo al que le importa un comino cada gorrión que se cae del nido, ¿por qué rechazar el resto? ¿Por qué rechazar los rosarios, las reliquias, el ayuno y la abstinencia? ¿Por qué debería tragarme un camello y filtrar un mosquito? Y con esa filosofía de algún modo me pareció posible continuar, encerrado en el ritual, con total seguridad, como suele decirse. Oh, faltaba la premisa central, pero ya sabe, no me parecía tan importante. Esto le resulta sorprendente, ¿verdad? Lo normal sería que si has perdido la fe no puedas continuar con esta vida. Pero se lo aseguro, es la única vida con la que se puede continuar.

—Hizo usted una concesión —dijo Fludd—. Es natural. Supongamos que una mujer se casa con un hombre después de vivir un gran idilio. Con el tiempo, una mañana se despierta junto a su marido y ve que no es más que un don nadie, un ser despreciable, una mera mancha en el paisaje. ¿Se levanta de la cama y sale a la calle para proclamar su error a los cuatro vientos? No, en absoluto. Vuelve a taparse con la colcha. Y el resto del día se mostrará incluso más cordial que antes con él.

—Me atrevería a decir que tiene usted razón —respondió el padre Angwin—. Me atrevería a decir que puede establecerse ese paralelismo. Sin embargo, no pensé mucho en las vicisitudes del matrimonio. Me lo planteé de un modo distinto. Pensé, supongamos que te arrancan el corazón, pero continúas siendo capaz de andar, de hablar y de comer. Pues tampoco lo echarás de menos, ¿no?

—Así pues —dijo el padre Fludd—, continuó usted andando por el distrito sin corazón, y continuó oyendo confesiones, oficiando misas y haciendo todo lo que se le requería y más; siguió con su camino,

encadenado como estaba a ese novio rancio, la Iglesia. No se puso a gritar desde el púlpito que ya no creía en Dios.

—¿Por qué debería hacerlo? Si los paganos son tan ciegos como para inclinarse ante la madera y la piedra, ¿por qué no deberían hacer lo mismo los fetherhoughtonianos? Bueno, estaría dispuesto, tal como el obispo cree que debería hacer, a liberarlos de su ignorancia: pero ¿a qué los estaría entregando?

—Buena pregunta —dijo Fludd—. Pero veamos, ¿qué problema tiene usted con el diablo? ¿Cómo es posible que siga creyendo en él?

—¡Bueno, es que lo vi! —respondió el padre Angwin con bastante brusquedad—. Merodea por la parroquia —añadió, y luego guardó silencio durante unos segundos, para recuperar la compostura—. Querido, ¿puedo convencerlo para que se tome ese cacao? Veo que lo ha removido y luego no le ha prestado más atención. No querría que provocara usted a Agnes ya en su primera noche. Está convencida de que el cacao es bueno para los curas.

Fludd volvió a coger su taza.

—¿Qué aspecto tenía?

—¿El diablo? Era un hombre de corta estatura, con una gorra de cuadros. Tenía la cara redonda, con las mejillas coloradas.

—¿Y nunca lo había visto antes?

—Bueno, lo había visto muchas veces. Viene de Netherhoughton. Trabaja en una tienda. Es estanquero. Pero esto no hay quien lo entienda, padre, ¿cómo puede uno mirar algo una y otra vez, tal vez durante todos y cada uno de los días de su vida, sin llegar a conocer su verdadera naturaleza? ¿Hasta que un día se hace la luz?

—En ese caso, yo no lo denominaría luz. Diría que es más bien oscuridad.

—Esa tarde... —prosiguió el padre Angwin, cogiendo su taza para inspeccionar su contenido—. Esa tarde, decía, iba caminando por los

terrenos de la iglesia, rodeando el convento y la escuela como de costumbre, perdido en mis cavilaciones. Y ese tipo apareció delante de mí, simplemente apareció de la nada, y se levantó la gorra. Me sonrió y... por Dios que lo reconocí.

—¿Cómo lo reconoció?

—Fue su sonrisa... esa alegría horrible que demostraba... la tonadilla que iba silbando.

—¿Algo más?

—Tal vez el olor a azufre. Lo estuve oliendo toda la tarde.

—Lo del azufre —dijo Fludd— podría considerarse una prueba definitiva.

Agnes asomó la cabeza por la puerta y se aclaró la garganta.

—¿Han terminado con la bandeja? —preguntó mientras entraba en la habitación—. Es hora de acostarse —añadió—. En esta casa mantenemos unos horarios decentes, padre Fludd.

—Agnes —dijo el padre Angwin—, el padre Fludd no está obligado a acostarse a la misma hora que usted.

—No es cuestión de obligación —replicó Agnes—. Es cuestión de decoro. Ya hace horas que he cerrado con llave.

—Bien —dijo el padre Angwin—. Si queremos algo ya lo iremos a buscar nosotros mismos. Apuesto a que el padre Fludd sabrá preparar té.

La señorita Dempsey se retiró y comprobó de nuevo los grandes cerrojos de la puerta principal sacudiéndolos con vehemencia; no era una protesta porque la hubieran instado a marcharse, sino una medida para contrarrestar la profunda calma que se había impuesto en la casa. La tormenta había cesado. Cuando echó un vistazo por la ventana de la cocina, vio que los árboles todavía se mecían, pero solo un poco, como bailarines civilizados en una pista concurrida. Y cualquier ruido que pudieran hacer los árboles se veía apagado

por los gruesos muros de piedra y por los acontecimientos de la velada. Se tocó el labio, acariciando con el dedo la pequeña protuberancia plana. Apagó la luz y subió a su dormitorio, dejando las tazas de cacao sucias en el fregadero; renunciando a la costumbre de toda una vida, sintiendo que su existencia había quedado alterada. Era cierto que el vicario no le había dirigido la palabra, más allá de un intercambio de cumplidos cuando le había servido las salchichas. Sin embargo, no se quitaba de la cabeza un susurro que solo él podía haber instalado allí: he venido a transformarlos, a eso me dedico, a transformar a la gente.

Los dos hombres siguieron sentados hablando toda la noche, hasta que llegó el molesto amanecer. El fuego quedó reducido a cenizas. El padre Angwin subió al piso de arriba a tientas, apoyando la mano en la pared. Todavía podría dormir una o dos horas antes de levantarse para oficiar la misa. Se quitó solo los zapatos, se tendió en la cama y se sumió al instante en un sueño profundo.

Cuando se despertó, no sabía qué hora era. Tenía la boca seca, y a través de la ventana se veía brillar un sol poco común. Se quedó tendido, pensando, sin preocuparse por nada en particular. Le parecía posible, incluso probable, que lo del padre Fludd no hubiera sido más que un sueño. Recordaba con una claridad impresionante los detalles de la conversación que habían mantenido, pero no lograba evocar las facciones del joven. Recordaba fragmentos dispersos: un ojo, la nariz... Pero por algún motivo era incapaz de unir las piezas. Era como si Fludd fuera una figura creada por su imaginación; quizá se había quedado dormido frente a la chimenea.

Se incorporó, se frotó la cara con las manos y se presionó los ojos con las palmas antes de frotárselos también; luego se acarició la

barbilla y pensó en afeitarse. Mientras tanto, iba conversando mentalmente con su estómago vacío y prometiéndole un huevo pasado por agua, fácil de digerir. Luego, con los pies todavía enfundados en los calcetines y los zapatos en la mano, recorrió el pasillo y empujó la puerta de la habitación del vicario para abrirla.

No estaba vacía. Fludd yacía en la cama, durmiendo. Estaba tendido sobre la espalda, mirando hacia el techo sin verlo, y su expresión reservada y casi severa evitó que el padre Angwin se aventurara a inspeccionarlo de cerca. La habitación olía a incienso. El padre Fludd llevaba puesto una especie de camisón anticuado, almidonado y con volantes en el cuello; era de un estampado que el padre Angwin no había visto jamás y que de inmediato le despertó envidia.

Se dio la vuelta, salió de puntillas de la habitación y cerró la puerta con suavidad; aunque, como advirtió un poco después, daba la sensación de que ni siquiera un terremoto habría sido capaz de despertar al vicario. Parecía un obispo en su catafalco; de inmediato, en cuanto le vino a la mente esa imagen, el padre Angwin pensó: el obispo, anoche no hablamos sobre el obispo. Ni siquiera llegamos a mencionar su nombre. Si Fludd es un espía, estoy acabado; sin embargo ¿qué espía dormiría tan profundamente? Luego pensó: estoy acabado de todos modos.

En la planta baja, el ama de llaves cumplía con sus obligaciones matutinas, cantando de nuevo. La señorita Dempsey se vanagloria de su voz, pensó el párroco, para impresionar a la figura de cera que yacía inconsciente, inmóvil, en la habitación que tenía tras él. Se preguntó por un instante si debería volver y tomarle el pulso al vicario. Pero no: si el padre Fludd tenía la costumbre de morir durante la noche, no era asunto suyo. De repente recordó un fragmento de la conversación que habían mantenido la noche

anterior; ¿el vicario no había citado a Voltaire? «No es más asombroso nacer dos veces que una sola».

El padre Angwin extendió una mano para no perder el equilibrio. Estaba abrumado por el hambre; se sentía mareado y débil. Tengo que convencer a Agnes, pensó, para que me perdone por lo de anoche y me prepare dos huevos. En esos momentos estaba en la cocina, persiguiendo con su incierta voz de soprano el tema del martirio de santa Inés:

Como los hombres a un banquete,
como la novia sube al altar,
con pasos así de alegres,
corriste hacia tu destino.
Los soldados lloraron de pena,
el verdugo se sonrojó avergonzado;
solo se te escapó una señal:
el dulce nombre de Jesús.

4

Esa tarde, el padre Fludd se dedicó a pasear por toda la parroquia. El padre Angwin lo acompañó hasta la puerta.

—Puede que los lugareños le inviten a entrar en sus casas —dijo —. Por el amor de Dios, no coma nada. Y vuelva antes de que anochezca —le pidió con inquietud—. Quizá no debería dejar que vaya solo.

—No se preocupe, hombre —respondió Fludd.

El padre Angwin sintió el peso de su responsabilidad. Le había cogido cariño al muchacho; el tema del obispo seguía interponiéndose de forma incómoda entre ellos, pero dado que por el momento no había sabido nada más al respecto, el padre Angwin asumió que Fludd no debía de ser muy partidario. Se imaginó al obispo desconcertado por el vicario; supuso que se sentiría amenazado por su erudición y ofendido por su manera de llegar al meollo de los asuntos. No cabía duda, pues, de que la parroquia acabaría convirtiéndose en un vertedero; Fludd era un desecho, igual que él.

—Tome —le dijo—, llévese este paraguas. Han caído cuatro gotas y había un halo alrededor de la luna. Lloverá antes de que caiga la noche.

Fludd aceptó el paraguas; los dos párrocos se dieron un apretón de manos formal y el vicario se puso en marcha cuesta abajo.

En el camino del carro se encontró con un montón de niños de aspecto asilvestrado. Tenían costras en las rodillas y las cabezas

rapadas para evitar los piojos. Todos ellos se aferraban al cuello ajado de sus jerséis.

—Hemos visto una ambulancia, padre —dijeron—. «Tócame el hombro, tócame el brazo, reza a Dios para que pase de largo». Ahora tenemos que agarrarnos al cuello de una camisa hasta que veamos un perro blanco.

—Pero si no lleváis camisa —dijo Fludd.

—Dónde estaríamos si la lleváramos —dijeron los niños.

—Tenemos que fingir que sí —añadió una niña pequeña.

—Ya veo —dijo Fludd—. Bueno, espero que veáis pronto un perro blanco. ¿Esto se hace por todo el distrito?

—En Netherhoughton no —respondieron los niños después de pensarlo un poco.

—Las ambulancias no suben hasta allí —añadió la niña.

Fludd sintió curiosidad.

—¿Quién os ha dicho que debéis hacer eso?

Los niños se miraron entre ellos. No recordaban que se lo hubiera dicho nadie. Era algo que sabían desde siempre.

—La madre Prieta —sugirieron unos cuantos.

—Dios —aseguró la niña.

El padre Fludd pasó frente a la verja de la escuela, y poco después el sendero de tierra dejó de ser el camino del carro y se convirtió en Church Street; la calle estaba adoquinada y bordeada por altos setos, de aspecto grisáceo y follaje mustio. A través de los huecos divisó campos, montículos de hierba áspera aplastados por el viento. Se detuvo a examinar una hoja; se mojó un dedo y lo pasó por encima de la superficie, que resultó ser grasienta y estar cubierta por una capa de arenilla. Se lamió el dedo; sabía a tierra y a humo. Más abajo vio las chimeneas de las fábricas de Fetherhoughton, que

parecían pilares para estilitas o las torres en las que los paganos colocan a sus difuntos.

En Upstreet, matronas cargadas con cestos se agrupaban formando corrillos, y todas ellas interrumpieron sus conversaciones para mirarlo fijamente al pasar. Fludd levantó una mano; el gesto quedó a medio camino entre el saludo y la bendición. Se desvió por Chapel Street, donde se topó con otra cuesta; se imaginó llamando a cada una de esas puertas para darse a conocer. En el número treinta, una mujer estaba arrodillada en el umbral, fregando el escalón de la entrada con una especie de piedra pómez. Fludd se detuvo a observarla, pero no se decidió a decirle nada; luego, sintiéndose maleducado, siguió andando. Un poco más adelante se abrieron otras puertas; aparecieron amas de casa que, meciendo los codos, vertieron en la acera cubos de agua enjabonada. Con la cabeza por delante, medio agachadas, invadieron su campo de visión como perros saliendo de las perreras, armadas con sus cepillos de fregar. Llevaban los delantales floreados bien ceñidos, con las cintas atadas y reatadas alrededor de la cintura. Todas con su propia piedra de fregar: algunas de un color crema pálido, otras de color champiñón, algunas de color turrón oscuro, o amarillas como la mejor de las mantequillas. Los codos les sobresalían mientras fregaban con los jerséis arremangados; Fludd pudo ver sus pieles finas, azuladas, la hinchazón de sus vientres flácidos por los partos, las coronillas cada vez más ralas.

Sintió lástima por aquellas mujeres. Muchas de ellas, según le había contado el padre Angwin, habían perdido a sus maridos en los disturbios de las viviendas sociales que habían tenido lugar el año anterior. El sitio concreto donde se habían producido los altercados, en esos momentos arrasado, parecía humear todavía con el aire de la tarde; y allí donde los hombres habían caído reclamando su

derecho a las riquezas de la tierra había cruces improvisadas, clavadas en el suelo sembrado de escombros.

—Deberían haber construido casas para todos —le había dicho el padre Angwin—, o para nadie.

La noche anterior, el párroco le había hablado de esos días como los peores que había vivido en Fetherhoughton: los murmullos de las bandas de mujeres amotinadas, con los bolsos llenos de cuchillos de cocina y botellas de parafina; los carteles con faltas de ortografía en la puerta de la iglesia... Y finalmente, una tarde de verano, la llamada que informó de que la policía había intervenido, que había bajas, que los bomberos estaban en camino.

Frente al lugar de los disturbios estaba la capilla metodista, un edificio de techo bajo, de ladrillo rojo; era de allí, del otro lado de esas puertas, de donde había salido la primera oleada de alborotadores, con sus gritos de guerra antipapistas. El padre Fludd se quedó mirando unos momentos la capilla y luego cruzó el cementerio metodista, donde habían enterrado a algunos de los protestantes caídos. Salvó el muro bajo y se encontró en Back Lane; giró a la derecha y continuó cuesta arriba, hacia Netherhoughton.

Back Lane apenas advirtió su presencia; unas cuantas mujeres salieron y se quedaron apoyadas en el umbral para mirarlo con el rostro impasible, y una de ellas le gritó que entrara, que le prepararía una taza de té. Recordando la advertencia del padre Angwin, se levantó el sombrero cortésmente para saludarla e indicó con un gesto que tenía prisa.

—¡Pásese otro día! —dijo la mujer, riéndose con desdén antes de volver a entrar en casa con un portazo.

Pronto se terminaron las casas; la calle se volvió más estrecha y se convirtió en un sendero. El padre Angwin le había dicho que había una ruta de casi cinco kilómetros que lo llevaría por un camino poco

frecuentado hacia la aldea y los páramos. No vería ningún refugio, ni casas ni árboles, solo los páramos a la derecha y, a la izquierda, campos sin cercar que habían sido huertos. Los trabajadores del ferrocarril los habían alquilado porque no quedaban lejos, en línea recta, de la pequeña estación de Fetherhoughton. Además de cultivar hortalizas, algunas parcelas habían alojado gallinas, incluso algún que otro cerdo. Sin embargo, a esas alturas la humedad estaba pudriendo los gallineros y las pocilgas vacías. La gente de Netherhoughton bajaba a saquear los huertos, y al final los hombres se habían cansado de reparar y remendar las cercas y de replantar lo robado. Acabaron abandonando el lugar, y les dijeron a sus esposas que fueran a comprar las hortalizas a la verdulería de la cooperativa; los campos recuperaron rápidamente su carácter de tierra baldía, y el único signo que quedaba de la presencia de los ferroviarios era un pañuelo rojo de lunares, atado a un poste destartalado, ondeando desafiante con la brisa.

El padre Fludd se detuvo y observó el camino vacío que tenía por delante; hacía frío y estaba cansado. Sacó de su bolsillo el mapa que el padre Angwin le había garabateado y vio que, si volvía sobre sus pasos pasando por Back Lane hasta Upstreet, una pequeña cuesta le permitiría llegar hasta el patio de la estación, y desde allí un sendero que atravesaba los campos lo conduciría hasta la calle principal de Netherhoughton. Se guardó de nuevo el mapa en el bolsillo y dio media vuelta; al pasar frente a la casa de la mujer que le había ofrecido té, le pareció ver que una cortina se movía en el piso superior.

Upstreet estaba casi desierta, a esas horas. Una vez hecha la compra, supuso, no había nada que te retuviera allí. Consultó su reloj de pulsera; eran casi las cinco, y el aire ya estaba impregnado

de ese frío inhóspito de las tardes de otoño, una combinación de hojas podridas, brasas de carbón, lana mojada y jarabe para la tos.

A medida que se acercaba a la estación, Fludd vio como avanzaba hacia él otro grupo de chicos; estos eran algo mayores, más pulcros, más o menos una docena de adolescentes en formación cerrada. Eran jóvenes fetherhoughtonianos que estudiaban en el instituto de la ciudad vecina. Eran pocos, pero llamaban la atención; sus uniformes granates, dos tallas más grandes para que pudieran crecer dentro de ellos, les colgaban del cuerpo como las capas oscuras de los cruzados. Había una expresión recelosa, inquieta, en los rostros de aquellos chicos desgarbados de dieciocho años, con la gorra en la cabeza y una cartera diminuta como un sello de correos colgada de los hombros huesudos. Algunas chicas llevaban bandejas de repostería, con las que se cubrían el cuerpo a modo de escudo, mientras que otras llevaban bolsas con labores de punto, de las que sobresalían agujas metálicas; los chicos llevaban herramientas de carpintería y no se molestaban en ocultarlas. Las que iban al frente del grupo, unas chicas de doce o trece años, llevaban palos de hockey en un ángulo vigilante y ofensivo.

—Buenas tardes —los saludó el párroco—. Soy el nuevo vicario. Me llamo Fludd. ¿Cómo va el nuevo curso?

Unos ojos sorprendidos y ofendidos lo recorrieron de arriba abajo. Tal como se había plantado en el camino, los adolescentes no podían continuar avanzando y, puesto que no estaban dispuestos a romper filas, se detuvieron.

—¿Podemos pasar? —preguntó una de las chicas que empuñaban los palos de hockey.

—Solo me preguntaba —dijo Fludd—, a qué dedican el tiempo los jóvenes como vosotros en este lugar.

—A hacer los deberes —respondió una voz desde el centro del grupo.

—¿No tenéis un poco de tiempo libre los fines de semana?

—No salimos —dijo la chica con firmeza—. No queremos peleas con *teddy boys*.

—Nos quedamos en casa —añadió otra voz—. A eso se le llama superación personal. Tenemos que entrar en la universidad de Mánchester.

—¿Y vais a misa? —preguntó Fludd—. Podríamos reunirnos después. Podríamos jugar a algo. A tenis de mesa, por ejemplo.

Los chicos se miraron entre ellos. Sus expresiones se relajaron; uno de los más jóvenes intervino con cierto pesar:

—Somos ateos.

—No creo que sea una buena idea —dijo la chica—. Verá, padre, en casa no nos dejan salir sin uniforme, y eso nos trae problemas.

—Los de Santo Tomás de Aquino nos pegan —añadió el más joven.

—Nos caerán encima —advirtió la chica— si usted no nos permite continuar.

Tras ella, tres chicas levantaron sus bandejas de repostería y las sacudieron al unísono:

—Odi, odas, odat.

—Yo odio —explicó la chica en tono amenazante—. Tú odias. Él o ella odia...

—No hace falta que sigas —murmuró Fludd—. Me sé el resto.

—No es nada personal —dijo un chico más alto.

—Los aporreamos con nuestra economía doméstica —explicó una de las que llevaban bandeja.

Fludd se apartó y observó cómo avanzaban volviendo la cabeza para vigilar las puertas de las tiendas. Ya en el patio de la estación,

trepó por los escalones del portillo que permitían acceder al sendero y atravesó el campo, apartando las matas de hierba con el paraguas del padre Angwin. La pendiente, leve al principio, se volvió más empinada, y tuvo que detenerse para recuperar el aliento antes de trepar al siguiente portillo; finalmente lo coronó y se encontró en la calle principal de Netherhoughton.

Resultó ser un asentamiento disperso, con dos tabernas de mala muerte, la Old Oak y la Ram, un estanco cerrado a cal y canto —sin duda el que el padre Angwin había mencionado—, un colmado con una pirámide de cajas de té en el escaparate, y una panadería con los estantes vacíos y un gran gato negro dormido tras el cristal. Allí las casas eran distintas; algunas tenían una sola habitación, los techos bajos y combados revelaban su antigüedad, y le llamó la atención que los netherhoughtonianos tuvieran por costumbre tapiar cualquier ventana que les pareciera superflua. A su alrededor vio claras señales de alquimia; había gallinas negras escarbando en el suelo de los patios traseros, y la escalera de mano de nueve peldaños, la *scala philosophorum*, estaba apoyada de cualquier manera contra un muro. Siguió caminando hasta que se terminaron las casas y llegó a la cerca oxidada que daba a los senderos de los páramos. Se detuvo un momento para contemplar el paisaje agreste y el cielo borrascoso, y cuando apartó la mirada notó las primeras gotas de lluvia en la cara.

Abrió el paraguas providencial que llevaba y volvió sobre sus pasos por el sendero. Antes de poder subirse el cuello de la capa lo envolvió una niebla espesa y de aspecto viscoso. Aquella luz menguante confería a las sucias ventanas una apariencia opaca, como si estuvieran recubiertas de plomo. Temblando de frío, se agazapó junto a un muro y estudió su mapa de nuevo; otro sendero, que se desviaba del que lo había llevado hasta allí, le permitiría

atravesar los antiguos huertos y llegar en diez minutos, según sus cálculos, a la parte trasera del convento.

Pensando que no podía demorar una visita de cortesía a las monjas, decidió hacerla esa misma tarde; de lo contrario, podrían ofenderse. Sin duda alguna, por caridad cristiana, le ofrecerían un chocolate caliente, y tal vez galletas de mantequilla o incluso pastas de té y mermelada. Se alegrarían de recibir una visita. Trepando de nuevo por el portillo, sonrió para sus adentros, y con los ánimos renovados levantó los pies del barro cada vez más espeso.

El salón del convento era anticuado y frío, y olía misteriosamente a salsa de carne cuajada. No lo usaban mucho; Fludd ocupó una silla junto a la chimenea vacía para esperar a la madre Prieta. Bajo sus pies había un linóleo oscuro y brillante, con un patrón de cuadrados de parqué, cubierto frente a la chimenea por una alfombra roja. Sobre la repisa, Jesucristo estaba colgado en un pesado marco dorado, y de la cabeza le salían finos rayos de luz amarilla. La lanza romana le abría la caja torácica en canal, y con un dedo pálido se señalaba el corazón expuesto, un corazón con forma de corazón.

Frente a la pared del fondo había un gran arcón con una robusta cerradura de hierro; de roble, tal vez, aunque lo habían barnizado sin mucha maña a lo largo de los años, de manera que la superficie parecía pegajosa y repelía la luz. ¿Qué habrá en ese arcón?, pensó Fludd. Cosas de monjas, sin duda; pero ¿cuáles, exactamente?

Cansado de esperar, cambió de postura en la silla. El arcón lo tentaba; atraía su mirada una y otra vez. Se puso de pie y se quedó petrificado a medio movimiento al oír el crujido de la silla; luego se armó de coraje y cruzó la estancia. Probó a abrir la tapa del arcón

con cautela; no cedió. Lo empujó un par de centímetros para ver si pesaba: mucho.

Oyó unos pasos a su espalda. Se incorporó y sonrió con naturalidad. La madre Perpetua se aclaró la garganta. Era demasiado tarde para que la advertencia sonara cordial, pero todavía estaba a tiempo de dejar las cosas claras: la superiora se acercó a las altas y estrechas ventanas y corrió las cortinas.

—Está anocheciendo —observó.

—Ajá —dijo Fludd.

—Nuestra ropa —dijo Prieta, señalando el arcón—. Es la ropa con la que llegamos aquí, cuando decidimos abandonar el mundo. La llave la guardo yo.

—¿La lleva encima?

Prieta eludió la pregunta.

—Es una gran responsabilidad velar por el bienestar de tantas almas —se limitó a decir.

—O sea, que usted es la maestra principal de la escuela y la superiora del convento, ¿verdad?

Prieta se echó el velo hacia atrás, como diciendo «¿quién más sería capaz de hacer todo eso?». El padre Fludd señaló el arcón.

—¿Cree usted que podría echar un vistazo? —preguntó.

—Oh, creo que no.

—¿Hay alguna regla que lo prohíba?

—Diría que sí.

—¿Y le parece natural obedecer esa regla?

—Debo hacerlo. Imagínese que el obispo llega a enterarse —dijo la madre Perpetua, acercándosele por detrás e inclinándose sobre el arcón como si reclamara su propiedad. Luego miró de reojo al vicario desde el borde más prominente de la toca. Fue como si le hubiera guiñado el ojo un caballo con anteojeras—. Aunque, padre,

supongo que podríamos hacer una excepción. Supongo que podría dejarme convencer.

—Al fin y al cabo —dijo Fludd—, no puede haber nada malo en mirar ropa que nadie usa. Y sin duda habrá prendas curiosas en ese arcón.

Perpetua dio unas palmaditas sobre la tapa; tenía la mano grande, con nudillos prominentes.

—Podría satisfacerle —dijo la superiora—. La curiosidad. Después de todo... —Se incorporó de nuevo y repasó al párroco de arriba abajo—, supongo que el obispo no llegará a enterarse. Si usted no se lo cuenta ni yo tampoco.

Dicho esto, se metió una mano entre los pliegues del hábito por debajo de la cintura, rebuscó un poco y sacó una llave grande y antigua.

—Debe de pesarle, si la lleva colgada todo el día —observó Fludd.

—Se lo aseguro, padre, es la menor de mis cargas —respondió la madre Perpetua, metiendo la llave en la cerradura.

—Permítame —se ofreció Fludd.

Forcejeó con la cerradura. Al principio, sin éxito.

—No es que lo abramos a menudo, precisamente —dijo Perpetua —. Una vez cada década, como mucho. No hay muchas vocaciones, hoy en día.

Fludd se arrodilló para poder aplicar más fuerza; se oyó un chirrido, un crujido, y luego un clic, hasta que por fin acabó cediendo. Levantó la tapa con una lenta reverencia, como si pudiera encontrar dentro unos restos humanos; y en efecto, pensó, podría decirse que lo eran, puesto que el arcón contenía los restos de todas las vanidades mundanas. ¿Acaso san Ignacio no comparó a los religiosos con los difuntos cuando les exigió obediencia a sus respectivas madres Perpetuas? «Cada cual», dijo el santo, «debería

ponerse en manos de sus superiores igual que el cuerpo de un difunto permite que lo traten de cualquier manera».

De repente, le llegó un intenso olor a naftalina.

—No sé por qué nos molestamos en conservarlas en perfecto estado —dijo Perpetua—. Tampoco es que nadie vaya a utilizarlas.

Fludd cogió la primera prenda que encontró. Era un vestido de muselina blanca, que se desplegó ante él al alzarlo sobre el arcón. Tenía un cuello marinero, y la falda, pensó el vicario, solo dejaría los tobillos a la vista.

—¿De quién era esto?

—Me aventuraría a decir que de la hermana Polycarp. Siempre ha demostrado un cariño especial por la Marina.

La monja hundió la mano en el arcón y sacó un par de zapatos azul marino, con dos tiras y tacones estrechos. Luego le siguió un traje azul marino de sarga, más o menos de la misma época, entallado en la cintura y de falda acampanada.

—¿Quién sabe de quién era cada una de estas cosas? Llegaron tres a la vez, más o menos. Y ya tienen una edad. ¿Y esto? ¿Qué me dice de este sombrero?

El padre Fludd se lo cogió de la mano, acarició el fieltro y pasó los dedos por el manojo de plumas grises, cortas y de aspecto feroz.

—Me imagino a la hermana Cyril con eso puesto. O a la hermana Ignatius Loyola, cualquiera de las dos. ¡Oh, cielo santo! —exclamó Prieta con una carcajada—. Aquí tenemos toda su ropa interior envuelta. Mire, son los corsés.

Había tres pares de corsés enrollados juntos: un Twilfit y dos Excelsior. Fludd los sostuvo en alto como si fueran un mapamundi, y dejó que se desenrollaran con un traqueteo. Prieta soltó una risita.

—Oh, padre —dijo la monja—. Estoy segura de que eso sí que no debería verlo.

A continuación volvió a sumergir la mano en el arcón y hurgó en lo más hondo.

—¡Cielo santo, una falda de tubo! —exclamó—. Bueno, con eso ya tenemos lo de las tres.

El padre Fludd cogió un canotier de paja y le dio la vuelta. La cinta era de color azul marino.

—Esto debía de ser de la hermana Anthony. Es la mayor de todas. Y este debe de ser su traje de tweed. Su tweed de verano —concretó Prieta, sosteniéndolo sobre su cuerpo—. Vaya, ¿ha visto qué talla tenía entonces? Más o menos la misma que ahora.

Fludd se imaginó a la hermana Anthony, una criatura de aspecto saludable y mejillas coloradas, bajando de un calesín tirado por un poni en el camino del carro, en el año 1900. La madre Perpetua sacudió un par de conjuntos de seda, con adornos de encaje en las perneras y abotonados por delante.

—Seguro que le encantaba cómo le quedaban.

—¿Qué ocurre si las trasladan a otro convento de la Orden? —preguntó Fludd— ¿Se llevan estas pertenencias? ¿Las meten en la maleta?

—Oh, no, de ningún modo. Imagínese que nos atropellan y nos llevan al hospital. Abrirían la maleta y no creerían que somos monjas. Pensarían que formamos parte de una compañía de teatro.

—Entonces las envían, entiendo.

—Se encarga de ello una empresa de transportes. Aunque veo —añadió mientras revolvía lo que quedaba en el arcón— que aquí no hay nada de Philomena. Tampoco es que se pueda considerar una gran pérdida, me imagino las baratijas de rastrillo que debía de llevar puestas cuando se presentó como postulante. Pero ¿no le parece típico de Irlanda? Enviar a la monja sin ropa, simplemente olvidarse del asunto y que el mundo siguiera su curso, sin más —

comentó la madre Prieta, dejando caer la mandíbula con gesto ausente y una expresión glacial en la mirada—. Debería haber visto el estado en el que llegó aquí. Con una vieja maleta Gladstone en la mano, atada con un cordón y, encima, prácticamente vacía. He oído hablar de la santa pobreza, pero en mi opinión llega un punto en el que es excesiva. Llevaba solo un par de medias llenas de agujeros, por los que le asomaban los dedos de los pies. Y no me atrevería a especular cuándo fue la última vez que se había almidonado los pañuelos.

—Suena más bien como si la hubieran trasladado —opinó Fludd.

—Pues si por mí fuera, volvería a trasladarla hacia allí, padre. Pero por desgracia no puedo. Eso depende de la madre Provincial.

La indignación se apoderó de la madre Perpetua; se había olvidado de que él no sabía de qué le hablaba.

—Pero ya se lo dije a la madre Provincial, se lo dije sin tapujos. Le dije que, si la chica quería entrar por ese motivo, debería haber elegido una orden contemplativa; las Hermanas de los Santos Inocentes tenemos que mantener la cabeza sobre los hombros, nos debemos a un trabajo práctico muy sólido. Le dije a la madre Provincial, no crea que permitiré que convierta mi convento en un depósito de las vergüenzas de la Orden, porque no estoy dispuesta a consentirlo. Hablaré con el obispo.

—Cielos —exclamó Fludd—. ¿Qué hizo la hermana Philomena?

—Ciertas afirmaciones sobre sí misma.

—¿Qué clase de afirmaciones?

—Dijo que tenía estigmas. Dijo que las palmas de las manos le sangraban cada viernes.

—¿Alguien lo vio?

Perpetua soltó un resoplido antes de responder.

—Irlandeses, lo vieron —dijo con sorna—. Algún viejo cura senil de vaya usted a saber qué parroquia. Perdóneme, padre, pero siempre digo lo que pienso. Alguien tan tonto como para creerse semejante tontería. Aquel asunto causó bastante revuelo, como se puede imaginar, alteró toda la parroquia. Me complace decir que, cuando el cura llevó el asunto más lejos, no tardaron en ponerlos a los dos en su lugar. A nivel diocesano, ya sabe. Según mi experiencia, siempre se puede contar con los obispos.

—¿Y por eso la trasladaron a Inglaterra?

—Sí, para acabar con aquella atmósfera de agitación tan insana. A ver, dígame usted, padre: ¿había oído alguna vez algo semejante? ¿Estigmas? ¿Hoy en día? ¿Había oído usted algo de tan mal gusto?

—¿La vio algún médico?

—Oh, sí, pero un médico irlandés, y no supo determinar la causa. Se lo aseguro, en cuanto posó los pies aquí, hice venir a un hombre sensato para que la examinara de verdad —explicó, resoplando de nuevo—. ¿Sabe usted qué dijo que era? Dermatitis.

—¿Y cómo está ahora?

—Ah, ya se ha recuperado. Me encargué de ello personalmente —aseguró, y acto seguido decidió cambiar de tema—. Pero ¿por qué perdemos el tiempo con una chica tan tonta? Seguro que le apetecerá merendar algo.

Perpetua salió envuelta por el frufrú de su hábito. Menudo ruido hacía, y cómo golpeaba el linóleo con los talones. El aire que la envolvía estaba cargado de discordia; Fludd no se imaginaba nada menos propicio para una vida dedicada a la oración.

El vicario volvió a sentarse junto a la chimenea, y poco después oyó volver a la monja por el pasillo; ahora estaba alerta, así que no iba a pillarlo desprevenido. La seguía, tambaleándose, una hermana

anciana, rotunda y sonriente, cargada con una bandeja con la merienda.

—Esta es la hermana Anthony —dijo Prieta.

—¿Cómo está, hermana Anthony?

—Bien, gracias a nuestro señor Jesucristo. Me alegro de conocerle, padre; seguro que siendo tan joven le será de gran ayuda al pobre padre Angwin.

—Hermana, no sea lisonjera —dijo Prieta—. En mi presencia no, al menos.

La hermana Anthony suspiró y dejó la bandeja sobre la mesa plegable.

—Podría haberle preparado un bocadillo —dijo—. Podría haber sido de paté de pescado, pero me han dicho que no lo hiciera. Dicen que está pasado. La hermana Polycarp ha dicho que debe de llevar cuarenta días y cuarenta noches en el desierto. No sé, a mí no me ha parecido que supiera mal. Yo me he comido mi parte.

—La hermana Anthony tiene un sistema digestivo de lo más eficaz —explicó la madre Perpetua.

—Es porque son muy jóvenes —dijo la hermana Anthony—. A las monjas de hoy en día les gusta que las mimen. Son exigentes.

—¿A usted le gusta que lo mimen, padre Fludd? —preguntó Prieta con tono alegre, sin malicia.

Él le lanzó una mirada. La alegría de aquella monja le parecía terrible.

—No se preocupe, hermana Anthony —dijo él, obviando la pregunta de la superiora—. La señorita Dempsey me habrá preparado algo cuando vuelva a casa. Una simple taza de té será más que suficiente.

—Pruebe también una de las galletas. Las horneé yo misma hace solo dos semanas.

La hermana Anthony salió moviéndose con ligereza a pesar de su corpulencia. Mientras la madre Perpetua servía el té, Fludd detectó un ruido tras la puerta, un leve susurro que parecía más bien un resoplido sordo.

—¿Quién hay ahí? —preguntó el párroco.

—Ah, son la hermana Polycarp, la hermana Cyril y la hermana Ignatius Loyola. Quieren que se las presente.

Fludd hizo ademán de levantarse.

—¿Y no deberíamos dejar que pasen?

Perpetua sonrió y vertió la leche con un chorro alto y delgado.

—A su debido tiempo —dijo antes de ofrecerle la taza con una sonrisa forzada—: ¿Le gusta así, padre?

El padre Fludd bajó la mirada.

—No se lo sabría decir. Normalmente me lo tomo sin leche.

—Ah, debería haberlo imaginado. ¡Ustedes, los curas jóvenes, son tan ascéticos...! ¡Tan poco mundanos! —comentó Perpetua con un suspiro, mientras se servía azúcar con generosidad—. Supongo que el obispo estará muy orgulloso de usted.

Fludd probó su té con cierta reticencia.

—¿Usted cree?

—Bueno, si no confiara totalmente en usted, ¿por qué lo habría enviado aquí para arreglar este desastre? Aunque, claro, es usted joven para enfrentarse a un viejo zorro como el padre Angwin. Quien, por cierto, bebe mucho, ya sabe, y se le ha visto por Netherhoughton, merodeando por el estanco, aunque nadie que se fijara en usted dudaría de sus capacidades.

Adelante, la desafió Fludd en silencio: fíjese en mí. Dejó que sus ojos vagaran por la piel áspera de las mejillas de la monja, por su nariz carnosa; ella levantó la cabeza un momento, pero luego la dejó caer de nuevo, como si el manto negro de repente se hubiera vuelto

demasiado pesado. Perpetua alargó la mano hacia la tetera y se sirvió un poco más de té.

—¿Qué desastre? —preguntó Fludd—. ¿A qué se refiere?

Perpetua se sobresaltó. Volvió a dejar la tetera sobre la mesa.

—Bueno, no me diga que Su Excelencia no lo ha puesto al corriente. Angwin debe modernizarse, va a tener que cambiar sus costumbres. Pensaba que ya estaría al tanto de eso. Tal vez... no lo sé, tal vez el obispo creyó que sería mejor que se formara usted su propia opinión. Su Excelencia es un hombre muy justo, un hombre ecuánime, siempre lo he dicho. Aunque, en mi opinión, el beneficio de la duda también puede otorgarse en exceso —explicó, tras lo que reflexionó unos instantes y, de repente, se sentó más erguida y se acicaló un poco—. Por supuesto, el obispo sabía que usted dispondría aquí de una fuente de información fiable. Sabía que podía confiar en mí para ponerlo al corriente.

El padre Fludd cogió una de las galletas de la hermana Anthony. La mordió, soltó un grito de dolor y la dejó caer sobre su rodilla, desde donde rebotó hasta el suelo y acabó bajo la mesa.

—¡Madre de Dios, casi me rompo un diente! —exclamó.

—Ay, Dios, debería habérselo advertido, padre. Nosotras ya estamos acostumbradas. Tenemos un martillito de repostería y nos lo vamos pasando para poder partirlas.

Fludd se llevó la mano a la boca.

—¿Quiere que le eche un vistazo, para ver si se ha hecho daño? —le preguntó afectuosamente Perpetua.

—No, gracias, madre Perpetua. Continúe con lo que estaba diciendo, por favor.

—Ese hombre vive en su propio mundo —prosiguió la monja—. ¿Le apetece un poco más de té? Bueno, es bastante estricto en cuestiones de doctrina, todos lo sabemos; demasiado estricto, según

el obispo; un hombre obstinado que siempre está hablando sobre los padres de la Iglesia y que utiliza un lenguaje demasiado elevado. Sus sermones pueden llegar a ser un verdadero galimatías. La semana pasada, desde el púlpito, acusó al papa de ser un nazi. Dijo que era el jefe de la mafia.

—¿Y la congregación? —preguntó Fludd, sacándose el pañuelo para secarse los labios—. ¿Cómo lo encajó?

—Sin chistar —respondió la monja con despreocupación—. Como siempre. Tienen grandes carencias educativas.

¿Y de quién es la culpa?, murmuró Fludd para sí mismo tras los pliegues de lino.

—Y por si no bastara con esos sermones incendiarios, ¡se atreve a juzgar el criterio de Su Excelencia! Supongo que ya habrá oído hablar del ridículo asunto de las estatuas.

—Ah, por supuesto —dijo Fludd. Empezaba a ver hacia dónde se decantaba la balanza—. Creo que aceptaré esa segunda taza de té.

A esas alturas, el murmullo al otro lado de la puerta había crecido en intensidad y una especie de respiración rítmica e impaciente se hizo evidente: el esfuerzo conjunto de seis pulmones.

—¡Oh, vamos, entrad! —gritó Prieta con impaciencia—. No os quedéis ahí fuera resollando como una manada de perros viejos. Entrad a conocer al padre Fludd, es la gran esperanza de nuestra parroquia.

Las tres monjas que entraron en fila en la estancia tenían sus años, tal como Prieta le había contado, y también la misma altura: poco más de metro y medio; mientras observaba sus rostros arrugados y pálidos, Fludd se dio cuenta de que jamás sería capaz de distinguirlas. Las hermanas mantenían la mirada baja tras las gafas de montura metálica, y no podían parar de mover los pies. Sus hábitos olían a humedad, como si nunca salieran al exterior. Aunque

salían, por supuesto, y paseaban arriba y abajo por el camino del carro; pero lo que experimentaban, entre taludes negros y árboles goteantes, no podía considerarse aire fresco. No hacían ejercicio, más allá de azotar a niños pequeños con varas: a eso se entregaban ferozmente, incluso con aire competitivo. Tenían los rostros marcados por la malicia, y también por una especie de codicia.

—¿No podemos tomar té? —preguntó una de ellas—. La tetera es lo suficientemente grande.

—Podríamos traer más tazas —dijo otra.

—Ya habéis tomado el té —respondió Prieta con rotundidad.

Las tres monjas se quedaron mirando a Fludd desde los parapetos almidonados de sus tocados.

—Están trabajando en un tapiz —explicó la madre Perpetua—. ¿Verdad, hermana Polycarp?

—Uno muy grande —confirmó Polycarp.

—Lo hacemos *ad majorem Dei gloriam* —informó Cyril.

—Es como el tapiz de Bayeux.

—Pero de temática religiosa.

Fludd dejó la taza sobre la mesa. Estaba inquieto; una de las hermanas resollaba un poco, y a él también empezó a costarle respirar, notaba punzadas en el esternón.

—Parece que no se encuentra usted muy bien, hermana —dijo él.

Las otras dos monjas tensaron los labios con furia.

—Se encuentra perfectamente —terció una de ellas.

—Toma jarabe para la tos —dijo la otra.

—No tiene motivos para quejarse —añadió la primera.

—Ese tapiz... —dijo Fludd—, ¿cuál es el tema?

—Las plagas de Egipto —respondió la hermana Cyril—. Toda una novedad.

—Pero es edificante —dijo Polycarp.

—Parece prometedor —comentó Fludd con aire respetuoso.

—Ya hemos terminado la plaga de ranas —dijo Polycarp—. Y la peste bovina, y la terrible nube de tábanos.

A la hermana Ignatius Loyola le sobrevino un fuerte ataque de tos antes de hablar por primera vez:

—Ahora vamos por las úlceras.

Perpetua lo acompañó hasta la puerta del convento. Ya había oscurecido bastante y Fludd sabía que el padre Angwin estaría preocupado. La monja lo agarró por la manga.

—Recuerde, padre —dijo con un susurro ronco—, cualquier cosa en la que pueda ayudarle, solo tiene que pedirlo. Cualquier información... ¿comprende? Quiero que Su Excelencia sepa que le soy leal.

—Comprendo —repuso Fludd. Se preguntó qué debía de haber originado esa mala sangre entre la monja y el padre Angwin; sin embargo, ya se había dado cuenta, a partir de lo que había visto durante el día, de que las disputas de esa comunidad eran tan viejas como impenetrables. Quería marcharse del convento, alejarse de la superiora; una aversión intensa empezaba a crecer en su interior, así que tiró de la manga para zafarse de Prieta. Ella no se inmutó. Se quedó allí plantada, enmarcada por el umbral iluminado mientras él se afanaba en subir la cuesta hacia la iglesia.

El obispo es un hombre justo, pensó mientras avanzaba por el suelo embarrado. El obispo es un hombre ecuánime, ¿verdad? Bueno, tal vez. Tal vez lo era. Tal vez la justicia abunda. Cuando las personas se quejan de su suerte, sus enemigos sonríen con desdén y les dicen, para asustarlas, «la vida no es justa». Por otro lado, viendo las cosas con perspectiva, más allá de las inundaciones, los

incendios, los daños cerebrales y las adversidades habituales, la gente consigue lo que quiere en la vida. Se impone un principio oculto de equidad. Lo aterrador es que la vida es justa; pero lo que necesitamos, como alguien ya observó, no es justicia, sino misericordia.

5

La llegada del padre Fludd a la parroquia quedó marcada por un aumento generalizado de la santidad. Si el vicario pensaba que su visita a la parroquia había pasado desapercibida, se equivocaba; el domingo siguiente, y en las semanas sucesivas, los indiferentes, los huraños y los apóstatas dirigieron sus pasos por el camino del carro. El sermón que ofreció el padre Fludd fue vigoroso, repleto de textos bien escogidos; el padre Angwin consideraba peligroso sacar al rebaño del error de pensar que la Biblia era un libro protestante, por lo que tendía a omitir las fuentes de los fragmentos que citaba.

Ese primer domingo, Fludd se fijó en los miembros de la Fraternidad que ocupaban el pasillo norte; un hombre elegante con pantalones de tartán fue el primero en levantarse para recibir la santa comunión, y los otros lo siguieron. Se volvían del comulgatorio con la mandíbula rígida y el cuerpo de Cristo pegado al paladar. Mientras impartía la hostia, Fludd veía los rasgos de los comulgantes reflejados en el plato brillante que el monaguillo sostenía por debajo de sus barbillas; veía cómo se estremecían los rostros distorsionados por el metal.

Las monjas fueron las únicas que precedieron a los hombres de la Fraternidad. Priepetua marchó con firmeza desde el banco delantero y las demás se levantaron para seguirla, despegándose del reclinatorio como trozos de cinta adhesiva negra: Cyril, Ignatius, Polycarp, en estricto orden alfabético, para evitar disputas. La joven monja de rostro redondo cerraba la comitiva; Fludd se dio cuenta de

que faltaban una o dos hermanas y pensó que probablemente se debía a algún malestar digestivo.

Y luego, un himno, «Oh, pan del cielo»: desafinado, un retumbar grave, como el mal tiempo cuando se avecina. *Ita, Missa est*: Pueden irse en paz, la misa ha terminado. *Deo gratias.* Otro himno: «Alma de Cristo», uno de los favoritos de la parroquia. Este sonó agudo, como un lamento, y sirvió para que las sopranos de Fetherhoughton se lucieran; solo las más estridentes llegaban a las notas más agudas, y las más sensatas ni lo intentaban. «Alma de Cristo, santifícame...». Y a mitad de ese primer verso tortuoso, vio de reojo cómo la madre Perpetua se inclinaba hacia delante, por encima de la rolliza hermana Anthony, y le asestaba un golpe en las costillas a la monja más joven.

Si la superiora hubiera llevado un paraguas lo habría utilizado, pero la punta del dedo no resultó menos eficaz. La hermana Philomena soltó un gemido de sorpresa que dejó claro que estaba cantando. «Dentro de tus llagas, escóndeme...».

—Pobre hermana Philomena —murmuró Agnes Dempsey—. Es como un perro maltratado.

La joven se sonrojó y bajó la mirada sin dejar de cantar.

Cuando el himno terminó, la congregación se levantó al unísono, como sacudida por un mismo impulso, y se abrió camino con dificultad por los pasillos hacia el débil sol otoñal que brillaba en el exterior, hacia el almuerzo dominical que rompería el ayuno; el olor a alcanfor de la ropa de los domingos se mezcló con el del incienso, y Fludd se puso a estornudar sin control mientras se secaba las lágrimas de los ojos. El camino del carro estaba lleno de lodo, y el invierno ya se respiraba en el aire.

Los niños no tardaron en inventar juegos nuevos, que consistían en imitar a los sacerdotes. Iban de puerta en puerta por los patios traseros, caminando despacio y con tristeza, fingiendo que pasaban a administrar el viático. Informados de la proximidad de la muerte, los propietarios de las casas dejaban claro su malestar; sin embargo, los niños, recuperados de los golpes, volvían a formar filas y visitaban las carboneras, llamando a las puertas para solicitar últimas confesiones y ofrecer la gracia de Dios al carbón barato que había dentro.

Incluso la gente de Netherhoughton acudió a la iglesia, y se sentó con el ceño fruncido en la parte de atrás; mientras tanto, sus retoños paganos jugaban en los pasillos con sus ouijas.

El lunes por la tarde, Fludd estaba arrodillado en la iglesia, rezando por el padre Angwin. Podría haber ocupado el altar, puesto que gozaba de ese privilegio; sin embargo, prefirió arrodillarse en el primer banco, el que habían ocupado las monjas el domingo, y observar desde esa corta distancia la lámpara del santuario, que con su parpadeo rojizo parecía el rostro de un familiar alcohólico.

Pidió paz mental para el padre Angwin; pensó en el himno «Alma de Cristo», en cómo aquella parroquia tan ignorante destrozaba la letra y el significado de los versos. Pensó en las mujeres de Fetherhoughton, en sus barbillas flácidas temblando sobre los cuellos abotonados de los abrigos: «Del mendigo mandingo, defiéndeme...». ¿Cómo?, «del enemigo maligno», había masculllado el vicario de espaldas a la congregación, pasando sus esbeltas manos por encima de los vasos sagrados; «del enemigo maligno». Bajó la cabeza, pero con el rabillo del ojo pudo ver los grandes zapatos negros de los monaguillos, que les sobresalían por debajo

de las sotanas; incluso les veía los calcetines de lana, grises y arrugados. «En el loro durmiente, llámame...». Pero ¿qué están diciendo? ¿Qué creen que están cantando? Se imaginó ese «mendigo mandingo» como un diablillo de tez oscura, rondando de noche por el pórtico de la iglesia. De todos los diablos menores, pensó, la ignorancia es la líder de la horda; la confusión de los lugareños había dado cuerpo a esa ignorancia, la había encarnado.

Y ahora, ese lunes, arrodillado allí solo, oía la lluvia cayendo con fuerza, tanta como la noche de su llegada, tamborileando invisible tras las vidrieras, salpicando y gorgoteando por los bajantes, cayendo por igual sobre los justos y sobre los injustos. Cerró los ojos, y habría cerrado también los oídos de haber podido, para excluir aquel sonido y sumergirse en un estado parecido al trance en el que oiría, si Dios así lo quería, alguna pequeña recomendación; alguna sugerencia sobre cómo tenía que proceder, sobre qué era lo que debía hacer a continuación en un lugar como aquel.

Las imágenes revolotearon por su mente: la escalera de mano de nueve peldaños, el pañuelo del ferroviario agitándose en el poste de la valla con el viento que barría los páramos, el brazo negro de la madre Perpetua levantado en el crepúsculo; y Agnes Dempsey, plantada tras la puerta de la rectoría, callada como un perro, esperando su regreso. Una a una, las imágenes se perseguían entre sí, y Fludd abrió la puerta de su mente para dejar que pasaran de largo, hasta que la casa se quedó vacía; entonces el pulso se le ralentizó, su respiración se volvió más profunda y el susurro de la lluvia se fue desvaneciendo y dejó en su lugar un profundo silencio.

¿Estoy vivo?, preguntó una vocecilla en su fuero interno. Uno sabe lo que es por lo que no es; porque, como dice Agustín, «Tenemos algún conocimiento de la oscuridad y del silencio, del primero solo por los ojos, y del segundo solo por los oídos; no obstante, no

tenemos sensación, solo la privación de la sensación». En el reino de la Duat, el inframundo de los egipcios, había doce divisiones; una de ellas estaba custodiada por una serpiente con cuatro patas y rostro humano. Allí la oscuridad era tan densa que podía palparse; pero ese es prácticamente el único ejemplo del que disponemos. Decir que la oscuridad de la noche es aterciopelada es romántico. Decir que un alma es negra, una frase hecha.

En ese punto, recomponiéndose un poco, Fludd creyó oír tras él una respiración entrecortada; algo había entrado por la puerta y se había detenido a mirarlo mientras rezaba. No volvió la cabeza. Me estoy derrumbando, pensó, me estoy disolviendo en la destrucción y la desesperación; esta es mi *nigredo*, la noche más oscura de mi alma. Igual que las estatuas reposan a poca profundidad en sus tumbas, impregnándose del color de la tierra y del olor a mortificación, mi espíritu también yace enterrado, cercado por agentes corruptores. Agnes le había dicho (mientras estaba ocupada con la tetera, mirando hacia otro lado y con la voz quebrada por la emoción):

—Cuando camino por encima de ellas, padre, me estremezco.

—Son símbolos, señorita Dempsey —le había dicho él—. Los símbolos son poderosos.

—Es como caminar por encima de los difuntos —había respondido ella.

Pero para purificar algo, primero hay que corromperlo; es un principio de la ciencia y del arte. Todo lo que debe unirse primero debe separarse, todo lo que debe completarse primero debe ser dividido en las partes que lo constituyen, su calor, su frialdad, su sequedad, su humedad. La vil materia aprisiona al espíritu, lo burdo encadena lo sutil; toda pasión debe ser diseccionada, todo capricho debe pasar por el mortero, todo deseo debe ser molido una y otra

vez hasta que surja su esencia. Tras la separación, el secado, la humectación, la disolución, la coagulación y la fermentación, llega la purificación, la recombinación: la creación de sustancias que el mundo jamás ha conocido hasta el momento. Ese es el *opus contra naturam*, el arte espagírico; el matrimonio alquímico.

Tras él, la criatura avanzaba pesadamente por el pasillo central. Todavía con las manos entrelazadas, Fludd se volvió para mirarla por encima del hombro derecho.

Era la hermana Philomena, con un saco sobre la cabeza para resguardarse de la lluvia. Llevaba el hábito recogido a la altura de las rodillas por un sistema de cordones que creaba unos pliegues esculturales.

El padre Fludd se quedó mirando los pies de la monja.

—Tengo una dispensa para llevar botas de agua. Un permiso especial de la madre Provincial. Siempre me mandan a mí cuando llueve. Y no es que me queje, me gusta salir. Y pronto conseguiré una dispensa para una capelina.

—¿Qué es eso? —preguntó Fludd.

—Un impermeable de plástico que te pones sobre la cabeza. Es transparente. Se pliega en forma de acordeón y queda así de pequeña —explicó, extendiendo los dedos mojados para mostrárselo —, para que quepa en el bolsillo.

—Odio el plástico —dijo el padre Fludd.

—Claro, porque es un hombre —dijo la hermana, aunque se corrigió enseguida—. Un cura. Nunca tiene que limpiar. El plástico se limpia fácilmente, solo hay que pasarle un trapo. Ojalá el mundo entero estuviera hecho de plástico.

Philomena entró en el círculo luminoso de las velas que ardían frente a santa Teresa, la Pequeña Flor.

—Veo que la madre ha estado encendiendo velas —constató la joven monja.

—¿Tiene una devoción especial por santa Teresa?

—Bueno, Teresa fue monja, por supuesto, y muy humilde. La humildad era su especialidad, se le daba mejor que a nadie en su convento, se hizo famosa por ello. Según la madre, todas deberíamos imitar su humildad. Santa Teresa entró en el convento siendo todavía muy joven. No la querían admitir, pero ella no dio su brazo a torcer. Intentaron detenerla, pero no aceptó un no como respuesta. No hubo forma de impedirlo. Se quejó al papa.

—Veo que ha estudiado su biografía.

—Hay un libro en la biblioteca del convento.

—¿Es una biblioteca extensa?

—Bueno, tenemos las vidas de unos cuantos santos. Ah, y una guía para carreras de caballos, pero es de la hermana Anthony.

Philomena extendió la mano y se apoyó con pesadez en uno de los bancos de color melaza. Parecía como si le faltara un poco el aliento.

—Santa Teresa acabó falleciendo por algo del pecho, como mi tía Dymphna. En el caso de santa Teresa, fue fruto de las penitencias a las que recurrió, aunque no creo que le sucediera lo mismo a mi tía. Humilde hasta el final, y deseando ofrecer su agonía mortal como sacrificio por los pecadores, la santa rechazó las medicinas que podrían haber aliviado su aflicción final. Así lo cuenta el libro. No sé si a Dymphna le ofrecieron morfina. Supongo que algo de whisky sí debió de tomar.

Fludd se inclinó hacia atrás y pasó discretamente del reclinatorio al banco. Se sentó mirando hacia la monja. Esta se había quitado el saco de la cabeza y lo había sacudido para quitarle unas cuantas

hojas muertas que le habían caído encima, mientras iba por el camino del carro.

—Ya las recogeré —dijo—. Luego barreré el suelo —añadió, tras lo que se sacó algo del bolsillo—. He venido a intentar arreglar otra vez la nariz —explicó.

Fludd siguió la mirada de la monja hasta la estatua de la Virgen. Parecía como si un martillazo le hubiera arrancado la punta de la nariz.

—Lo hice yo —dijo Philomena—. La verdad es que me pareció irreverente, pero necesitaba empezar por una superficie plana, por lo que tomé prestado el cincel de uno de los miembros de la Fraternidad, el señor McEvoy. La primera nariz que le coloqué estaba hecha con arcilla de modelar, y luego pensaba que podría pintarla, pero por supuesto antes habría tenido que cocerla, de manera que no quedó bien. Por eso ahora quiero intentarlo con plastilina —dijo, extendiendo la palma de la mano para mostrarla—, amasando trocitos distintos para conseguir el mismo tono.

—Yo diría que debería tener la piel más oscura —opinó Fludd—. Para ser realistas, quiero decir. Procedía de una tierra oriental.

—No creo que al obispo le guste esa idea.

—He visto vírgenes negras —dijo Fludd—. En Francia las llaman las vírgenes *sous-terre.* En las procesiones solo encienden velas de color verde.

—Suena muy pagano —dijo ella con cierta reserva—. ¿Me disculpa, padre? Tengo que encaramarme ahí arriba. En ese banco.

—Por supuesto —respondió él, apartándose apresuradamente.

Philomena hizo una profunda genuflexión frente al altar, se sentó en el banco que había delante y empezó a tirar de sus botas de agua.

—La ayudaría, hermana —dijo Fludd—. Pero... ya sabe.

—No tardaré mucho en quitármelas —dijo ella mientras se peleaba con las botas. El párroco desvió la mirada mientras la monja se reía, gruñía y forcejeaba—. Ya está —anunció, dejando caer las botas sobre las losas de piedra. Ágil y enérgica, subió al banco que él había estado ocupando poco antes y estiró el cuerpo hacia la Virgen —. ¿Qué le parece? —preguntó—. ¿Moldeo primero la nariz y luego la pego? ¿O intento darle forma mientras estoy ahí arriba?

—Creo que debería modelarla *in situ.* ¿Quiere que lo intente yo? Soy más alto.

—Suba, pues, padre. Seguro que llegará mejor que yo.

Fludd subió también al banco. Ella se apartó un poco para dejarle sitio y luego le ofreció la plastilina que tenía en la mano. Era de un color muy pálido y estaba fría al tacto; Fludd la amasó en la palma de la mano. Se plantó frente a la Virgen sin rodeos y miró fijamente aquellos ojos pintados de azul.

La hermana Philomena observó al párroco con atención mientras alargaba el brazo y plantaba la pasta modelada sobre el rostro de la estatua. Él notó la atenta mirada de la monja, pudo oler la sarga húmeda de su hábito y, cuando la miró de reojo para pedirle la opinión sin mediar palabra, vislumbró el vello rubio de sus mejillas. Como si intentara estabilizarse, ella extendió una mano hacia el resbaladizo y estrecho hombro de la Virgen y la posó allí, fría y cruzada por venas azuladas, sobre la pintura azul de la túnica.

Por un momento, Fludd sostuvo a la chica poniéndole una mano bajo el codo; luego saltó de espaldas al suelo y se apartó para valorar el resultado.

—No ha sido un éxito, precisamente —sentenció—. No acaba de encajar. ¿Quiere venir a verlo?

—No —respondió ella, bajando la mirada con preocupación—. Nunca conseguiré modelarla bien, ni siquiera con su ayuda, padre.

Y mientras tanto tenemos estatuas en perfecto estado pudriéndose bajo tierra.

Él levantó la mirada.

—¿Cree que se están pudriendo? ¿Usted también?

—Oh, me está asustando —dijo la monja, tocándose la cruz negra que llevaba colgada de un cordón alrededor del cuello—. Solo era una manera de hablar.

—Pero realmente hay algo podrido aquí.

—Sí. ¿Ha venido usted a remediarlo?

—No lo sé. Creo que no está en mis manos. Creo que solo puedo ayudarme a mí mismo. Y tal vez llevar a cabo uno o dos pequeños cambios en la parroquia.

—¿Puede usted hacer algo por mí?

—Baje —dijo él, ofreciéndole una mano como apoyo. Ella la aceptó y bajó del banco con un solo movimiento, pulcro y majestuoso—. Antes —prosiguió el párroco—, cuando los artesanos hacían estatuas, esculpían los ropajes formando pliegues perfectos, como si no hubiera ningún cuerpo debajo. Luego llegó una época en la que las ideas cambiaron. Incluso los santos tenían extremidades, incluso la Virgen. Y empezaron a moldear los pliegues más redondeados.

—Nuestras estatuas tenían un aspecto muy variado. Algunas parecían vivas y otras, muertas.

—Me temo que ninguna de ellas era tan antigua como para remontarse a los tiempos de los que le hablaba. Si no parecían vivas, era por falta de habilidad. O por aversión a la carne.

—Ah, eso —dijo ella, bajando la mirada y sonrojándose. Empezó a alisarse la falda, tirando de ella para alargarla—. Creía que no me encontraría con nadie —añadió—. Suelo recogerme el hábito cuando llueve, pero no me delate, por favor. Es muy desagradable llevar el

dobladillo empapado de barro durante el resto del día, y encima puede provocar reumatismo. No creo que a santa Teresa le hubiera importado tener que soportar un poco de lluvia. Seguramente lo habría ofrecido como sacrificio. Probablemente habría salido y se habría expuesto a la lluvia a propósito.

Sin embargo, cuando salieron de la iglesia, se dieron cuenta de que había dejado de llover. El sol brillaba débilmente, también parecía empapado de agua, e iluminaba los troncos mojados de los árboles que bordeaban el camino del carro. La luz se reflejaba en los charcos y los opacaba; la tierra parecía preparada para un banquete servido en amplios cuencos de porcelana blanca.

—He recibido una llamada del obispo —dijo el padre Angwin esa noche, después de cenar.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quería? —preguntó Fludd.

—Saber si soy relevante —respondió el padre Angwin, levantando la mirada para observar a Fludd con expectación; aunque resultó ser una expectación hiriente—. Es usted listo y moderno, padre Fludd, ¿sabría decirme a qué se refería?

Fludd no respondió, y con su silencio indicó que no deseaba que se le señalara por su modernidad.

—Me ha dicho, «¿Es usted relevante, padre? ¿Es usted real?». Yo le he dicho que eso debería preguntárselo a Platón. Pero el obispo ha continuado, implacable. «¿Sus sermones son relevantes?», me ha preguntado—. «¿Está usted en sintonía con el oído moderno?».

—Nunca había oído nada igual —dijo Fludd—. ¿Relevante? No, no lo había oído jamás. ¿Y qué le ha respondido?

—Pues que soy de una irrelevancia suprema. Entonces le he preguntado si eso le parecía bien y le he dicho que, con su permiso,

seguiría siéndolo, por el bien de mis parroquianos y por la salvación de sus almas. «¿Ah sí? ¿Cómo es posible, mi querido amigo?» —dijo el padre Angwin, imitando ferozmente al obispo, estirando las piernas y fingiendo darse palmadas en una barriga que no tenía—. Porque, le he dicho, ¿acaso no es por la irrelevancia, por lo que la gente acude a la iglesia? ¿Quiere que los salude como si fuera un empleado del ferrocarril? ¿Quiere que tome la poca espiritualidad que poseen y que la triture en la picadora de la carnicería de la cooperativa? —El padre Angwin levantó la mirada con los ojos encendidos—. A eso ya no me ha respondido.

—Espero que haya aprovechado usted esa ventaja —dijo el padre Fludd.

—Bueno, he sacado el tema de mis estatuas una vez más. Si los santos no vienen a Fetherhoughton, le he dicho, ¿por qué no puedo tener a sus representantes mudos? ¿Acaso no son estímulos de la fe? ¿Y no me dedico yo a la fe? Entonces, ¿las estatuas no pueden considerarse las herramientas de mi oficio? Le he dicho, ¿por qué me quita las herramientas? ¿Le quitaría el maletín a un médico? ¿Un barbero puede prescindir de su navaja?

—¿Dónde cree el obispo que están las estatuas? —preguntó Fludd con cautela.

—Ah, cree que las tengo guardadas en el garaje.

—¿Y ha hecho alguna concesión?

—Ninguna.

—Entonces, ¿cómo ha quedado la cosa?

—Le he dicho que espero vivir lo suficiente para enterrarlo. —El padre Angwin se quedó pensativo, y finalmente añadió—: Sobre usted, el obispo no ha dicho una sola palabra.

—Vaya —dijo Fludd—. ¿No? Bueno, no importa.

El padre Angwin seguía sospechando que Fludd era un espía del obispo. Sin embargo, suponía que incluso el obispo tendría la sensatez suficiente para obviar la existencia del espía, como si no pudiera admitir lo que había hecho. Era eso, o que su mano izquierda no sabía lo que hacía su mano derecha.

Al padre Angwin, por supuesto, le había afectado la bebida. El padre Fludd se lo señaló con delicadeza y entró en la cocina para pedirle a Agnes que preparara café. El café era una innovación que estaba intentando implementar. Hay que molerlo, señorita Dempsey. Hay que medirlo. Hay que humedecerlo. Calentarlo. Filtrarlo. Bueno, decía la señorita Dempsey, no sé cuál será el resultado; será una sustancia que no he visto en mi vida.

El padre Angwin, a solas en la estancia, se quedó mirando el fuego ensimismado. Esa misma tarde había escuchado una confesión de lo más peculiar: mejor dicho, había atendido a una pregunta que le había hecho en el confesionario una voz desconocida, fatigada, que le parecía haber oído en algún lugar, aunque no acertaba a ubicarla. Era la noche de Netherhoughton, una velada especial reservada para la gente que vivía en lo alto de la colina. Se le había pasado por la cabeza la posibilidad de enviar a Fludd, pero el vicario todavía no se había familiarizado con las costumbres de aquella gente; o bien no acudiría nadie, o tres o cuatro personas intentarían entrar en el confesionario al mismo tiempo, peleándose para ser los primeros en dar su versión de los hechos. En más de una ocasión, eso había degenerado en una pelea; el joven vicario se las arreglaría con algo semejante, sin duda, parecía un chico eficiente, pero la prudencia es la madre de la ciencia, y quizá le faltaría el ingenio necesario para anticiparse a los problemas.

La penitente, la primera de la tarde, había entrado en el confesionario arrastrando los pies, y se había arrodillado guardando silencio, como si esperara que él hablara primero. Al cabo de un rato, él había dado por hecho que debía de ser alguien de Netherhoughton que regresaba a la iglesia veinte o treinta años después, con la esperanza de que el cura nuevo fuera indulgente; alguien que no sabía por dónde empezar a enumerar sus pecados y que, en cualquier caso, podría haber olvidado la forma habitual de iniciar la confesión.

—¿Perdóneme, padre, porque he pecado...? —sugirió Angwin para animarla a empezar.

Al oír su voz, la netherhoughtoniana soltó un suspiro y luego se sumió de nuevo en el silencio. Y aguardó. Era evidente que había acudido al confesionario con la esperanza de encontrar a Fludd.

—Bueno, ya que ha venido —dijo Angwin—, continúe. No se preocupe, yo la ayudaré. ¿Quiere que vayamos década por década? Pero primero, dígame, ¿cuánto tiempo ha pasado desde su última confesión?

—No mucho —respondió la penitente sin darle importancia.

Él no sabía qué edad tendría la mujer, pero podía estar diciendo la verdad, al menos desde un punto de vista netherhoughtoniano. Allí arriba seguían cotilleando sobre la abdicación; y no la de Eduardo VIII, sino la de Jacobo II. Sus disputas se remontaban a tiempos inmemoriales; algunas, incluso a épocas previas a la conquista.

—Bueno... —dijo la voz antes de hacer otra pausa—. Es que no tengo nada que contar, en realidad. Pero me gustaría hacerle una pregunta.

—De acuerdo. Adelante con la pregunta, pues.

—¿Sería pecado que un hombre incendiara su propia casa?

Esa era la clase de salvajadas que soltaba la gente de Netherhoughton.

—¿Su propia casa? —preguntó el párroco—. ¿No la de otra persona?

—La suya —insistió la voz con impaciencia—. Si fuera pobre y el dinero del seguro le permitiera mejorar su situación.

—Ah, ya veo. Bueno, por supuesto que sería pecado —respondió el padre Angwin, sorprendido de que la gente de Netherhoughton tuviera seguros, puesto que si él trabajara para una compañía se los negaría—. Además, es un delito. Incendio intencionado, y fraude. Hágame el favor de quitarse esa idea de la cabeza.

—De acuerdo —dijo la mujer, aceptando el argumento con una celeridad sorprendente—. Querría hacerle otra pregunta. ¿Se puede utilizar manteca de cerdo en repostería? ¿O solo está permitida para freír pescado?

Que Dios los ayude, pensó el padre Angwin; acostumbrados como están a vivir a base de gachas, ¿viviré para ver el día en que amplíen sus gustos y dejen de ser tan esmirriados?

—No sabría decírselo, la verdad. Pero —añadió con cordialidad—, podría preguntárselo a mi ama de llaves... Si quiere, se lo pregunto y la semana que viene vuelve y le doy una respuesta. ¿Qué le parece? Estoy seguro de que estará dispuesta a ayudarla dándole consejos y sugerencias en materia culinaria.

Hubo una pausa.

—No —respondió la voz—. Ayuno y abstinencia, me refería a eso. A las normas de la Cuaresma. Y de los viernes durante todo el año. ¿La manteca de cerdo cuenta como carne? ¿O cuenta más bien como si fuera mantequilla?

—Pues es una pregunta difícil —admitió el párroco—. Déjeme pensarlo, ¿de acuerdo?

—¿Se puede comer mermelada los días de ayuno?

—Yo lo hago, si me apetece. No creo que haya ninguna ordenanza al respecto. Lo importante es guiarse por los principios generales. No debe comer mermelada por glotonería.

—Si en un día de ayuno alguien decide comer doscientos gramos de pan para desayunar, ¿lo puede tostar?

—Oh, sí, desde luego.

—Pero entonces el pan se encoge, padre. Y es posible que incluso pese menos. Entonces, ¿se podría comer una rebanada más?

—No creo que el derecho canónico diga nada sobre eso —respondió Angwin. Estaba preocupado, y también desconcertado, por la combinación de escrúpulos y falta de escrúpulos de aquella penitente—. ¿Pasa mucha hambre durante los días de ayuno? Algunas personas sufren mucho. Creo que todas las autoridades, salvo las más estrictas, permitirían comer un poco más en casos semejantes.

—Preferiría no tener que recurrir a eso.

—Sus esfuerzos la honran.

—Pero dígame, padre, ¿desde cuándo se permite comer carne el día de Navidad si este cae en viernes?

—Desde 1918, si no me equivoco —respondió el padre Angwin enseguida—. Puesto que el nuevo código del derecho canónico se promulgó durante el Pentecostés de ese año.

—¿Y en qué fecha cayó el Pentecostés ese año?

—Creo que fue el 19 de mayo.

—Gracias. Y en viernes, o en cualquier otro día de abstinencia... ¿se permite comer sopa de tortuga?

—Yo diría que sí —respondió el padre Angwin—. ¿Suele usted comer sopa de tortuga?

—No —dijo la penitente en un tono de claro pesar—. Bueno, gracias, padre, me ha aclarado unos cuantos puntos que me preocupaban. ¿Ha llegado a alguna conclusión más sobre la manteca?

—Si tuviera que responderle algo, a bote pronto diría que la manteca puede utilizarse para las dos cosas. Pero tenga la seguridad de que lo investigaré. Y si quiere volver, le diré el capítulo y el versículo que lo confirman.

Angwin quería preguntarle, ¿quién es usted? Le pareció que había algo forzado en la voz ronca de la penitente; en su tono rústico, en esa manera de saltar de una pregunta a la siguiente que denotaba cierta familiaridad, aunque los habitantes de Netherhoughton no destacaban precisamente por su don de gentes. No conseguía ubicarla. Aun así, era como si la penitente conociera sus debilidades y hubiera adivinado su lema: fidelidad en las pequeñas cosas.

—Volverá, ¿verdad? —preguntó él con anhelo; había disfrutado con aquellas preguntas sobre las normas alimentarias.

—Ajá —dijo la penitente.

—¿Alguna cosa más? ¿Hay algo que tenga que contarme?

—No.

—Es que, ya sabe, no puedo darle la absolución. No se ha confesado.

—No puedo confesarme —dijo la voz—. En estos tiempos cuesta saber si las cosas son pecado o no. Y si lo supiera y lo fueran, quizá no debería lamentarlo.

—No es necesario que la contrición sea perfecta —dijo el padre Angwin. (Debía instruir a su penitente; el padre Fludd había opinado que en Netherhoughton estudiaban un libro de hechizos en lugar del catecismo)—. Una contrición imperfecta bastaría. Esa es la clase de

contrición —explicó— que surge del miedo al infierno, y no del amor a Dios. ¿No teme usted el infierno?

Una pausa. Un susurro.

—Mucho.

—Entonces debe tener usted un firme propósito de enmienda. Ya sabe, eso significa que debe decidir con toda sinceridad que no volverá a hacerlo. Solo entonces podré absolverla.

—Pero si no lo he hecho —dijo la voz—. No he hecho nada. Ni una sola vez. Todavía no.

—Pero ¿contempla usted la posibilidad de cometer algún pecado en particular?

—Bueno, no sé si sería capaz. No he tenido la oportunidad de averiguarlo.

—No se ponga a prueba —la aconsejó el padre Angwin—. No se ponga a prueba ante los placeres del mal. De este modo siempre superará la prueba.

La pausa que siguió fue más larga.

—Quién sabe —dijo la impenitente penitente—, lo que podemos llegar a hacer en el plazo de uno o dos meses.

Esa tarde no acudió nadie más al confesionario. Y en esos momentos, con la mirada perdida en el fuego de la chimenea, con el whisky entre él y sus recuerdos, el padre Angwin supo perfectamente quién era la penitente. Netherhoughton había sido una maniobra de distracción; era alguien más cercano. Se preguntó si hablar con él le habría servido de consuelo, aunque no fuera lo que había esperado encontrar. Tal vez regrese, pensó. Podríamos debatir sobre cualquier tema. Los circunloquios tienen su utilidad. Al final llegaremos a lo que importa de verdad.

Oyó los pasos del padre Fludd por el pasillo. El aroma de café recién hecho se coló por la puerta entreabierta.

—Debéis ayunar —dijo la hermana Philomena. Su voz sonó muy clara; llegó hasta los niños más traviesos y revoltosos, los que se sentaban en la última fila—. Antes de tomar la comunión no podéis comer nada. Ese día no podréis desayunar. Pero luego, cuando lleguéis a casa, podréis almorzar como cada domingo.

Eran las diez de la mañana. Las luces estaban encendidas. Fuera llovía. Los niños que estaban cerca de los radiadores olían como si sus cuerpos se estuvieran tostando. Habían alineado las botas de agua frente a la pared del fondo; los chicos balanceaban los pies, y sus calcetines, que les colgaban medio palmo por debajo de los dedos, parecían salchichas de lana.

Tenían casi siete años. Philomena los estaba preparando. La próxima primavera se confesarían por primera vez, le tocaría a ella acompañarlos a la iglesia un viernes por la mañana, y el mismo domingo recibirían la primera comunión. La monja se preguntaba si entre el viernes y el domingo podían hacer algo que echara a perder todos sus esfuerzos. ¿Cómo podía saber si habían cometido un pecado mortal? No podía tenerlos vigilados en todo momento. Philomena no era una sentimental; sabía de qué eran capaces. Tenían grandes pecados a su alcance, de violencia y falta de caridad; como adultos, el rango sería aún más reducido.

Un niño levantó la mano.

—Si solo tenemos que ayunar durante tres horas, hermana, ¿no podríamos desayunar si nos levantáramos muy temprano?

—Podríais. Aunque tal vez no sería muy bueno para vuestra digestión, comer a esas horas.

—Pero ¿y si nos levantáramos, hermana, desayunáramos y luego nos diéramos cuenta de que el reloj no iba a la hora? Entonces, ¿no

deberíamos comulgar ese día?

—Bueno, si realmente fuera un error... —empezó a decir la monja; aquellos niños la aturullaban—. No lo sé —añadió—. Se lo preguntaré al padre Angwin.

O tal vez lo consulte en mi libro de preguntas y respuestas, pensó. ¿Qué es el tiempo, al fin y al cabo? El libro hablaba de tiempos reales y de tiempos medios, estadísticos; hacía referencia a los meridianos. Hablaba sobre la hora que se restaba en el horario de verano e indicaba lo que debía hacer la gente que se guiaba por los relojes de sol.

—Tiene que ver con Greenwich —explicó Philomena—. Si estuvierais cerca de Greenwich no habría ningún problema.

—¿Greenwich es como Lourdes? —preguntaron con la mano levantada—. ¿Hay curaciones? ¿Se producen milagros, allí?

A Philomena los niños le parecían difíciles: cada semana más difíciles que la anterior. Perpetua decía que el sacramento funcionaba por sí solo. Que no era necesario que lo comprendieran; que ella, Philomena, solo tenía que procurar que los niños siguieran los pasos del ritual.

—¿Qué ocurre si estoy ayunando y se me cae un diente y me lo trago? —preguntó uno.

—Eso solo sería un pequeño accidente —respondió Philomena—. Podrías recibir el sacramento igualmente.

—Pero hermana, ha dicho usted que no podíamos tocar la hostia con los dientes. Cuando llegue a la barriga...

En el aula contigua, se oyó cómo Perpetua levantaba la voz. Philomena conocía bien las señales y los síntomas; no tardaría en sacar la vara.

—¿Qué pasa si estamos ayunando y sin querer nos tragamos una mosca?

—Ya está bien —zanjó Philomena—. Tendremos tiempo de sobra para responder todas esas preguntas. Ahora nos levantaremos sin hacer ruido de los pupitres y formaremos una fila para ponernos las botas de agua. Iremos en fila de a dos hasta la iglesia y ensayaremos la comunión.

A la iglesia... Oh, Dios mío, pensó la monja, notando cómo el corazón se le aceleraba por momentos. No podía hacer nada para controlar las decisiones de su corazón; que palpitara como quisiera, golpeándole las costillas y dando tumbos como un cachorro encerrado en un granero. No había ninguna puerta que pudiera abrir para liberarlo.

La lúgubre procesión trepó por la colina y entró en la iglesia; los niños dejaron de cuchichear en el pórtico tras ser advertidos repetidamente de que guardaran silencio.

—Son tan lentos —había dicho Prieta— que tendremos que ensayar todo el invierno para que puedan hacer la comunión en primavera. De lo contrario no sabrán qué hacer y Dios sabe qué puede llegar a ocurrir.

Le había ofrecido a Philomena su vara más formidable, pero la joven la había rechazado. Era perfectamente consciente de las ganas que tenía Prieta de utilizarla con ella.

Ojalá hubiera un poco de luz aquí, pensó. Las formas delgaduchas de los niños pasaron entre los bancos como una hilera de fantasmas, como los fantasmas del ala pediátrica de un hospital vacío. Cogió un puñado de velas de la caja de la Pequeña Flor, las encendió con las que ya ardían y las fue colocando en sus soportes.

—Y ahora —dijo—, empecemos.

De repente, todos a una, los niños se levantaron de un brinco de sus reclinatorios y, tropezando y peleándose, avanzaron hacia el pasillo central.

—¡Parad, parad, parad! —gritó Philomena—. Atrás, volved atrás. Tal como estabais. Arrodillaos. Cerrad los ojos. Unid las manos. Cuando os lo indique, el primero de la fila tiene que levantarse y caminar, luego el segundo: levantarse y caminar. En fila. El primer niño gira hacia la izquierda, el segundo lo sigue, y así todos los demás. Llegáis hasta el comulgatorio y os arrodilláis en señal de reverencia. Unís las manos, cerráis los ojos y esperáis vuestro turno para recibir la eucaristía. Cuando frente al comulgatorio no quepa nadie más, los niños de atrás os paráis, ahí, justo ahí, fijaos: al principio del pasillo. Los que estéis esperando no os apiñéis tras los que estén frente a la barandilla. Mantened cierta distancia. Si no, ¿cómo podréis volver cuando hayáis terminado?

Al principio cerraban los ojos a destiempo y chocaban entre ellos, pero al cabo de media hora se notó que empezaban a comprender el proceso. Se arrodillaban frente al altar con la boca abierta, y cuando se lo indicaban la cerraban, se quedaban un momento en actitud reverente y luego se levantaban para volver a sus asientos. Las señales de tensión eran evidentes en sus rostros. Philomena no era tan vieja como para haber olvidado qué les preocupaba. ¿Volveré a encontrar mi sitio en la iglesia, con la de gente que hay en la misa de las once? Si me equivoco de banco, ¿la gente se reirá y me señalará? Peor aún: ¿y si intento volver desde el banco equivocado y me desoriento? ¿Cómo salgo poco a poco de donde estoy al principio sin golpear las espinillas de los que no comulgarán? ¿Entraré fluidamente en ese torrente de comulgantes que van arrastrando los pies, o entorpeceré el proceso de algún modo?

—Debéis mantener los ojos bien abiertos —les recomendó Philomena—. No, lo que quiero decir es que debéis mantener la cabeza fría y prestar mucha atención. Pongamos que la mujer que está al final de vuestra fila lleva un sombrero estrafalario. Fijaos bien en el sombrero al pasar. Luego, cuando volváis del altar, aprovechadlo para orientaros.

Se encontraba de pie al fondo de la iglesia, mirando hacia el pasillo central para juzgar si los niños avanzaban con fluidez. Estaba de espaldas a santo Tomás de Aquino, el frío santo con la estrella de escayola, y procedente de ese lugar (como si algo o alguien estuviera tras la estatua, o debajo de ella) le llegó un susurro, un frufrú, como si una familia de ratones estuviera correteando por allí. Bajo el velo se le erizó el vello de la nuca. Luego notó que unos ojos la miraban y supo que era Fludd. La escrutaba como si pudiera ver a través del velo negro, a través de la cofia blanca y almidonada que llevaba debajo, a través de la toca ceñida con un cordón... Como si se estuviera deleitando con el pelo que todavía le quedaba y quisiera juguetear con su cuero cabelludo.

—Otra vez —dijo—. Primero los ojos cerrados. La cabeza gacha. Recitad una oración. Cuando os lo indique empezáis... Ahora.

Esperó el tiempo justo para ver cómo el primer niño, y luego el segundo, se ponían de pie e iniciaban la marcha. Luego se volvió apresuradamente.

—¿Padre? ¿Padre?

Fludd estaba escondido tras la estatua. No estaba dispuesto a salir. Philomena oyó a los niños, calzados con botas de agua, avanzando en grupo hacia el altar. Dio uno o dos pasos, casi corriendo, hacia la parte trasera de la iglesia y las oscuras sombras que había bajo la galería.

—¿Está usted ahí? —susurró la monja—. La madre Perpetua me ha destituido como sacristana. Nos vio el otro día, mientras intentábamos reparar la nariz. Está furiosa conmigo por haber monopolizado su tiempo. Me gustaría hablar con usted. Hay unas cuantas cosas que debo preguntarle.

—De acuerdo —respondió Fludd, y fue como si hubiera hablado el Doctor Angélico; la silueta negra de Fludd apenas se distinguía en la oscuridad.

—En los huertos —dijo ella—. Hay un cobertizo...

Oyó cómo el primer grupo de niños volvía arrastrando los pies hasta sus asientos. Demasiado rápido, pensó. Deberían haber pasado más tiempo frente al altar, apenas habían tocado el suelo con las rodillas. Y sintiendo que aquellos momentos de su vida empezaban a escapársele, se abalanzó hacia delante y se agarró a la base de la estatua, al firme dobladillo del hábito de escayola, extendió su mano de venas azuladas, y entrelazó los dedos con la punta de la estrella. Fludd vio cómo se aferraba a la estatua, como una náufraga barrida sobre la orilla. Quiso dar un paso adelante, pero se contuvo. Sus ojos se clavaron en ella. En el loro durmiente, pensó. En la hora de mi muerte. Llámame y mándame ir a ti.

6

Más allá de los límites del convento, Philomena caminaba de un modo distinto. Se adelantaba a él, balanceando los brazos con despreocupación y saltando por encima de los montículos de hierba.

—El año pasado, un día subí hasta aquí —explicó, aunque el viento le dispersaba la voz—. Bastante temprano... debía de ser abril. Había narcisos. De los pequeños, los silvestres. No esas bestias amarillas y enormes que venden en las tiendas.

Siguiéndola con torpeza, Fludd se imaginó aquellas flores. Las vio resistiendo los embates del viento primaveral: frágiles y de un amarillo blanquecino, como manos chinas sobresaliendo de las mangas.

—¿El año pasado o este año? Creía que el año pasado todavía no estaba aquí.

Ella se detuvo para recuperar el aliento.

—Este año, quería decir. Cielo santo, los meses pasan muy despacio. Los días me parecen tan largos, padre Fludd... Es como si se estiraran. No sé cuándo empecé a sentirme así, creo que fue desde que enterramos las estatuas.

—A mí me ocurre lo contrario —dijo Fludd. Se sentía viejo y le faltaba el aliento por culpa de la cuesta; estaba cansado de afrontar tantas empresas ingratas—. «Y mis días fueron más veloces que la lanzadera del tejedor, y fenecieron sin esperanza».

—¿No tiene esperanza? —le preguntó ella sin reconocer la cita, levantando la mirada hacia él un segundo.

Tiene unos ojos extraordinarios, pensó Fludd: un beige ahumado con motas amarillas, un color más adecuado para un gato que para una monja. La pregunta de la joven parecía fruto de la sorpresa. En lugar de darle una respuesta, Fludd continuó caminando.

—¿No le da miedo que la vean? —preguntó al cabo de un momento—. Dudo que le permitan estar aquí. Yo puedo pasear por donde quiera, pero usted no. Este es un lugar extraño para un encuentro espiritual.

—Fui a confesarme. En la noche de Netherhoughton. Creía que le encontraría allí, pero resultó que estaba el viejo. Tuve que desviar su atención con preguntas sobre la Cuaresma.

—He oído hablar de usted, pues.

Ella volvió la cabeza. Debido al velo, tuvo que volverla del todo para poder mirarlo a los ojos, y él pensó que ese gesto confería una importancia especial al diálogo que estaban manteniendo.

—¿Los estigmas?

Habían llegado al cobertizo que ella había mencionado. La puerta rota se batía con el viento. En el suelo había virutas de madera y excrementos blanquecinos de algún ave de corral que había muerto hacía tiempo.

—Sí —dijo Fludd, tras lo cual agachó la cabeza para salvar el dintel. Dentro, el espacio apenas le permitía mantenerse erguido. Una corriente de aire, procedente directamente de Yorkshire, entró sin impedimentos por la ventana rota.

Philomena lo siguió hasta el interior, agachando también la cabeza.

—No era verdad —respondió ella.

—Pero ¿usted fingió que lo era?

Philomena dirigió una mirada desprovista de desdén al interior del cobertizo.

—Me da igual ir a un sitio u otro —dijo—, con tal de salir aunque solo sea una hora de ese lugar. La gente cree que un convento es un sitio tranquilo, ¿verdad? Deberían oír a Perpetua dando la tabarra todo el día. —Echó un vistazo a su alrededor y decidió apoyarse en una especie de banco de trabajo, con los brazos cruzados—. No tuve elección, ¿sabe? No me dieron elección. El padre Kinsella involucró a mi madre en el asunto. Cualquiera diría que les había tocado la lotería.

—¿Y qué era en realidad, si no eran estigmas?

—Nervios.

—¿Qué motivos tenía para estar tan nerviosa?

—Es una historia muy larga. Tiene que ver con mi hermana.

Fludd se inclinó contra la pared. Le apeteció fumarse un cigarrillo; en esas circunstancias, le pareció que habría sido de lo más natural.

—Pues ya que estamos aquí, ¿por qué no me la cuenta?

—Bueno, mi hermana ingresó en el convento justo después de mí. En casa la llamábamos Kathleen, pero su nombre religioso era Finbar. Nunca dijo que tuviera vocación, ¿sabe? Pero mi madre aspiraba a meternos a todas en el convento; de algún modo no soportaba la idea de tener yernos, acabar siendo abuela y todo eso. Al menos eso era lo que solíamos decirnos nosotras, eso y que quería complacer al párroco y que la gente la señalara tras la misa dominical, diciendo «Oh, ¿te puedes creer el sacrificio que ha hecho esa mujer entregando a todas sus hijas a la religión?».

—¿No tiene usted ningún hermano?

—No. Aunque podría haber sido cura y, quién sabe si entonces mi madre no nos habría presionado tanto a nosotras. Un párroco en la familia equivale a tres o cuatro monjas. Eso es lo que dicen en Irlanda.

—De manera que su hermana Kathleen ingresó en el convento sin vocación. Y salió mal.

—Cayó en desgracia —dijo la hermana Philomena, recogiendo un pliegue de su hábito para pasárselo entre los dedos. A ella también le apetecía, tal vez no fumarse un cigarrillo, pero sí hacer algo que la mantuviera ocupada, algo que la distrajera de aquel momento, de aquel lugar, de aquel hombre—. Perdió la honra, y nuestra reputación quedó arruinada en el vecindario. Cuando me salió el sarpullido, mi madre pensó que eso nos permitiría recuperar la buena fortuna. Era la limpiadora del convento, ¿sabe? Y también les hacía la compra. No me separé de ella ni un solo día hasta que llegué aquí. En cuanto se dio cuenta de lo que me había salido en las manos, corrió a llevarme con el padre Kinsella para que me viera. Casi me llevó en volandas. —Imitó las formas aduladoras de su madre, su semigenuflexión—. «Mire las manos de la hermana Philomena, padre, esto le salió el viernes pasado: la viva imagen de las marcas que los clavos dejaron en las palmas de Nuestro Señor».

Fludd se cruzó de brazos de un modo juicioso.

—Pero ¿se puede saber qué le sucedió a su hermana Kathleen para caer, como usted dice, en desgracia?

—Solo fue víctima de una confusión. No tenía mal corazón ni mucho menos. Solo era una novicia cuando ocurrió. En algunas órdenes, a las novicias las tienen encerradas y les enseñan teología, pero en la nuestra se les asignan los peores trabajos. Siendo novicia, yo no aprendí gran cosa sobre la vida espiritual, me pasaba las mañanas pelando patatas. Más bien parecía que me hubiera alistado en el ejército.

—Y Kathleen, la hermana Finbar, ¿era una rebelde?

—Oh, no, para nada. Pero supongo que ya sabe, padre, que las monjas no pueden viajar solas. Pues bien, había una hermana,

Josephine, una vieja cascarrabias con problemas de visión y de movilidad, a la que decidieron mandar a otra casa de la Orden, a unos cuantos kilómetros de distancia. La Orden hace esa clase de cosas, sobre todo cuando llevas cincuenta años instalada en el mismo lugar. Les gusta cambiarte de sitio antes de que mueras. Bueno, pues el caso es que a nuestra Kathleen, la hermana Finbar, le tocó acompañarla. Kathleen la escoltó, y la hermana Josephine llegó sana y salva, pero luego Kathleen tenía que volver al lugar del que había salido. De manera que otra hermana, sor Gertrude, tuvo que escoltarla a ella, ¿sabe?

—Sí, ya veo venir cuál fue el problema —dijo Fludd.

—Sin embargo, cuando Kathleen regresó a su convento, la que se quedó sola fue la hermana Gertrude, ¿comprende? ¿Y quién la acompañaría de vuelta a su convento?

Fludd pensó en ello un momento.

—Kathleen.

—Ya veo que capta enseguida estas cosas. Supongo que otra persona, como la madre Provincial, digamos, podría haber resuelto la dificultad del asunto. Pero la superiora de Kathleen no era precisamente una lumbrera.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Pues que nuestra Kathleen acompañó a Gertrude de vuelta al convento del que había salido. Pidió quedarse allí uno o dos días para intentar resolver el problema, pero no se lo permitieron y la mandaron de vuelta a su convento. Por supuesto, acompañada de otra monja. Creo que fue la hermana Mary Bernard.

—Cambiaron a la persona, pero sin abordar el problema de fondo.

—De manera que la que quedó en el lado equivocado pasó a ser la hermana Mary Bernard. Nuestra Kathleen la escoltó de nuevo, pero esa vez llegó al convento hecha polvo. Con tanto ir y venir,

incluso se le habían desgastado las suelas de los zapatos. Tras acompañar a la hermana Mary Bernard, se quedó en el salón para ver quién la escoltaría a ella hasta casa cuando, de improviso, sufrió un ataque de nervios. Salió corriendo por la puerta.

—¿Qué? ¿Huyó corriendo sin más?

—Dijo que ya no podía soportar aquel trasiego. Sabía que si la veían la obligarían a regresar y enviarían a alguien para que la acompañara. Así que saltó una verja y salió por patas, campo a través. Cuando llegó a la carretera, caminó por el arcén durante un trecho hasta que vio que se acercaba un camión. El conductor se detuvo y le preguntó si se había perdido o si le pasaba algo. Le dijo, suba, hermana, la llevaré adonde quiera, y ella aceptó. Dijo que era un buen tipo, todo un caballero. Compartió con ella el bocadillo de queso que tenía para el almuerzo, porque ella estaba hambrienta, ¿sabe? Siempre llegaba a su destino en momentos en los que no estaba permitido comer, porque en un convento solo se come en las horas fijadas. Ese hombre, el camionero, se desvió de su ruta para poder llevarla hasta la puerta misma del convento. Sin embargo, cuando llegó no se alegraron precisamente de verla.

—Era inocente —dijo Fludd—. Estoy seguro de que lo era. La chica estaba desesperada.

—El camionero resultó ser protestante. Lo que solo empeoró las cosas.

—Todo eso podría haberse evitado si la primera hermana hubiera partido con dos escoltas, y no solo con una —opinó Fludd.

—Eso habría sido lo sensato —convino la hermana Philomena con tristeza—. Pero es que si algo faltó en todo el proceso fue sensatez.

—¿Y qué le ocurrió a Kathleen? ¿La echaron?

—Ah, sí, la echaron enseguida, antes incluso de la cena. Dijo que la pusieron de patitas en la calle con el estómago vacío una vez más,

y que eso fue lo que más le molestó. Ni siquiera pudo despedirse de mí. De mí, de su propia hermana.

—¿Y entonces qué hizo?

—Tuvo que volver a casa. Mi madre no se atrevía a levantar la cabeza en la parroquia. Poco después de eso, Kathleen empezó a ir por mal camino. Hacía lo mismo que mi tía Dymphna, bebía e iba a bailes. Hablaba sobre decolorarse el pelo, según mi madre —explicó Philomena, mirándolo con tristeza—. Es algo que debe de venir de familia. Esa sangre caliente.

—¿Le importa si me fumo un cigarrillo, hermana? —preguntó Fludd, sacando su pitillera plateada. Necesitaba hacer algo—. Me imagino cómo debió de afectarle a usted todo ese asunto.

—Poco después me salió lo de las manos. Yo misma creí que eran estigmas, aunque si de mí hubiera dependido no se los habría mostrado a nadie. Me preguntaba si la gente con estigmas eran buenas personas o si también podían ser delincuentes. —Levantó la mirada de nuevo—. Sí, fume tranquilo, no me importa. Bueno, lo de mis estigmas fue un milagro de nueve días. El obispo apenas le dio importancia, hoy en día no quieren saber nada sobre milagros. Y así es como llegué aquí. Me expulsaron de Irlanda y vine a parar a este lugar dejado de la mano de Dios.

—La trataron mal. Sobre todo si se tiene en cuenta, entre otras cosas, hasta qué punto la visión mística puede deberse a una epilepsia del lóbulo temporal.

—¿A qué, padre?

—Cuando santa Teresa de Ávila tuvo una visión del infierno durante tres días, simplemente estaba a punto de sufrir un ataque epiléptico; las llamas y el hedor formaban parte de su aura. Y la beata Hildegarda estaba sufriendo un ataque de migraña cuando creía ver la ciudadela de Dios.

Philomena parecía escéptica.

—Yo no sufro ataques. Tengo la piel sensible, eso es todo.

—Entre usted y el mundo hay menos distancia de la que tiene el resto de la gente. Déjeme ver la mano, por favor.

Ella alzó el brazo para arremangarse, extendió una mano y se quedó mirando fijamente la palma: como si allí, un año después, el delicado bordado de sangre pudiera filtrarse a través de la piel. El padre Fludd se inclinó hacia delante y tomó la mano de la joven entre las suyas con una delicadeza felina. Colocó el índice sobre el de ella, y observó la mano abierta, la palma vuelta hacia arriba, inclinada hacia él.

—¿Por qué hace eso? —preguntó la joven, bajando también la mirada hacia su propia mano—. Parece como si estuviera a punto de leerme la buenaventura. Pero eso está prohibido.

—Podría leerle la buenaventura —afirmó Fludd.

—Se lo acabo de decir —replicó ella en voz baja—. La Iglesia lo prohíbe.

Fludd le tocó el dedo índice.

—Este es el dedo de Júpiter —dijo—. Aries, el carnero, gobierna la punta; la falange del medio está gobernada por Tauro, el toro, y la base, por Géminis. Este de aquí —añadió, cogiéndole el dedo corazón— es el dedo de Saturno. Capricornio, la cabra, gobierna la punta. Aquí en el medio está Acuario, y luego Piscis. El dedo anular es el de Apolo, Dios del Sol. Cáncer gobierna aquí, luego Leo, luego Virgo. Venus manda en el pulgar; el meñique está gobernado por Mercurio. Libra gobierna la punta, Escorpio la falange del medio y Sagitario, la base.

—¿Qué significa todo eso, padre?

—Sabe Dios —respondió Fludd. La línea de la vida que recorría la mano de Philomena era larga y sin interrupciones, y se curvaba

hasta desaparecer bajo la manga ajustada; tenía el monte de Venus grande y carnoso. Fludd vio en ello una naturaleza activa, mutable, fogosa; las puntas de los dedos sugerían que era una racionalista. No detectó naufragios en la palma, ni peligros causados por bestias de cuatro patas o por instrumentos de hierro; sí detectó, en cambio, el peligro por la malicia de otras mujeres y por su propia falta de confianza, así como un corazón débil—. La línea de Saturno está duplicada —constató—. Vagará de un lado a otro.

—Pero si nunca voy a ninguna parte.

—No suelo equivocarme.

—Sea como sea, solo son cosas de gitanos.

—Discrepo, esta ciencia se practicaba mucho antes de que aparecieran los gitanos.

—Bueno, pues si tanto sabe... ¿no piensa contarme lo que ve?

Fludd la miró a los ojos durante unos segundos antes de bajar la mirada de nuevo hacia la palma. Trazó el recorrido de la línea del corazón; descendía abruptamente y terminaba en una estrella de cinco puntas.

—Cualquier cosa que pudiera decirle sería superflua. Lo importante, hermana, es que usted ya sabe qué le depara el futuro.

Ella retiró la mano y sonrió. Cohibida, la mantuvo abierta sobre el muslo, sin llegar a tocar la tela del hábito, como si se la hubiera manchado de tinta. Miró a su alrededor de nuevo.

—Ojalá pudiéramos sentarnos. Debería haber pensado en eso, podría haber traído sacos para el suelo —comentó, escarbando con el pie entre las virutas de madera; no fueron más que palabras soltadas al azar, aleatorias, sin sentido.

—Me ha preguntado si podía hacer algo por usted. ¿Qué es lo que quiere?

Ella no lo miraba; continuaba moviendo el pie distraídamente.

—Respuestas a mis preguntas.

—¿Sobre la Cuaresma?

—No.

—Bien. No me ordenaron sacerdote para responder preguntas de ese tipo. Me gustaría responder cuestiones más profundas.

Ella levantó la mirada apenas un momento.

—Uno de los niños me preguntó qué había antes de la Creación.

Con el cigarrillo en la mano, Fludd miró a través de la ventana rota, más allá de los gallineros desvencijados y de los restos de malla metálica, hacia el punto en el que el viento azotaba el pañuelo del ferroviario contra el poste.

—Había la *prima materia*, sin dimensión ni cualidades, ni grande ni pequeña, sin propiedades ni inclinaciones, ni móvil ni inmóvil.

—Me temo que los niños no aceptarán una respuesta como esa.

Fludd se llevó el cigarrillo a los labios.

—¿Qué clase de respuesta quieren?

—No paran de hablar sobre ángeles de la guarda —explicó ella—. Esperan poder verlos andando tras ellos por el camino del carro. Están convencidos de que, si pudieran volverse lo suficientemente rápido, podrían pillarlos desprevenidos.

—Ah —dijo Fludd—, ojalá alguno de nosotros pudiera volverse tan rápido. Tal vez podríamos vislumbrar nuestro propio rostro.

—Como no para de nacer y de morir gente, los niños se preguntan si cada vez son necesarios más y más ángeles, o si cuando alguien muere los reasignan a otra persona. Dicen, ¿y si te mueres joven, tu ángel se toma cuarenta años de vacaciones? Uno de ellos me dijo la semana pasada que su ángel de la guarda antes lo había sido de Hitler.

—Los ángeles no nos siguen —dijo Fludd—. No nos sigue nadie, salvo nosotros mismos. Mírese. La enviaron aquí desde Irlanda.

¿Está menos atormentada ahora? No. Porque usted se siguió a sí misma.

—Tengo que enseñarles el credo. Tengo problemas con eso. Jesús fue crucificado y luego, dice, «descendió al infierno».

—Se refiere al limbo —dijo Fludd, optando por la línea ortodoxa.

—Sí, lo sé. Eso es lo que siempre me enseñaron.

—Pero ¿usted no lo cree?

—¿Por qué tendría que haber ido al limbo? Solo iban a parar allí un montón de viejos patriarcas y profetas, y bebés muertos a los que no tuvieron tiempo de bautizar. Me gusta pensar que en realidad se refiere al infierno. Me gusta pensar que Jesús bajó al infierno de visita. Para familiarizarse con él —explicó ella, y Fludd arqueó una ceja—. Para volver a familiarizarse con él —se corrigió—. Al fin y al cabo, era una creación suya.

El aire que los envolvía se iba enfriando a medida que la luz se desvanecía del cielo; Fludd nunca había conocido un lugar en el que anocheciera tan pronto como entre aquellas colinas. Los ojos de la chica habían perdido su brillo diurno; se habían vuelto pizarrosos, un color típicamente fetherhoughtoniano. El párroco se estremeció un poco, tiró la colilla del cigarrillo al suelo y se metió las manos en los bolsillos.

—Estaba pensando —dijo Philomena—, ¿por qué Dios permite que el obispo exista?

—Es más que un permiso. Dios lo creó.

—Es un hombre grosero. Parece un matarife de cerdos.

—Es normal que uno se pregunte, ¿por qué Dios creó algo que no nos gusta? Sin embargo, Dios no tiene la misma sensibilidad que nosotros. No comparte nuestros gustos.

—¿Por qué Dios dejó que mi tía Dymphna y mi hermana Kathleen fueran por mal camino?

—Quizá no tuvo ningún interés especial en arruinarlas. Quizá se arruinaron ellas mismas. Ha dicho usted que eran de sangre caliente.

—¿Y Dymphna arderá en el infierno durante toda la eternidad? ¿O puede haber un final para eso? No se nos permite rezar por la gente que está en el infierno, ¿verdad?

—En circunstancias normales, no. Aunque dicen que Gregorio Magno rezó por el emperador Trajano. Y pensemos en la doctrina de Orígenes sobre la Gran Esperanza... Orígenes creía que todas las personas acabarían alcanzando la salvación. Eso no equivale precisamente a la eternidad. El tormento del infierno es un proceso purificador, y nuestro castigo tendrá un final.

Ella levantó la mirada, algo esperanzada.

—¿Y esa es una creencia respetable?

—No. La mayoría de la gente cree que a Orígenes se le cruzaron los cables.

—Porque se me ocurre que... si el infierno tiene final, ¿el cielo también? —preguntó, tras lo que dejó de escarbar el suelo con el pie, se colocó al lado de él y también miró por la ventana rota—. ¿Estas son la clase de preguntas por las que se hizo usted sacerdote?

Fludd se estremeció.

—Ojalá hubiera traído una petaca.

—Yo diría que empieza a hacer más calor.

—¿De verdad? —preguntó él, abriendo mucho los ojos, como si lo hubieran cogido por sorpresa; desvió la mirada y murmuró algo para sí mismo. Tocó la pared del cobertizo con cautela, como si las fibras húmedas de la madera hubieran empezado a arder. ¿Es posible, pensó, que el proceso transformador ya haya comenzado? A esas alturas ya no trabajaba con metal, sino que practicaba con la

naturaleza humana; un arte menos predecible, más gratificante, más peligroso. El científico quema su materia experimental en el atanor, un horno alquímico, pero ningún científico, por muy experto que sea, es capaz de encender ese horno por sí solo. La chispa debe aportarla un rayo de luz celestial; y un hombre puede desperdiciar la vida esperando que llegue esa luz—. Hace más calor —dijo Fludd en voz alta—. Me atrevería a decir que el viento ha remitido.

La joven observó cómo el viento removía la hierba crepuscular. Le ardían las mejillas. Sabía que no tenía ningún sentido buscar la fuente del calor a su alrededor; era interna. Desde la llegada del padre Fludd, pensó, se había encendido el futuro. No creía estar enamorada de él, pero aun así algo ardía en su interior: un destello lento y blanco de cambios inminentes.

—Bueno, dígame —prosiguió Philomena—. ¿Qué lo llevó a entrar en el sacerdocio, padre?

—Hay hombres que tienen clara la vocación de cirujanos —respondió Fludd—. Desde una temprana edad sienten el deseo de abrir personas en canal para examinarles las vísceras. Hay hombres tan consumidos por ese afán que, si la falta de dinero o de formación les impide obtener las calificaciones necesarias, simplemente se hacen pasar por cirujanos. En nuestros mejores hospitales, muchos apéndices han sido extirpados por tipos que acababan de entrar por la puerta.

Philomena parecía impresionada.

—¿No cree que los habrían descubierto? ¿No cree que habrían podido matar a alguien?

—A veces lo hacen. Pero no superan el cupo.

Cielo santo, pensó ella. En Inglaterra tienen un cupo.

—Entonces, ¿me está diciendo que se salen con la suya?

—A veces, durante años. Pero luego hay otra clase de hombres, los aspirantes al sacerdocio, que tienen un deseo complementario; quieren aplicar el escalpelo al alma. El pecado es su asa intestinal. Puedes ver cómo se envuelven la mano con ella mientras sondean las profundidades.

A Philomena, la manera de hablar de Fludd no le resultaba extraña. Cada mañana, mientras desayunaba, contemplaba las asépticas heridas de Jesucristo. «Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua».

—Pero no es lo mismo que con los médicos —opinó ella—. El pecado no se puede curar, ¿verdad?

—Los médicos no pueden curar ni la mitad de las enfermedades corporales que tratan. Solo lo hacen por curiosidad, y para tener satisfechos a los familiares de los pacientes, y para ganarse la vida.

Philomena tenía la sensación de que a su alrededor había aumentado la temperatura. ¿Cómo era posible que él no lo notara? Era un frenesí de calor mediterráneo, una tarde siciliana. La lana de la ropa interior le irritaba la piel, y el calor le provocaba un picor intenso entre las escápulas y a lo largo de los antebrazos.

—Padre Fludd —dijo al fin—, en realidad usted no es cura, ¿verdad? Lo pienso desde el principio.

Fludd no respondió. Seguramente no quiere decírmelo, pensó Philomena. Sin embargo, le pareció que él ya no estaba tan tenso; el calor incluso había logrado colorear su habitual palidez cadavérica.

—En mi antiguo oficio —explicó el vicario—, un oficio que creo haber olvidado o, como mínimo, en el que he perdido destreza, había un proceso que se llamaba *nigredo*, y que consistía en ennegrecer, en corromper, en mortificar, en descomponer. Luego hay un proceso que se llama *albedo*, que es un blanqueamiento... ¿sabe?

Philomena parecía asustada; lo miraba con los ojos muy abiertos, con mucha expectación.

—¿De qué oficio se trataba?

—Era una ciencia profunda —respondió él—, que consistía en liberar al espíritu de la materia. Todos los hombres deberían estudiarla.

—Es lo que hacen los asesinos. Cuando matan. ¿Eso es una ciencia profunda?

—Hay cosas que uno debe matar en uno mismo.

—Ay, lo sé —repuso ella con fastidio—. La carne y sus apetitos. Llevo oyendo eso desde los siete años. Estoy harta de oírlo. No empiece con eso usted también.

—En realidad me refería a otra cosa. Me refería a que hay momentos en la vida en los que hay que matar el pasado. Cortar por lo sano con tu antigua naturaleza. Dejar atrás el mundo que conoces. Es duro, muy doloroso, pero es mejor hacerlo que mantener el alma atrapada en circunstancias que uno ya no puede soportar. Puede que viviéramos de un modo que nos parecía satisfactorio, pero el caso es que ya no nos lo parece; o que tuviéramos un sueño que se ha agriado por haberlo postergado demasiado tiempo, o que un placer se haya convertido en un simple hábito. Las expectativas caducas, hermana, son una jaula en la que el alma se pudre como una fiera mal cuidada en un circo. Cuando nuestra realidad mental no coincide con la del mundo, sentimos dolor, inquietud. —Se quedó callado y miró a Philomena, el crucifijo que llevaba en el pecho, la sarga y la franela que había detrás, y más atrás todavía, la epidermis; y ella notó un cosquilleo en la piel, un picor, un ardor—. Inquietud —dijo él, lamiéndose el labio—. Irritación. Picazón. Desolladura. Además, no estoy seguro sobre eso de matar la carne. Tenemos un dicho: «Si en la obra no hubiese

tierra, el aire se escaparía volando, y el fuego no tendría su alimento ni el agua su vasija».

—Son unas palabras preciosas —dijo ella—. Parecen un salmo. Usted no será protestante o algo así, ¿verdad? ¿Un predicador laico?

—Pienso que debemos aceptar nuestros cuerpos, ¿sabe? Pienso que tiene que haber algo bueno en ellos. De lo contrario, como usted dice, incluso los hombres más benditos serían verdugos. Además, la gracia perfecciona la naturaleza. No la destruye.

—¿Quién lo dice?

—Mmm —murmuró Fludd, reticente a citar nombres—. Santo Tomás de Aquino.

Ella extendió una mano: la palma en la que él había detectado la estrella de un destino feliz.

—Oh, santo Tomás... —dijo Philomena, esbozando una sonrisa. Estiró la mano y le tocó el hombro—. Santo Tomás —repitió—. Siempre lo he considerado un buen amigo.

Philomena esperaba que aquella calidez los acompañara hasta la noche; sin embargo, Fludd se había vuelto frío y silencioso, y la mano que le ofreció para ayudarla a pasar por el terreno accidentado ya no parecía humana, de tan seca y fría que tenía la carne. El viento barrió las nubes sobre las chimeneas de Fetherhoughton, al pie de la colina; ella levantó la mirada hacia los negros y agrestes páramos, y de repente sintió que su embriaguez se esfumaba, sustituida por el miedo.

Dejó que el sacerdote, el hombre, la guiara de regreso al convento; parecía conocer el camino, y eso que no era del distrito y sin duda no había podido recorrer aquellos terrenos a la luz del día más de media docena de veces. Aun así, el vicario giró sin vacilar

hacia el camino del convento. Debe de comer muchas zanahorias, pensó ella; puede ver en la oscuridad.

—Ahora llegaremos al portillo —dijo Fludd—. ¿Cree que podrá subir los escalones?

Él salvó el obstáculo primero. Philomena estaba encaramándose, pasando una larga pierna enfundada en una gruesa media, cuando se materializó una silueta que parecía haber surgido de la zanja.

—Buenas noches —dijo Fludd—. Es usted el señor McEvoy, ¿verdad?

Ella imaginó, aunque no pudo verlo, que el parroquiano observaba al vicario como diciendo: sí, jovencito, ahora sabrás quién soy yo. Sin embargo, cuando McEvoy se acercó con una linterna que acababa de encender, su rostro lucía una expresión normal, amistosa pero astuta.

—Estaba dando mi paseo diario —explicó.

—¿A oscuras?

—Suelo hacerlo así, es una costumbre —respondió McEvoy—. Y de hecho, padre, diría que voy mejor equipado que ustedes, aunque ni mucho menos querría que se tomaran esa observación como una crítica. ¿Quieren que les preste la linterna?

—El padre Fludd puede ver en la oscuridad —afirmó ella.

—Qué práctico —repuso McEvoy con sarcasmo. Luego bajó el haz de luz de la linterna y lo detuvo sobre la pierna de Philomena, apuntándola como si se le hubiera caído la media.

—Vamos, hermana. No se quede ahí. Pase al otro lado —indicó Fludd, extendiendo una mano; sin embargo, el estanquero se le adelantó con un gesto cortés pero insistente.

—No me gusta ver a una hermana en apuros —dijo McEvoy—. Siempre me tendrá a su servicio, jovencita, con el brazo fuerte y el corazón dispuesto.

Al parecer se dio cuenta de que su comentario había sonado demasiado efusivo, fuera de lugar; retrocedió ante la mirada mordaz de Fludd y luego se tocó la gorra. Desapareció de forma tan súbita como había aparecido: tragado por la penumbra.

Philomena se estremeció.

—El padre Angwin dice que es el diablo.

Fludd se sorprendió.

—¿McEvoy? ¿Por qué? Pero si es inofensivo.

Philomena sintió que aumentaba la distancia que les separaba; notó una punzada de frío cuando él se apartó de su lado.

—¿El padre Angwin no le ha explicado que se encontró con él una tarde?

—Sí. Me habló de algo así. Pero no mencionó su nombre.

—No sé por qué lo piensa. Cuando tenía siete años yo vi al diablo y no se parecía en nada a McEvoy.

—Siete —dijo Fludd—. La edad de la razón. ¿Y qué aspecto tenía?

—Era bestial. Un ser enorme y grotesco. Lo oí respirar tras la puerta de mi dormitorio.

—Fue usted muy valiente al atreverse a abrirla.

—Oh, sabía que debía hacerlo. Tenía que ver qué había detrás.

—¿Y la visitó alguna otra noche?

—No le hizo falta.

—No. Con una vez basta.

—Pero ahora —dijo Philomena—, si el padre Angwin tiene razón, el diablo se me ha acercado mucho más.

—En efecto. Le ha tendido una mano. Le ha ofrecido ayuda. Cuando quiera, ha venido a decir. A su servicio. ¿Eso la asusta?

—La manera en que ha aparecido, de la nada, parecía como si...

—Eso también puedo hacerlo yo —dijo Fludd con indiferencia—. Conozco maneras de aparecer y desaparecer. Es fácil. Son trucos de

ilusionista.

—¿Cómo sé que no es usted el diablo? —preguntó Philomena, deteniéndose en seco; al pie de la cuesta se veía el convento, había una luz encendida en una habitación del primer piso. Su voz había sonado testaruda, hostil—. ¿Un hombre que finge ser cura? ¿Que ejerce como confesor? Que se gana la confianza de la gente...

Y entonces la joven pensó: ¿y si la llama blanca que he notado en el pecho ha sido el anuncio de ese fuego infernal incesante, ese fuego que te renueva y a la vez te consume para que no puedas acostumbrarte a la tortura? ¿Y si el calor insoportable que me envolvía en el cobertizo eran los primeros soplos del fuelle de Satanás?

—Debe usted elegir —repuso Fludd con aire pragmático—. Yo no puedo decirle qué debe pensar. Si cree que soy malo para usted, no intentaré convencerla de lo contrario.

—¿Malo para mí? —exclamó ella, horrorizada ante esas palabras. Hombre o diablo, pensó, diablo o peón del diablo, solo condenarás mi alma inmortal. Eso es lo único que conseguirás.

—Pero si yo fuera un diablo —prosiguió Fludd—, me parecería usted deliciosa. Es extraño que, aunque sería de esperar que el diablo tuviera unos gustos escabrosos, nada le apetezca más que darse un banquete con el alma tímida de una tierna monjita. Si yo fuera el diablo, usted no sería lo bastante lista para descubrirlo. Al menos hasta que me hubiera deleitado y saciado con usted.

La hermana Philomena soltó un largo chillido de conmoción y angustia; luego empezó a sollozar. Se llevó el puño a la boca y lloró mordisqueándose los nudillos. En el salón del convento, la madre Perpetua la esperaba sentada, con la espalda muy erguida, junto al fuego mortecino, sonriendo en la oscuridad.

7

Prieta le pegó una paliza.

—Mira que vagar por ahí como un marimacho —le dijo—. Deambulando por los campos... De noche, como una gitana.

Sabía que Philomena había estado en los campos y no por las calles porque había llegado con el hábito lleno de pinchos y hojas secas, y con los zapatos llenos de barro. Lo que no sabía era que la joven había estado con el padre Fludd. Si lo hubiera sabido, pensó Philly, habría sido peor. Está celosa de mí, quiere que el padre Fludd le preste atención. Eso no es propio de una monja. Debería darle vergüenza. Persigue a los hombres. A los curas. La hermana Anthony me contó que lo intentó con Angwin y que él la echó a patadas de la rectoría. Prieta nunca se lo perdonará.

Decidió guardar silencio mientras la superiora la reprendía y la golpeaba. Esta provincia está enferma, pensó, esta gente no tiene remedio. Es un lugar lleno de demonios, necesitan urgentemente una misión. Aquí no luchan contra la carne y la sangre, sino contra principados, contra poderes, contra los que gobiernan la oscuridad en este mundo. San Pablo lo habría solucionado.

—Mira que convertir mi convento en un hazmerreír —dijo Perpetua, golpeándola con los nudillos.

Philomena levantó la mano y agarró el brazo de Perpetua justo por encima de la muñeca. Lo atrapó con fuerza, una fuerza campesina. No dijo nada, pero los ojos amarillos le brillaron como pepitas de oro.

Esa noche no paró de dar vueltas en su camastro, no lograba dormirse ni mantenerse completamente despierta; aunque el insomnio le parecía un mal menor. Intentó espabilarse, pero las pesadillas merodeaban por su cerebro como los exploradores de una guerrilla. *Nigredo*, un tipo enorme de piel oscura, le ofreció un cigarrillo de una pitillera plateada. *Albedo*, un ángel, se lo encendió. Lucharon en los huertos, rodando una y otra vez por el suelo agreste. Más tarde se cogieron del brazo y cantaron juntos «Danny Boy».

A las cinco de la madrugada oyó la campana y tras darse la vuelta hundió la cara en la almohada. Pensó que era una almohada penitencial que la madre Perpetua había preparado a propósito para ella; parecía llena de guijarros. Aquella semana la encargada de despertarlas era la hermana Anthony, y la oyó avanzar por el pasillo, llamando a cada puerta, enunciando el *Dominus vobiscum.*

Philomena bostezó y se obligó a incorporarse hasta quedar sentada en la cama. Se palpó la garganta. Notó los cordones del gorro de dormir aplastados y cerosos debido al sudor. Intentó deshacer el nudo, pero apenas tenía uñas. El *Dominus vobiscum* sonó frente a su puerta, y la hermana Anthony golpeó la madera con los nudillos.

—*Dominus vobiscum.* ¿Qué hace ahí dentro, hermana?

Philomena no confiaba en su propia voz. Levantó la barbilla, forcejeando todavía con el nudo. Ojalá tuviera unas tijeras, pensó. Mis propias tijeras. Aunque eso contravendría el voto de pobreza.

Ojalá tuviera un espejo. Aunque eso contravendría el voto de castidad.

—Por el amor de Dios, jovencita —dijo la hermana Anthony en tono gruñón—. *Dominus vobiscum.* ¿Está sorda o qué?

El nudo acabó cediendo. Por fin pudo quitarse el gorro y dejarlo caer sobre la manta. Posó los pies desnudos sobre el linóleo y estiró el cuerpo. Bajo el camisón, tenía los brazos y los hombros cubiertos de pequeños moratones azules.

—*Dominus vobiscum.* ¿Se encuentra mal?

Me duele el corazón, pensó Philomena.

—*Et cum spiritu tuo* —respondió al fin. Su voz sonó normal, la muy traidora. Sin embargo, le dolía la garganta debido a las lágrimas, y tenía el pecho congestionado por un ansia impía.

—Eso espero —dijo la hermana Anthony antes de continuar con su recorrido.

Más tarde, tras pasar una hora arrodillada en la capilla, Philomena entró en la cocina y ayudó a la hermana Anthony a llenar las jarras con el té aguado del desayuno.

—Creo que el padre Fludd tiene el don de la profecía —comentó.

—¿De verdad? —preguntó la anciana cortésmente—. Me pregunto si será capaz de predecir quién ganará en las carreras de Aintree.

—Profetizar no es lo mismo que adivinar el futuro. Significa expresar la verdadera naturaleza de las cosas.

La hermana Anthony se dio cuenta de que la joven Philomena había estado llorando. Recordaba vagamente cómo habían sido sus primeros días en el convento, la humillación ritual y las noches de soledad. Puesto que era ella la encargada del desayuno, podía

permitirse ser amable con la chica; le sirvió una ración extra de gachas.

Esa misma mañana, Judd McEvoy, sonriendo para sus adentros y silbando entre dientes, quitó el polvo de los estantes y abrió el estanco, liberando los cerrojos de la puerta y dándole la vuelta al rótulo de cartón que tenía colgado en la ventana. Agnes Dempsey lavó los platos del desayuno. El padre Fludd se vistió para oficiar la misa y rezó la oración pertinente en cada caso. Philly lo visualizó: amito, alba, cíngulo, manípulo, estola, casulla.

—¡Oh, Señor! Hazme puro y limpia mi corazón...

Esa mañana la hermana Philomena tenía que dar clase de educación física, pero no al grupo de niños que estaban preparándose para la primera comunión, sino al de los chicos mayores. Ya estaban corrompidos.

Primero tenía que procurar que se vistieran en el ambiente viciado del aula; fuera hacía un frío mordaz, y hasta las diez la escarcha todavía brillaba sobre los surcos del camino del carro. Las chicas, entre los pupitres, tenían que enfundarse las gruesas bragas azul marino y quitarse los vestidos y las capas de jerséis; los chicos tenían que arreglárselas como podían con los pantalones cortos de franela gris. En una caja metálica que había en un rincón del aula guardaban las zapatillas deportivas de color negro: eran iguales para toda la clase, aunque había varias tallas; algunas estaban en buen estado, pero en general se veían bastante maltrechas. La mayoría de los niños ignoraban cuál era su talla, y si lo sabían tampoco les servía de mucho; no había ningún método de distribución

estipulado, simplemente eran todas para todos, porque así funcionaban las cosas desde siempre. Se les exigía silencio durante todo el proceso. Esa mañana Philomena los vigilaba con aire severo, fulminándolos con la mirada, asegurándose de que no se les escapara ni un murmullo ni un gruñido. Pero el silencio no restaba violencia al proceso; se repartían codazos y pellizcos hasta que, de un modo u otro, todos quedaban calzados.

Luego salían en procesión. Algunos caminaban haciendo muecas de dolor, con los dedos estrujados; otros, los que habían cometido el error contrario, caminaban como patos. Además, y eso era un misterio, había más zapatillas para el pie izquierdo que para el derecho, y la hermana Philomena se dio cuenta de que eran los más pobres, los más humildes, los más atontados, y en consecuencia los más desvalidos, quienes se veían obligados a seguir a los demás con los dos pies desviados hacia el mismo lado.

El barracón de hierro corrugado servía tanto de comedor como de gimnasio, y olía a sémola hervida y a grasa. Las mesas de caballete y los bancos de madera estaban apilados en los extremos de la sala, y los chicos prepararon el Equipamiento en el suelo. Así es como lo llamaba la madre Perpetua: el Equipamiento.

—El Comité de Educación nos ha mandado un Equipamiento.

Hasta ese año solo habían tenido pequeñas esterillas ovaladas, una por alumno. Las extendían y se revolcaban encima; en cuanto empezaban, dejaban de dar problemas. Luego se incorporaban junto a las esterillas y se ponían a saltar allí mismo. Era un ejercicio adecuado para todos los grupos de edad. La mayoría de los alumnos podían hacerlo. Y no ponía a prueba la fragilidad de sus nervios.

Sin embargo, el Equipamiento había añadido un nuevo terror a sus vidas. Era reluciente y duro, con los bordes afilados. El mero hecho de montarlo y colocarlo habría supuesto un problema incluso para

un ingeniero; los chicos medio desnudos empezaban a sudar bajo su peso, como si estuvieran construyendo puentes para los japoneses. Había escalones y toboganes. Y una gran escalera de mano que se colgaba a cierta altura de unos soportes, en la que por lo visto tenían que balancearse y, suponía Philomena, izarse hasta asomar la cabeza entre los peldaños. Pero lo peor de todo era un grueso poste de madera que descansaba sobre unos caballetes metálicos, paralelo al suelo y a la altura del pecho.

—Formad equipos —dijo la hermana sin demasiada convicción—. Tú, tú y tú.

Nadie quería que le tocara el poste. No sabían qué hacer con él ni para qué servía. Algunos, cuando les llegaba el turno, se agachaban debajo, lo rodeaban con los brazos y lo golpeaban con los pies, intentando izarse y pasar los tobillos por encima; Philomena se dio cuenta de que ese empeño se había puesto de moda; todos los chicos lo intentaban, algunos con menos habilidad que otros, pocos con un éxito mínimamente duradero. Enfrentados al Equipamiento, la timidez de los alumnos se revelaba con claridad, así como el alcance de su torpeza, de su debilidad y de su miopía. Se sentían avergonzados, pues era una emoción que se les permitía sentir. Sabían que el Equipamiento tenía algún uso oculto, pero no eran capaces de discernirlo; sabían que otros chicos, en algún otro lugar y en circunstancias más felices, tal vez conseguían descifrar sus secretos. El Equipamiento era un mensaje que les había enviado el Comité de Educación con el objetivo de prepararlos para las humillaciones que les deparaba el futuro.

La misa ya debía de haber terminado hacía rato, pensó la hermana Philomena. Se había quedado de pie en la sombra, al lado del barracón, dejando a los niños a su aire, sabiendo que a ninguna de las otras monjas se le ocurriría acercarse por allí. Poco después

los alumnos se cansaron de esforzarse y abandonaron tímidamente la fila, controlándola de reojo, para sacar las esterillas ovaladas; se agacharon, poniendo sus brazos flacos y grises en el suelo, y empezaron a hacer algo que ellos llamaban «saltos de conejo». Los dos niños de Netherhoughton se retiraron a un rincón oscuro y se dedicaron a hipnotizarse mutuamente.

Él podría venir y encontrarme aquí, pensó. Si preguntara por mí en la escuela, le dirían dónde estoy. Pero no, él no lo haría. No preguntaría por mí.

Aunque podría inventarse alguna excusa. Decir que me necesita para algo. ¿Qué podría ser? Ahora que ya no soy sacristana no puede decir: necesito que venga a sacar brillo, hermana, necesito que brille mucho, necesito que pula bien los candelabros. ¿Qué podría pedir, pues?

Pero seguro que no necesita excusas de sacerdote para pedir lo que sea, porque no es sacerdote. ¿Lo supe desde el principio o solo lo sospechaba? ¿Ha cometido él algún desliz o ha sido solo un presentimiento por mi parte? No es más que un hombre normal y corriente.

Pero no, pensó, corrigiéndose a sí misma. Eso no. No era ni mucho menos un hombre normal y corriente. Volvió a pensar en lo que la había impactado al despertarse esa mañana: que no recordaba con claridad sus rasgos. En la misa, ciertamente, se había visto obligada a estudiarlo, sobre todo de espaldas; pero ¿acaso no había estado a solas con él en los huertos durante una hora o más?

Tal vez, pensó, lo estuve mirando tan intensamente que fui incapaz de verlo. Lo miré como él parece que me mira a mí, con unos ojos que ven más allá de la piel. Había oído decir que se podía «devorar» a alguien con la mirada. Era una expresión muy común. Sí, eso era lo que había hecho ella. Lo había engullido con los ojos y

había desmenuzado sus rasgos. Y ahora, como una niña glotona y despreocupada, se daba cuenta de que no se había guardado nada para cuando llegara el hambre, para cuando llegaran tiempos de vacas flacas.

Cuando terminó la lección, Philomena puso a los niños en fila y los guio por el camino del carro. El sol por fin había conseguido asomarse y se filtraba levemente entre las ramas desnudas.

—Mirad, un petirrojo.

Señaló hacia la zanja en la que una pequeña ave, con el lomo pardo como el de un ratón, se movía entre las hojas crujientes. Los niños, obedientes, contestaron con un «Sí, hermana» y miraron hacia donde les señalaba, pero no vieron nada. No sabían qué buscaban. Solo conocían los gorriones y las palomas.

En procesión, siguieron la curva del camino del carro y se toparon con el padre Fludd, que caminaba hacia ellos conversando animadamente con Agnes Dempsey. La hermana Philomena ordenó a los niños que se detuvieran y se apartaran respetuosamente para dejar pasar al párroco. Mientras Agnes y Fludd se acercaban, los niños los saludaron arrastrando las palabras, como en un canto tirolés.

—Buenos díííias, padre. Buenos díííias, señorita Dempsey.

Los niños siempre se expresaban de ese modo cuando hablaban al unísono. Lo aprendían a los cinco años, en el parvulario; era lo primero que les enseñaban en la escuela. A veces Philomena pensaba que, si volvía a oír esa cantinela una vez más, se pondría a gritar; se sentaría en el suelo, se rasgaría las vestiduras y se cubriría la cabeza con cenizas como reparación por la estupidez del mundo. Jesucristo murió para liberarnos de la carga de nuestros pecados, pero por lo visto nunca movió un dedo para librarnos de nuestra estupidez.

Y mientras daba rienda suelta a sus pensamientos, el corazón empezó a latirle más deprisa. Era como si estuviera trepando hasta su garganta, dando tumbos y retorciéndose, contorsionándose en aquel espacio reducido; nadie podría verlo bajo el hábito, pero supongamos que ella fuera una mujer normal y corriente, con vestido y blusa. La gente se daría codazos; «el corazón de esa pobre mujer está luchando por salir». Se quedó conmocionada y sorprendida por esa ocurrencia, por haber sido capaz de pensar en sí misma como una mujer, cuando en realidad era una monja. Notó que se ponía colorada, y las manos empezaron a temblarle.

—Buenos días, chicos —los saludó alegremente Fludd. Agnes Dempsey les dedicó una leve sonrisa cargada de tensión.

Los ojos de Fludd se posaron fugazmente en Philly. La saludó con una sombría inclinación de cabeza y luego siguió caminando y charlando con la señorita Dempsey en un tono de voz más bajo, más moderado. Agnes Dempsey se detuvo un momento y miró fijamente a la joven monja por encima del hombro. Philly, que se había apartado a un lado del camino, bajó la cabeza, aferrándose al crucifijo de madera que llevaba colgado del pecho.

Pero no se había apartado lo suficientemente rápido para ocultar su expresión a la señorita Dempsey: esa mezcla de miedo, anhelo y entusiasmo que todavía tenía que descomponerse en sus elementos para recombinarse siguiendo una voluntad ajena. Agnes, agitada y triste, se tocó la verruga. He perdido todas las oportunidades que se me han presentado en la vida, pensó. Ni una monja ha perdido más ocasiones que yo. Es posible que las vírgenes sean capaces de ver unicornios. Las solteronas, jamás.

En esta ocasión, cuando Philomena se acercó al confesionario, sabía que encontraría a Angwin.

Se arrodilló, envuelta por el aroma a barniz y tabaco, y comenzó de inmediato, soltando las palabras de un tirón.

—Bendígame, padre, porque he pecado. No ha pasado tiempo desde mi última confesión. Tengo una pregunta para usted. Un amigo alemán que solo sabe unas cuantas palabras de inglés...

—Ah, hola, querida —dijo el párroco, interrumpiéndola.

—... estaba ansioso por confesarse, pero por desgracia ningún párroco del vecindario sabía alemán. ¿Mi amigo debería haberse confesado con la ayuda de un intérprete?

—Ajá —murmuró el padre Angwin. Reflexionó unos instantes. No era un problema con el que hubiera tenido que lidiar directamente, aunque, durante sus primeros días en la parroquia, el dialecto fetherhoughtoniano a menudo le había parecido demasiado cerrado e incomprensible—. Bueno —dijo al fin—, ¿sabe qué pienso que debería hacer su amigo? Creo que debería comprarse uno de esos diccionarios bilingües, un diccionario alemán-inglés, y descubrir qué nombre tienen sus pecados en nuestro idioma. Y respecto al número de veces que ha cometido cada pecado, bueno, supongo que no le llevaría mucho tiempo aprender a contar en inglés. Entonces podría pasarle una nota al párroco en el confesionario... Aunque quizá sería mejor poner sobre aviso al sacerdote —añadió—. Personalmente, no me gustaría llegar un día a oír confesiones y encontrarme a un extranjero pasándome papelitos por la rejilla.

—O sea, que eso sería mejor que un intérprete, ¿verdad, padre?

—Que conste que no descarto la posibilidad de recurrir a un intérprete. Pero solo si la necesidad fuera desesperada. Comunicarse es difícil incluso en las mejores circunstancias, ¿no le parece? —Hizo una pausa—. Nadie debería andar por ahí en pecado durante más

tiempo del necesario. Sobre todo si la persona está en un lugar que no conoce bien. Si alguien está de viaje, ya sabe, siempre existe el peligro de sufrir un accidente.

—Y si utilizara un intérprete, este quedaría sujeto al secreto de confesión, por supuesto.

—Naturalmente —respondió Angwin, tras lo que hizo otra breve pausa—. ¿Quiere contarme algo, hoy? Algo sobre usted misma, quiero decir.

—No, padre.

—Veo que sigue forcejeando con su problema. Su tentación de pecar. ¿O ya se le ha pasado la tentación?

—No. En todo caso...

—He estado rezando por usted —dijo él, cortándola. La oyó respirar al otro lado de la rejilla y la cortina: oyó los hipidos que interrumpían el ritmo de su respiración, como si estuviera a punto de echarse a llorar—. ¿Tiene alguna otra pregunta?

—Oh, sí, muchas.

Las lleva escritas y las va leyendo, pensó él.

—Un médico posee huesos humanos de su época de estudiante. Está ansioso por librarse de ellos. Los consiguió mientras estudiaba en un país protestante.

—¿Alemán, otra vez?

Ella se detuvo. La pregunta la había dejado descolocada. Se suponía que el cura no debía interrumpirla.

—Continúe —le pidió él.

—¿Dónde se supone que debe enterrarlos?

—Huesos protestantes —dijo el padre—. Qué sé yo.

—En los hospitales más grandes de Irlanda —apuntó ella con timidez— hay terrenos especiales para enterrar las partes de los cuerpos que se extirpan en las operaciones.

—Puede que haya una dispensa parecida aquí.

—Si esos huesos pudieran ser útiles en algún hospital, ¿podría donarlos?

Trae las respuestas escritas, pensó él, no solo las preguntas.

—No veo por qué no.

—Pero mi amigo debería tratarlos con reverencia, ¿no? En algún momento formaron parte de un cuerpo vivo, y ese cuerpo era el templo del espíritu. Aunque se tratara de un cuerpo protestante, probablemente.

—Bueno —dijo el padre Angwin—, si en la parroquia hubiera un funeral, me refiero a un funeral normal y corriente, el de alguna persona mayor, por ejemplo... y se pudiera convencer a los familiares... podría ser buena idea aprovechar la ocasión para enterrarlos allí mismo.

—Huesos protestantes en una tumba católica... —murmuró ella, deteniéndose a pensar un momento—. Pero sin decirles nada a los familiares —añadió—. Eso sería lo mejor. Porque ya sabe cómo es la gente. No tendrían en cuenta la antigüedad de los huesos, ni siquiera la tomarían en consideración. Sería mejor meterlos aprovechando un momento en el que los dolientes estuvieran cotilleando. Esa sería la manera de hacerlo. No es necesario causar un revuelo innecesario ni alarmar a nadie o darles la oportunidad de que se les suban los humos.

—¿Conozco a ese médico?

—Oh, no, padre.

—Porque estaba pensando... Yo mismo tengo un cementerio. Bueno, es un decir.

Aunque soy como el anciano Tobías, pensó: «cansado de tanto enterrar».

—Es un caso hipotético —puntualizó ella.

—Sí, por supuesto. ¿Alguna otra pregunta?

Angwin advirtió que la joven se había acercado más a la rejilla; que se había encorvado en el reclinatorio para poner la cara a pocos centímetros de la de él.

—Supongamos que puedo salvar a un hombre de morir ahogado. Y que no tengo el valor para hacerlo. ¿Estaría obligada a reparar la pérdida de su familia?

—¿Reparar la pérdida? Bueno, ¿cómo podría hacerlo?

—Estaba pensando en su situación vital. En cómo se quedarían. Desde el punto de vista económico, quiero decir. Pasarían apuros. Digamos que él era quien mantenía a la familia. Y supongamos que yo hubiera podido salvarlo. ¿Cree usted que debería compensarlos de algún modo? ¿Estaría obligada a ello?

—Por justicia, no. Por caridad, tal vez.

Este es el mundo en el que vivimos, pensó el sacerdote: casas incendiadas, hombres ahogados, huesos extranjeros sueltos; todo es perplejidad y dolor para una conciencia tierna que no se atreve a hablar sobre lo que más le preocupa.

—Creo que ya es suficiente en cuanto a hipótesis —afirmó.

—Si uno piensa... —prosiguió ella— si uno piensa en un pecado, pero no lo comete, ¿eso puede ser tan malo como cometerlo realmente?

—Podría serlo. Necesitaría saber más.

—Supongamos que una persona tiene ciertos pensamientos... pero cuando los tiene no sabe que son malos. Supongamos que empiezan como algo normal, como pensamientos permisibles, pero luego descubre hacia dónde tienden.

—Lo que debería hacer es dejar de pensar.

—Pero no se puede dejar de pensar. ¿Se puede? No, ¿verdad?

—Un buen católico puede hacerlo.

—¿Cómo?

—Rezando.

—¿La oración expulsa los pensamientos?

—Con la práctica.

—No sé —dijo ella—. Según mi experiencia, por mucho que reces, los pensamientos siguen corriendo por debajo de las oraciones, como cables subterráneos.

—Entonces es que no está rezando bien.

—Pero lo intento.

—No basta con intentarlo —sentenció el párroco. Estuvo a punto de poner las cartas sobre la mesa. Había estado a punto de decir: recuerde lo que le enseñaron durante el noviciado. No basta con hacer las cosas de la mejor manera posible. Tiene que hacerlas perfectamente.

—Es imposible dejar de pensar, ¿verdad? —insistió ella—. Al principio eres inocente, pero no puedes andar por la vida con los ojos vendados, con los oídos tapados, con la mente en blanco. Sin embargo, en cuanto ves, oyes y piensas... una cosa lleva a la otra.

—Oh, sí —convino él—. Eso ocurre.

Cuando la penitente se hubo marchado, el padre Angwin le concedió un margen de tiempo para que saliera de la iglesia; luego, llevado por el hábito, se santiguó, a pesar de que ese ritual carecía de sentido para él, puesto que no creía ni en la cruz ni en su propia redención; se levantó en silencio y salió del confesionario. Allí, doblando la esquina para llegar al pórtico, vio la falda plisada de la señorita Dempsey.

—Agnes —la llamó, y su voz sonó sorprendentemente potente, casi sacrílega—. ¿Qué hace ahí?

La señorita Dempsey se quedó paralizada, con los dedos sumergidos en la pila de agua bendita. Él avanzó por el pasillo central y fue a su encuentro.

—Estaba rezando, padre —respondió ella en un tono de voz plácido; su rostro, no obstante, contaba una historia muy distinta.

—Ya veo. Parece inusitadamente piadosa, para ser mediodía. ¿Por qué rezaba? ¿Con alguna intención en especial?

Oh, sí, pensó ella. Para que se produzca un escándalo espléndido en la parroquia. Nos hace falta una buena sacudida.

—He estado rezando por la supresión de la herejía, por la exaltación de la Iglesia y por la concordia entre los príncipes cristianos —respondió la señorita Dempsey.

Puesto que eso era justo lo que estipulaba el manual de las Hijas de María, y que además se exigía con regularidad, el padre Angwin no pudo replicar nada.

Esa noche hizo más frío. Un viento procedente del corazón otoñal de Inglaterra empezó a soplar por los páramos; un viento sin aliento marino, cargado con el olor de privación y de pérdida propio de las tierras altas. La oscuridad llegó pronto, como si creciera desde las tierras que quedaban por encima de la iglesia y bajara por el camino del carro, una alfombra nocturna que expulsaba a los niños de la escuela y los empujaba por Church Street hasta sus casas iluminadas en Chapel Street y en Back Lane. Cuando el último de ellos hubo cruzado la verja, las monjas cerraron con llave las puertas de la escuela y se apresuraron a congregarse de nuevo en el refectorio, para tomar el té y el pan con margarina que la hermana Anthony les había preparado.

Esa noche, la margarina tenía un sabor peculiar, más fuerte, como si la hubieran mezclado con algo; y la hipótesis era perfectamente posible, ya que la hermana Anthony se despistaba fácilmente, era miope y, según creían algunas, también malintencionada. Comieron en silencio, como ordenaban las reglas, aunque más adelante se hablaría mucho sobre aquella margarina. En ese momento, sin embargo, los rostros de Polycarp, Ignatius Loyola y Cyril se contorsionaron por el esfuerzo de reprimir comentarios mordaces. Las quejas les rodaban por la boca como dientes sueltos.

La siguiente colación sería la última del día, y consistiría en un plato de sopa. Philomena tuvo la sensación de que ya podía olerla. Se imaginó sentada en su sitio en la mesa; y es que siempre ocupaban el mismo, a menos que alguien llegara, se marchara o se muriera, siendo la última la posibilidad más frecuente. Pronto, después de la rutina vespertina, volveré a sentarme aquí, pensó: después de arrodillarme en el duro reclinatorio en la capilla del convento, justo detrás de la hermana Cyril, después de los Misterios Dolorosos del Rosario y de varias oraciones más; después del examen de conciencia nocturno, de santiguarme y de pasar por la cocina, donde ayudaré a la hermana Anthony a servir y recogeré mi ración de miradas desdeñosas y reprobatorias. Me pondré el delantal azul y saldré con la sopera y el cucharón, y las corrientes de aire harán traquetear como de costumbre las ventanas cuando pase por el pasillo hasta el refectorio cargada con la sopera.

—Bendícenos, oh, Señor, y bendice también estos alimentos...

El leve tintineo del cucharón metálico resonó dentro de cada cuenco. Se llevó la cuchara a los labios y probó la sopa, un líquido grisáceo y espumoso, demasiado salado, con trozos de verduras (aunque quizá solo eran mondaduras) flotando en su interior.

Un dolor violento en las costillas estuvo a punto de hacerla caer del banco del refectorio. Contuvo una exclamación; ¿por qué añadir otra falta a la que Perpetua acababa de señalarle? La superiora había vuelto a clavarle en el costado su índice rígido, cruel, como si le ofendiera la expresión que había adoptado su rostro; aquella expresión ausente y soñadora que Prieta siempre se tomaba como una afrenta personal. Aquel breve descuido hizo que Philomena se olvidara del resto del día, como si lo hubiera doblado dentro de una caja, comprimiendo todo el tiempo que había pasado entre el pan con margarina y la sopa.

Pero ¿qué importaba? Sin duda, mientras el tiempo transcurría en el mundo normal a un ritmo normal, ella siempre acabaría sentada en el mismo asiento, con la misma cuchara, la misma sensación, el mismo sabor salado y agrio en la lengua. Toda su vida tal vez podía reducirse a un largo día, un día que empezaba por la llamada del *Dominus vobiscum* y terminaba con la oración privada ante el crucifijo de su celda, con las rodillas heladas por el linóleo. Si todos los días a partir de este momento tenían que ser iguales, ¿qué sentido tenía vivirlos? ¿Por qué no omitirlos de algún modo y vivir los cuarenta años siguientes en un solo minuto? Bajó la cabeza como si examinara las vetas de la madera de la mesa del refectorio. He tocado fondo como ser humano, pensó; no siento curiosidad por el futuro. Sé cómo será el futuro: las normas lo establecen por mí. Levantó la mirada hacia Perpetua y la vio borrosa, todavía tenía la mirada puesta en el tipo de vida que le esperaba, y por primera vez le pasó una idea por la cabeza: quien sea que regula mi futuro me lo está robando.

Y si el futuro es predecible, ¿significa que está planeado? Si es predecible, ¿significa que es controlable? Nada de esto es nuevo, pensó, irritada consigo misma: son preocupaciones de seminarista.

¿Existe el libre albedrío? Fuera, el viento remitió. Las monjas, tras apurar los posos del té, levantaron la cabeza y se miraron por encima de la mesa. Fue como si en aquel silencio de repente hubieran percibido una voz, una voz que les hablaba en un momento inapropiado. Fue un momento de expectación, de inquietud. Una curiosa oleada recorrió la mesa. Por encima de las monjas, la bombilla de cuarenta vatios que la orden aprobaba parpadeó una vez, dos, tres: como las veces que san Pedro negó a Jesús. Luego las sombras demacradas bajaron la cabeza y dieron las gracias a Dios por los alimentos recibidos; se levantaron como si estuvieran envueltas en llamas y salieron titilando de la sala.

Los párrocos habían cenado temprano: estofado. Al menos el padre Angwin se había comido su ración; no sabía lo que había hecho el padre Fludd. Era el cuento de siempre: un plato lleno y una masticación discreta, insuficiente para explicar que la cena del vicario hubiera desaparecido.

Además, al padre Angwin le preocupaba seriamente la cantidad de whisky que quedaba en la botella. Por mucho que bebiera esos días, nunca parecía disminuir. Muchas noches le había dicho al vicario: necesitaremos una botella nueva si vamos a beber juntos mañana; pero luego, durante el día, de algún modo se las arreglaba para borrar aquel disgusto de su mente. Y por la noche siempre parecía que hubiera suficiente. No tanto como para celebrar una fiesta, claro está. No una gran cantidad. Pero sí suficiente.

—Esto está más tranquilo —comentó el padre Angwin mientras le servía un vaso al vicario.

—El viento ha amainado.

—No, quiero decir en general. Desde que usted llegó. No habrá llevado a cabo un exorcismo sin decírmelo, ¿verdad?

—No —respondió Fludd—. Pero he estado haciendo algunas reparaciones menores en los desagües. Me interesan esa clase de cosas. Una piadosa familia de Netherhoughton me ha dejado una escalera. Y le hice unas consultas a Judd McEvoy sobre los bajantes. Para ser estanquero, está muy bien informado. Dice que la iglesia también necesitaría una buena reforma estructural. Pero que eso costaría un ojo de la cara.

—Pero lo que nos molestaba no eran las goteras y los crujidos —replicó el padre Angwin—. A eso ya estábamos acostumbrados. El caso es que solíamos oír pasos arriba y abajo, y también golpes, y siempre teníamos la sensación de que se había colado alguien. O la puerta se abría de sopetón y no entraba nadie.

—Bueno, finalmente acabé entrando yo, ¿no? —dijo Fludd.

—Agnes creía que la casa estaba repleta de entidades desencarnadas.

—¿Malignas?

—Eso no lo sabíamos. Pero Agnes cree en muchos diablos y muy variados. En ese sentido tiene una mentalidad bastante anticuada.

—Sí, comprendo lo que quiere decir. A mí también me resulta sorprendente esa manera moderna de hablar sobre «el diablo». Más aún si tenemos en cuenta que, durante siglos, algunas de las mentes más brillantes de Europa se dedicaron a contar diablos y a descubrir la variedad de sus caracteres.

—Reginald Scot, creo, a finales del siglo XVI, llegó a los catorce millones. Más o menos.

—Puedo precisar más la cifra —apuntó Fludd—: llegó a los catorce millones ciento noventa y ocho mil quinientos ochenta. Excluyendo,

claro está, a los señores y príncipes del infierno. Scot se limitó a los demonios normales y corrientes.

—Pero por aquel entonces —dijo el padre Angwin—, si un demonio se encarnaba, tenían hechizos para atarlo e interrogarlo a fin de sonsacarle el nombre y el número. Comprendían muy bien que cada demonio tenía una especialidad, y también una personalidad diferenciada.

—San Hilario afirmaba que cada demonio tenía su hedor particular.

—Sin embargo, hoy en día la gente simplemente dice «Satanás» o «Lucifer». Es la maldición de nuestro siglo, ese afán por simplificar demasiado las cosas.

—La hermana Philomena me contó —dijo Fludd, tomando un sorbo de whisky— que se topó con un demonio cuando era niña. Dijo que no se parecía en nada a Judd McEvoy. Lo que no entiendo es por qué tendría que parecérsele.

El padre Angwin desvió la mirada.

—Sé que nadie coincide conmigo respecto a Judd. Pero como usted sabe, padre Fludd, hoy día ya no gozamos de los privilegios de otras épocas. Los demonios ya no se manifiestan con tanta facilidad. No dentro de nuestro campo de visión, al menos. La hermana Philomena fue especialmente afortunada. Cuando piensa en un demonio puede ponerle cara.

—Usted ha intentado hacer lo mismo.

—Todo demonio debe tener cara. Incluso si es cara de lobo, o de serpiente, o de estanquero. Tiene que ser algo que podamos identificar y reconocer, tiene que ser a nuestra imagen y semejanza, o muy parecido, tiene que ser animal o humano, o un híbrido de los dos. Porque ¿qué más somos capaces de imaginar? ¿Qué más hemos visto?

—La demonología —dijo Fludd, tomando otro sorbo— es un tema insoportable. Profundo e insoportable. Especialmente para usted, padre. Puesto que ya no cree en Dios.

—De no haber sido por McEvoy —repuso Angwin, desviando la mirada de nuevo—, no sé si tendría tan clara la idea del demonio. Mi mente podría haber dado un giro secular. Podría haberme convertido en una especie de hombre racional.

—He visto cambios en ese sentido —dijo Fludd, siguiendo la mirada de su interlocutor hasta el fuego de la chimenea—. Hubo un tiempo en el que el aire estaba repleto de espíritus, como moscas en un día de agosto. Ahora tengo la impresión de que el aire está vacío. Solo existen el ser humano y sus preocupaciones.

El padre Angwin estaba encorvado, reflexionando con el vaso de whisky entre las palmas de las manos. La botella seguía tan llena como siempre.

—Estoy enfermo —dijo Angwin—. Mi alma tuvo por mejor la estrangulación, y quiso la muerte más que mis huesos.

—Mi querido amigo... —dijo Fludd, apartando la mirada del fuego para clavarla en el rostro del párroco.

—Oh, es solo una cita. Una cita bíblica. Del Antiguo Testamento, ya sabe. Del libro de no sé quién.

Fludd pensó en la hermana Philomena andando por los campos, incapaz de reconocer los versículos que él mismo le había citado. Se dio cuenta de que, cuando pensaba en la monja, se apoderaba de él una inquietud leve pero creciente, una inquietud que se le instalaba en el plexo solar. Vaya, se dijo para sus adentros. No sabía que tenía sentimientos humanos. Alargó la mano y cogió su vaso.

—Soy como el padre Surin —afirmó Angwin.

—Discúlpeme, no sé quién es.

—Me refiero al exorcista de Loudun —dijo el padre Angwin mientras se levantaba apoyando las manos en los reposabrazos de su butaca; Fludd había advertido, en el poco tiempo que llevaba en la parroquia, que los movimientos del sacerdote se habían vuelto más lentos, y que sus rasgos animados habían quedado enmascarados por una decepción y un dolor gélidos. Durante muchos años, el padre Angwin había fingido muy bien, sin traicionar ni una sola vez, ni con sus palabras ni con sus actos, la desilusión que albergaba en lo más hondo de su vocación sacerdotal. Sin embargo, mi llegada ha cambiado las cosas, pensó Fludd; la falsedad se ha vuelto insostenible, la verdad debe salir a la luz. Tendrá que encontrar nuevas combinaciones en el corazón: pasiones nunca vistas, ideas nunca concebidas hasta el momento—. ¿Qué le estaba diciendo? —preguntó Angwin—. Ah sí, el padre Surin. —Se acercó a la librería, sacó un volumen y lo abrió por un lugar que tenía marcado—. «Cuando quiero hablar, se me corta la voz; durante la misa, me quedo sin palabras; en la confesión, de repente me olvido de mis pecados; y noto que viene el diablo y entra en mí como si estuviera en su casa». Es una traducción bastante libre, la hice yo mismo —añadió, cerrando el libro y volviendo a dejarlo en el estante—. El padre Surin perdió toda conciencia de Dios. Entró en un estado de melancolía. Su enfermedad se prolongó durante veinte años. Al final no era capaz ni de leer ni de escribir, no podía andar y tenían que cargar con él para ir a cualquier sitio. No tenía fuerzas ni para levantar los brazos por encima de la cabeza para vestirse. Sus cuidadores lo golpeaban. Envejeció y acabó paralítico y demente.

—Pero se curó, ¿no? Al final.

—¿Qué cura la melancolía, padre Fludd?

—La acción —respondió el vicario.

A medianoche, Fludd salió solo. Era una noche fría, despejada y silenciosa; una media luna marchita se recortaba contra el cielo. Las capas altas del aire estaban cargadas de nieve, la primera del año. El vicario podía oír sus propios pasos. Dejó que el haz de luz de su linterna se perdiera entre los árboles y luego lo hizo regresar a su lado, como si fuera una serpiente a la que estuviera adiestrando.

Las viejas puertas de madera del garaje estaban medio podridas. Si querían que soportaran el tiempo que hace en Fetherhoughton, pensó, deberían haberlas pintado con algún producto protector para la madera. Sin duda había una llave en algún sitio, pero no había querido anunciar sus intenciones preguntando dónde estaba. Se apartó un poco y le propinó una buena patada a la puerta.

La hermana Philomena se incorporó hasta quedar sentada en la cama —fue un gesto repentino, como si hubiera recibido una descarga eléctrica—, y el pelo, o lo que quedaba de él, se le erizó por la parte de la nuca. Apartó la colcha y posó los pies sobre el gélido suelo. Cuando se levantó, un dolor le atravesó las articulaciones, como si le hubieran afilado los huesos.

Estoy hecha polvo, pensó. Las costillas y los hombros todavía le dolían debido a la paliza que le había propinado Prieta. Se acercó a la pequeña ventana del desván y miró hacia fuera. No había ni un mochuelo: ni aves nocturnas, ni tormentas, ni relámpagos. No sabía por qué se había despertado. Su ventana daba a la parte trasera del convento; a partir de allí se extendían los páramos adormilados, invisibles pero siempre presentes, como la vida de la mente. Pensar en los páramos le provocó un estremecimiento. Qué anarquía debía de reinar en el cielo cuando se crearon esos páramos. «Puede

suceder cualquier cosa», pensó. Notó otro cosquilleo en el cogote. Se quedó mirando las negras copas de los árboles, aunque no por mucho tiempo.

La señorita Dempsey buscó a tientas y encontró lo que buscaba: su colcha de chenilla, sus rodillas y su bata, doblada con decoro a los pies de la cama. Cogió la bata y, todavía sentada en la cama, deslizó los brazos por las mangas y se la abrochó en el pecho. La habitación parecía más fría que de costumbre.

El reloj despertador con campanillas de latón marcaba las doce y diez. ¿Todavía están de juerga ahí abajo?, pensó. ¿Ha sido eso lo que me ha despertado? ¿O será que el padre se ha caído al suelo?

Si se ha caído, pensó, necesitará otra taza de cacao y una buena reprimenda. Parece que ese joven diablillo no necesita dormir; o eso, o duerme tan bien durante las pocas horas que pasa acostado que descansa mejor que todos nosotros.

La señorita Dempsey metió los pies en sus pantuflas. Eran las típicas que se vendían en Fetherhoughton, con un ribete de pelo sintético de color azul celeste. No hicieron ruido mientras recorría el pasillo y bajaba los escalones.

Al llegar al pie de la escalera se detuvo y aguzó el oído. Pero no había nada que oír: ni el esperado murmullo de voces, ni los ronquidos del padre Angwin durmiendo en su butaca. De repente tuvo la sensación de estar sola en la casa, y esa sensación bastó para que, a pesar del frío y de la escasa ropa que llevaba, saliera corriendo por la puerta y se adentrara en la noche.

Una hoja seca le rozó la mejilla. El padre Angwin se quedó temblando como un zorro acorralado. Se había despertado de repente, se había levantado de la cama, se había vestido apresuradamente y había salido armado con la otra linterna de la rectoría, bajando los escalones de dos en dos, impulsado por algo que apenas acertaba a comprender; y mira que he dicho que estaba paralizado, pensó, que le he dicho a Fludd que pronto tendrían que llevarme de un lado a otro. Oyó un ruido familiar, el sordo chirrido del metal golpeando la piedra; luego nada más, solo el suave sonido de fondo de los funerales: la tierra cayendo con aquel siseo tan reconocible.

Aunque no era el sonido de un funeral, sino de un antifuneral. Se acercó al terreno irregular, al cementerio privado que le había mencionado a Philly en el confesionario, el que le había ofrecido para enterrar los huesos protestantes.

Y vio a Fludd. Con su elegante espalda encorvada, cavando. Cavando como un irlandés. Mientras Angwin lo observaba, el vicario dio un paso atrás y, con desenfado, sujetando la pala a la altura del pecho, lanzó la tierra y la grava por encima de su hombro izquierdo.

—¡Cielo santo! —exclamó el padre Angwin.

Se acercó a la excavación; los pies le resbalaban en la oscuridad sobre el suelo helado. Apuntó con la linterna hacia el hoyo.

—¿Cree que nos convendría disponer de otra pala? —preguntó.

8

Las linternas no bastaban; y cuando hubieron debatido lo que harían, el padre Angwin se sacó del bolsillo la llave de la sacristía y se la entregó a Philomena.

—Pero es que ya no soy sacristana —dijo la monja—. Prieta me relegó del cargo.

—Esta noche no es una noche cualquiera. Son circunstancias extraordinarias. Agnes, acompáñela. Abra el armario de arriba del todo, a la izquierda. Encontrará media docena de candelabros viejos. Traiga también unos cuantos cirios grandes de la misa mayor, ya sabe dónde están. Los plantaremos alrededor de la zanja.

—Yo tengo velas domésticas —dijo Agnes.

—No pierdan el tiempo —las conminó el padre—. Váyanse ya.

En el pórtico de la iglesia, Philly le dio la mano a la señorita Dempsey, sintiendo que en cierto modo tenía que ser la más fuerte de las dos. La puerta de la iglesia se abrió con su gemido habitual, como un actor cansado que recurre a fórmulas convencionales; luego entraron juntas por el pasillo central, pisando aquellas losas de piedra que tan bien conocían con las bocas entreabiertas, tragándose la oscuridad. Hubo un momento en el que la señorita Dempsey desapareció; Philly, presa de un terror súbito, sintió que se le encogía el estómago y se aferró al aire vacío. Pero el ama de llaves solo estaba haciendo una genuflexión; volvió a emerger susurrando una disculpa y continuaron andando de puntillas.

Ya en la sacristía, hablaron poco y sin rodeos; Philly se encaramó a un arcón y abrió el armario, donde encontró lo que el padre le había pedido. Le pasó a Agnes los candelabros, uno a uno, y el ama de llaves los fue acumulando sobre su pecho, levantando una rodilla para ayudarse. Philly bajó de un salto y eligió seis cirios de la caja, acariciando los cilindros de cera cremosa con la punta de los dedos.

Cuando regresaron, encontraron al padre Fludd apoyado en la pala; el padre Angwin estaba sentado en el suelo como un duendecillo, con las piernas cruzadas. Se levantó de un brinco.

—*Fiat lux.* A cavar, muchacho.

Philomena se arrodilló en el suelo junto al hoyo que el padre Fludd había abierto y sumergió un dedo en la tierra, como si fuera agua y quisiera comprobar la temperatura antes de bañar a un bebé. Bajo la superficie suelta, la tierra parecía pesada, saturada. Notó algo que se movía contra su dedo: seguramente un gusano.

—¡Oh! —exclamó, apartando la mano: los remilgos del convento —. ¡Un gusano!

—¡No me asuste! —la reprendió el padre Angwin.

—Vemos diablos en serpientes —dijo Fludd—. Vemos serpientes en gusanos. Son cosas que forman parte de nuestra experiencia común.

Philomena levantó la mirada. Se imaginó una expresión escéptica brillando en los ojos del vicario, aunque en realidad estaba demasiado oscuro para poder vislumbrar ninguna expresión.

—Todos sabemos de dónde salen los gusanos y adónde van —dijo la señorita Dempsey.

Se hizo el silencio. Todos se quedaron mirando las tumbas. Las llamas de los cirios titilaban con el aire, doblándose e inclinándose como genios salidos de sus lámparas; se les acostumbraron los ojos a la poca luz que tenían y desearon que no hubiera sido así, puesto

que eso permitió que el párroco, la monja y el ama de llaves vieran, reflejada en los rostros de los demás, su propia inquietud.

Cuando Philly se atrevió a explorar la tierra de nuevo, encontró algo sólido, delgado, duro y afilado.

—Bien, lo ha conseguido, padre Fludd —dijo—. Ya las tenemos. No estaban enterradas a mucha profundidad.

Sin mediar palabra, el padre Angwin se arrodilló a su lado. Ella pudo verle el aliento, una voluta de vapor en el aire. La nieve de las capas altas estaba demasiado dura y fría para caer; si hubiera sido posible sacudir el cielo esa noche, habría sonado como un sonajero. El cura se inclinó hacia delante, apoyándose en una mano y usando la otra para hurgar en el hoyo.

—Lo estoy tocando —dijo—. Padre Fludd, lo estoy tocando. Agnes, lo estoy tocando. Creo que es el borde del órgano portátil de santa Cecilia.

—Déjeme rascar con la pala —propuso Fludd.

—No, no, podría dañarlo —replicó el padre Angwin mientras hurgaba y palpaba con las dos manos lo que se escondía bajo la tierra.

—Si no utilizamos la pala —dijo Agnes—, no terminaremos de excavar antes del alba.

—Señorita Dempsey, no va suficientemente protegida de los elementos —observó Fludd—. Ha llegado usted tan de repente que no me había dado cuenta hasta ahora. ¿No debería volver a casa y ponerse algo más adecuado?

—Gracias, padre —dijo Agnes, sonrojándose bajo el manto de la noche—. Llevo un camisón de franela bastante cálido debajo de la bata. —En realidad estaba temblando, pero se sentía incapaz de alejarse de allí.

Al menos Philomena iba bien abrigada. Cuando se había apartado de la ventana de su cuarto, el entusiasmo y el miedo se habían apoderado de ella como una llama a punto de prender; pero de todos modos había tenido que ponerse aquellas gruesas medias de lana, y también la ropa interior. Con el corazón desbocado, había tenido que ponerse las tres enaguas que exigía la Orden y atárselas a la cintura, anudando los fajines y los cordones. Había tenido que pasar los brazos por el grueso y áspero corpiño, con las mejillas acaloradas, y abotonarse el cuello con los dedos temblorosos. Cuánto tiempo le había llevado todo eso, menuda agonía. Había tardado una eternidad en enfundarse el hábito, aquellos pliegues negros que la asfixiaban y la ahogaban. Luego la toca con sus cordones, y los diminutos imperdibles con los que se sujetaba el velo, y todo el tiempo sabiendo que allí fuera, en la noche gélida, la esperaba un encuentro inevitable. Fludd estaba cerca, muy cerca; y ella allí, forcejeando con su toca blanca almidonada, apretándola contra su cráneo, calándosela hasta las cejas, notando cómo se le clavaba en el lugar de siempre, en la marca que ya era perenne en su frente; y luego había tenido que buscar los largos alfileres que le aseguraban el velo, y luego se le cayó uno, y pudo oírlo, porque en el silencio de medianoche del convento se puede oír un alfiler cayendo y rodando por el suelo. De manera que había tenido que arrodillarse y palpar el suelo con las manos, bajo la cama, y luego, al alzarse victoriosa con el alfiler atrapado entre los dedos, se había golpeado la parte posterior de la cabeza contra la estructura de la cama, hierro contra hueso. Mareada, medio aturdida, tras salir de debajo de la cama a gatas, había tenido que levantarse y terminar de ponerse el velo, prendiéndolo con los alfileres, y luego pasarse el crucifijo por encima de la cabeza, agarrar el largo cordón del rosario y atárselo alrededor de la cintura. Luego, con el aliento del futuro

empañando los cristales, con el futuro sonriéndole desde la ventana, ansioso por atraparla entre sus fauces, había tenido que inclinarse una vez más, todavía mareada, recoger los zapatos y tirar de los nudos de los cordones que, contraviniendo la santa obediencia y todos los dictados de la Orden, había dejado abrochados al descalzarse por la noche. Luego, jadeando de irritación, había dejado los zapatos en el suelo de nuevo, todavía abrochados, y había metido los pies a la fuerza, pisoteándolos y luego saltando sobre ellos; se había metido el pañuelo en el bolsillo y luego, solo luego, se había santiguado, había murmurado una breve oración para pedir orientación, había abierto la puerta de la celda, había recorrido el pasillo, bajado las escaleras y doblado la esquina a la derecha, ignorando la gran puerta principal para pasar por la cocina vacía. No se había atrevido a encender la luz, pero la luna en el cielo despejado brillaba a través de las ventanas de la cocina; una luna pequeña, miserable, invernal, que refulgía débilmente sobre el cucharón y la sopera, sobre las sartenes boca abajo del estante y las jarras listas para el té de la mañana. Había abierto los cerrojos de la puerta trasera y había contenido el aliento mientras los retiraba; luego había cerrado la puerta tras ella y había salido corriendo hacia la noche.

En esos momentos era la señorita Dempsey quien se inclinaba hacia delante, posando una mano sobre el hombro de Philomena para apoyarse. Gruñendo debido al esfuerzo, el ama de llaves se arrodilló, y mordiéndose el labio inferior extendió las manos para palpar el suelo.

—Discrepo, padre Angwin. No creo que sea el órgano portátil. Creo que es el borde de la tiara papal de san Gregorio.

—Déjenmelo a mí —dijo Fludd—. No romperé nada.

—Se equivocan los dos —observó Philomena—. Lo que estaban palpando no es tan grueso. Es la flecha que atraviesa el corazón de san Agustín.

—Será mejor que dejemos trabajar al padre Fludd —dijo el párroco—. Dos mujeres y un anciano como yo, ¿qué podemos hacer ante una fuerza superior? Adelante, amigo mío.

—Apártese, hermana —dijo Fludd.

Reacia a levantarse y retirarse, Philly se quedó de rodillas y se limitó a desplazarse un poco hacia la izquierda. La rodilla de Fludd le rozaba el brazo. Él alineó la punta de la pala, y luego ella oyó un desagradable traqueteo seguido de un chirrido: acero contra yeso. Fludd había clavado la pala justo al lado (creyó ella) de la cabeza de santa Águeda; como si la virgen estuviera a punto de sufrir otro martirio.

—Cuidado, cuidado —murmuró Agnes, juntando las manos.

—Con calma —susurró el padre Angwin.

Philly, sin embargo, avanzó a gatas con la mirada fija en el borde de la pala; quería ser la primera en verlo, la primera en vislumbrar el rostro de la santa emergiendo de su tumba.

El padre Fludd plantó el pie en la zanja que había cavado, situándose a unos dos centímetros, más o menos, a la izquierda del hombro de Águeda. No parecía sentir el mismo anhelo que Philly por descubrir unos rasgos en concreto; sus esfuerzos tenían un carácter genérico, impreciso. Pero claro, pensó ella, él no conoce las estatuas, no como individuos. Su curiosidad no se centra en ninguna en concreto. Las enterramos mucho antes de que él llegara a la parroquia.

—San Jerónimo —le susurró Philomena, señalando la figura—. Ahí. Desentierre el león.

—Debería ponerse de pie —le dijo él, haciendo una breve pausa, pero evitando mirarla directamente—. Se resfriará.

—Agnes —intervino el padre Angwin—, ¿no cree que la mejor manera de ayudarnos sería trayendo chocolate caliente?

La pala de Fludd raspó el suelo; apareció la punta de una nariz, sorprendentemente blanca.

—Oh, es que no podría hacerlo —dijo la señorita Dempsey—. Perdóneme, padre. No puedo marcharme ahora.

Philomena se lanzó hacia delante una vez más y apartó la tierra con las manos. Era Águeda, en efecto. La joven le pellizcó los pómulos de yeso y recorrió con el dedo sus labios sellados. Acto seguido, estremeciéndose, acarició las retinas pintadas.

—Dirija la linterna hacia aquí, padre Angwin —le indicó Philly.

Quería verle la cara; y en cuanto pudo contemplarla, supo que aquel intervalo, aquella suspensión, aquel entierro habían supuesto un cambio. Se abstuvo de mencionarlo a los demás; se daba cuenta de que podría ser algo que solo ella era capaz de ver. Pero la expresión de la virgen había quedado alterada. Si antes era dulce e inexpresiva, ahora se había vuelto más pícara; su virtud inquebrantable había quedado quebrantada; miraba hacia arriba, con una sonrisa conspiratoria, hacia la gélida bóveda celeste.

No tardaron en quedarse en silencio; el frío les calaba los huesos. Oyeron la campanada que anunciaba la una de la madrugada. Se veían contornos voluminosos, todavía cubiertos de tierra. Luego fueron emergiendo partes de los santos; un codo, un pie, las tenazas de santa Apolonia... En silencio, fueron reconociendo y saludando a todos los santos. Cuando aparecieron san Jerónimo y el león, la hermana Philomena saltó dentro de la zanja y Fludd hizo una pausa, se apoyó en la pala y permitió que ella limpiara los rasgos del animal con las manos. Los pies le resbalaron cuando intentó volver a subir

con los demás; el padre Angwin le ofreció una mano para que pudiera estabilizarse, y ella la agarró un momento, apoyándose con pesadez en el brazo del párroco, como si le faltara el aliento.

—Escuchen —dijo Fludd, parando de cavar de repente—. Viene alguien.

—¿Quién va? —gritó la señorita Dempsey en tono castrense.

El recién llegado, sin embargo, ni contestó a la pregunta ni se detuvo. Se plantó donde estaban, cegado momentáneamente como un conejo por la linterna del padre Angwin, aunque con una expresión demasiado engreída, demasiado imperturbable para ser la de un conejo. Luego él también encendió su linterna y apuntó con ella a los ojos del párroco.

—Soy yo. Judd McEvoy.

—Buenos días, Judd —dijo el padre Angwin—. ¿Qué hace aquí fuera a estas horas, si no le importa que se lo pregunte?

—He bajado a Fetherhoughton —respondió Judd—. A comprar guisantes.

—Así que eso es lo que lleva usted ahí.

—Sí, y pescado. Envuelto en papel de periódico.

—No sabía que la tienda estuviera abierta a estas horas.

—Estas noches se quedan friendo hasta muy tarde, por si a alguien de la colina le entra hambre. Los de la colina nunca nos acostamos demasiado pronto. Cuando las noches se alargan, las aprovechamos.

—Usted seguro que no, Judd —replicó el padre Angwin, plantándose frente a él con la zanja de por medio—. Seguro que usted, siendo como es un pilar de los hombres de la Fraternidad, no participa en sus rituales, ¿verdad?

—Oh, soy consciente de que tiene usted una opinión formada sobre mí, padre —dijo Judd con despreocupación—. Habla como si

quisiera avergonzarme para que admita algo. Pero cuando he dicho «nos acostamos», hablaba de mis vecinos. Me refería a los netherhoughtonianos. Era una forma de hablar, nada más. ¿Le apetece un poco de mi pescado?

—Ándese con cuidado —le advirtió el padre Angwin—. Ha estado a punto de pisar a Ambrosio.

Judd bajó la mirada.

—Tiene razón —admitió, y con una delicadeza y seguridad que convencieron al padre Angwin de que realmente tenía costumbres noctámbulas, el estanquero se abrió paso entre las zanjas—. Es una lástima que no haya venido antes. Caminando por los senderos no hay mucha distancia desde mi casa. Podría haber traído mi pala. El padre Fludd ha tenido que hacerlo todo solo.

—¿Por qué tiene usted una pala, Judd, si no tiene jardín?

—Padre, olvida usted que antes tenía un huerto.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué no pudo influir en sus asilvestrados compatriotas? ¿No podría haber apartado a todos esos saqueadores del sendero del delito y la violencia?

—Oh, no soy un hombre que sirva para apartar a nadie de nada —dijo Judd—. Ni tampoco para convencer a nadie de que haga nada. Por naturaleza no soy más que un mero espectador. Esto que están haciendo, por ejemplo, este secreto y esta iniciativa privada, los contemplo con absoluta ecuanimidad. No me ha pedido mi opinión, y yo no se la he dado. Nada me induciría a opinar. Soy un simple espectador del mundo.

Ya sabía yo que era usted un demonio, pensó el padre Angwin. Los espectadores son una estirpe malvada.

—Dicen —intervino Agnes con timidez— que los espectadores ven las cosas más claras.

—Es bastante cierto —afirmó Judd—. Señorita Dempsey, estoy seguro de que usted no rechazará una pequeña porción de mi pescado, ¿verdad? —preguntó, desenvolviendo su papel de periódico, del que emanó un aroma delicioso.

—Bueno, es tentador —respondió la señorita Dempsey.

—Hermana Philomena —dijo Judd con voz seductora—. Hay tan poco que estoy seguro de que, si lo aceptara, no ofendería las reglas de su Orden.

—Me muero de hambre —reconoció Philly.

McEvoy les ofreció el paquete y el padre Angwin cogió un trozo de pescado. En un abrir y cerrar de ojos todos estaban comiendo, incluso el padre Fludd picó un poco. Estaba frío, pero sabía bien.

—Me pregunto si lo habrán freído en manteca o en aceite —dijo el padre Angwin, mirando a Philomena inquisitivamente. Sin embargo, ella no lo miró a los ojos. El padre se animó; se sentía de buen humor, comiendo de ese modo en presencia del enemigo, y encima quitándole la cena—. Ojalá hubiera un pescado para cada uno —añadió con la misma expresión inquisidora, aunque esta vez mirando al padre Fludd. Se preguntaba si el vicario podía llevar a cabo algún tipo de multiplicación. Al fin y al cabo, había precedentes. Aun así, a pesar de haber tomado la porción más pequeña con diferencia, Fludd todavía estaba masticando.

—Tengo la impresión —dijo Fludd— de que deberíamos esperar a que se haga de día. Necesitamos cuerdas, y fuerza bruta.

—Las Hijas de María tenemos reunión mañana —dijo la señorita Dempsey de inmediato.

—Querrá decir esta noche —la corrigió Philly.

—Nos podríamos encargar de lavarlas. Creo que la presidenta nos lo permitiría. Podríamos rezar nuestra letanía y esas cosas, mientras tanto.

—No entiendo cómo accedió usted a enterrarlas —dijo Fludd.

—Usted no conoce al obispo —replicó Philomena, sacudiéndose la tierra del hábito—. Si las hubiéramos dejado expuestas en la iglesia, habría sido capaz de presentarse aquí con un mazo para hacerlas añicos.

—Creo que tiene la imaginación desbocada, hermana —opinó Agnes—. Está claro que el padre Fludd conoce muy bien al obispo.

—Todavía tendremos que enfrentarnos a él —dijo Angwin—. Que hayamos cometido esta bravuconería repentina no significa que vaya a desaparecer.

—¿Y si vuelve a prohibir las estatuas? —preguntó la señorita Dempsey—. El trabajo de esta noche sería en vano.

—En vano no —dijo Judd—. Al menos no se han limitado a ser simples espectadores. El padre Angwin sabrá valorárselo.

Agnes tocó el brazo del párroco.

—¿Y si nos dice que nos libremos de ellas de nuevo? ¿Lo desafiaremos?

—Podría provocar un cisma —dijo el padre Fludd.

—Ya pensé en esa posibilidad —admitió el padre Angwin, sacudiéndose también la tierra—. Pero me faltó coraje.

—Habla en segunda persona, padre Fludd —observó McEvoy—. No se ha incluido. ¿Debo deducir que no se quedará con nosotros mucho tiempo?

Fludd no respondió. Se echó la pala al hombro.

—He hecho todo lo que pretendía hacer —dijo el vicario—. Señorita Dempsey, creo que debería preparar una bebida para

calentarnos un poco. Tal vez incluso podría encender el horno para calentarle los guisantes al señor McEvoy. No ha podido disfrutarlos.

Los rostros miraban hacia arriba desde el suelo; pálidos, con la mirada perdida en el cielo cargado de nieve. La señorita Dempsey se arrebujó en su bata. Luego, sin mediar palabra, se cogió del brazo del padre Angwin y los dos juntos se dirigieron hacia la rectoría. El párroco encendió su linterna para iluminar el camino, y el estanquero los siguió.

—Tengo que regresar —susurró Philly al oír las campanadas del reloj—. Nos levantamos a las cinco.

—Acaban de tocar las dos y media, supongo que en Netherhoughton todavía no se han acostado —comentó Fludd, tendiéndole la mano.

Philomena dudó un momento antes de aceptarla.

—Todavía queda noche por delante —dijo Fludd.

Bajaron por la cuesta hacia el convento. Ante ellos, el duro suelo se veía brillante y plateado debido a la escarcha. Tras ellos, los cirios que habían dejado abandonados titilaban, arrojando una claridad argentina, solar y lunar, sobrenatural y mercurial, que centelleaba en las ramas muertas, refulgía en la zanja y acababa proyectándose en los adoquines que había delante de la puerta de la iglesia. Las ventanas del convento estaban bañadas de ese resplandor, que también iluminaba la mampostería mugrienta; en lo alto de las terrazas, las luciérnagas revoloteaban a toda velocidad.

Toda mi vida hasta ahora, pensó ella, ha sido un viaje a oscuras. Pero ahora empieza otro tipo de viaje: un largo vagabundeo bajo el sol, con su luz sagrada y vivificante.

Cuando sonaron las tres, Fludd le plantó en la frente, justo bajo la marca que le dejaba la cofia blanca, un beso casto, seco. Un beso sacramental, pensó ella con los ojos cerrados. Fludd inclinó la cabeza. Ella notó cómo la punta de la lengua del vicario le rozaba los párpados.

—Philly —dijo él—, sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Sí, sé que tengo que marcharme de aquí.

—¿Y sabes que tienes que hacerlo pronto?

—Tardaré años en conseguirlo —repuso ella—. A mi hermana la pusieron de patitas en la calle, pero era una novicia. Yo ya he profesado. El asunto tendrá que pasar por el obispo. Tendrá que pasar por Roma.

Fludd se apartó de ella un momento. En cuanto sus cuerpos dejaron de tocarse, Philomena notó cómo el frío se apoderaba de ella a la vez que el valor la abandonaba. Ya no había luna; solo un único cirio de misa, colocado donde ella lo había dejado, encendido de nuevo con el mechero de Fludd. Y allí estaban las sartenes, colocadas boca abajo en el estante, las sartenes que tantas veces había tenido que fregar para la hermana Anthony; y también las jarras de té, esperando a que llegara la mañana.

Fludd se paseó por la cocina. Sus pies no hacían ruido sobre el suelo de piedra. Philomena ansiaba la luz del sol de verdad, un día de julio; ver a Fludd con claridad, saber qué aspecto tenía.

—No tienes que ir a Roma.

—Ojalá fuera verano —susurró ella.

—¿Has oído lo que te he dicho? No tienes que ir a Roma.

—Sí, tienen que eximirme de mis votos. Hay que enviar documentación. Solo el Vaticano puede hacerlo.

El verano llegará, pensó ella. Y yo seguiré aquí, esperando; porque ¿quién agilizará el proceso, si no tengo amigos? Y llegará

otro invierno, y otro verano, y luego otro invierno. Y cuando llegue el momento, ¿dónde estará él?

—No estás escuchando lo que te digo —insistió Fludd—. Dices que tienen que eximirte, y yo te digo que no. Dices que tienes unas obligaciones, y yo te digo que ninguna. ¿Qué ley crees que te retiene aquí?

—La ley de la Iglesia —respondió ella, sorprendida—. No, claro, supongo que no es ninguna ley. No como las leyes del país, al menos. Pero, padre Fludd...

—No me llames así —dijo él—. Ya sabes la verdad.

—Pero, padre Fludd, me excomulgarían.

Fludd avanzó hacia ella de nuevo. La llama del cirio creció como si hubiera tomado una bocanada de aire. Él le tocó la cara, la nuca; empezó a quitarle los alfileres del velo.

Ella se apartó, sobresaltada.

—¡No puede hacer eso! —exclamó—. ¡Oh, no! ¡No puede!

Él desistió por un momento. Y retrocedió. Su expresión era ambigua. No parecía cansado. Su vigor era extraordinario. Philomena volvió la cabeza de repente, atraída por un movimiento en la ventana. Había empezado a nevar; caían copos grandes, esponjosos, que rozaban los cristales en silencio. Se quedó mirándolos un instante.

—Fuera debe de hacer más calor. No cuajará, ¿verdad? No durará hasta el amanecer.

Y es que sabía que jamás podría ocurrirle algo tan bueno; Dios no permitiría que se despertara de un sueño inquieto a las cinco de la mañana y que, al acercarse a la ventana, viera un paisaje nuevo e irreconocible, un terreno virgen, con árboles negros y velos de novia colgados de ellos. No: la nieve sería una alucinación nocturna, un fantasma de altas horas de la madrugada. Mañana a las cinco no

habría ni sol ni nieve; echaría un vistazo por la ventana y no vería más que su propio rostro tenuemente reflejado en el cristal; pero si por alguna anomalía de la naturaleza el alba llegara antes de hora, revelaría solo el borde oscuro e hinchado de los páramos, la red de ramas cercanas y una parte del tubo del desagüe, así como los gorriones saltando por la canaleta, buscando comida. Vería el mismo mundo viejo de siempre; el mundo en el que se había visto obligada a vivir. No lo soporto, pensó; ni un día más. Se llevó las manos a la garganta; luego a las sienes y a la tela del velo; luego al cogote; y empezó a buscar los alfileres.

Fludd se los fue quitando uno a uno y los fue dejando sobre la mesa de la cocina. Pasó sus largos dedos por ambos lados de la cabeza de Philly y le levantó la opresiva cofia blanca. Ella solo había tenido las fuerzas justas para tomar la decisión, para ceder ante él; se sentía débil, floja y fría, incapaz de resistirse a nada. Él le quitó los imperdibles de la toca y los dejó sobre la mesa, junto a los alfileres. Con un simple tirón firme, soltó la cinta, le quitó la toca y la dejó en el suelo.

—Pareces un seto mal podado —observó él.

Ella notó cómo se le ruborizaba el cuello desnudo.

—Me lo corta la hermana Anthony. Una vez al mes. A todas, incluso a Prieta. Las tijeras están oxidadas, pero son las únicas que tenemos. Me habría gustado mucho tener unas propias, pero contraviene el voto de pobreza.

Fludd le pasó la mano por la cabeza. El pelo, tan corto que apenas medía unos centímetros, le crecía en todas las direcciones; aquí había un bucle descuidado, allí una zona calva, aquí un mechón rebelde que sobresalía como un brote en primavera, buscando desesperadamente la luz y el aire.

—¿Cómo lo tenías? —preguntó él.

—Castaño. Un castaño bastante corriente. Y un poco ondulado.

Por lo que pudo juzgar con tan poca luz, Fludd tuvo la impresión de que las proporciones del rostro de Philomena habían cambiado. Parecía más menuda y más dulce; sus ojos no parecían tan grandes ni tan atentos a todo, y ya no tenía esos labios contraídos de monja. Era como si la hubieran fundido y forjado de nuevo para dar forma a una mujer distinta, una que él no conocía. La besó en los labios, ya de un modo menos sacramental.

A las nueve de la mañana, McEvoy llegó a la puerta trasera con una carretilla. Agnes dio un respingo cuando oyó que llamaban a la puerta. Se limpió la espuma del lavavajillas de las manos y corrió a abrir.

—Señor McEvoy. ¿Quién se ocupa de atender su negocio?

El estanquero se quitó la gorra de cuadros con un gesto respetuoso.

—Un buen amigo —respondió.

—¿También ha traído cuerdas?

—Tengo todo lo necesario. Creo que la carretilla nos será muy útil.

—Supongo que se lo habrá contado a todo el mundo.

—De mi boca no ha salido nada sobre lo que sucedió anoche. Aunque la parroquia no tardará en enterarse.

—Las Hijas de María lo sabrán esta noche.

—Las monjas se enterarán antes, sin duda. Si el padre Fludd está dispuesto a ayudarnos, podemos volver a tener a todos los santos en sus pedestales dentro de una o dos horas —dijo con una leve sonrisa—. Cuando los sepultamos, vino bastante gente a ayudarnos. Desenterrarlos no será tan duro como sepultarlos, ¿no cree?

Para mí lo fue, pensó la señorita Dempsey.

—Llamaré al padre Fludd —dijo—. Se ha levantado como de costumbre para oficiar la misa. Ahora se está tomando un té.

En lugar de ofrecerle una taza a McEvoy, lo dejó esperando en la puerta. No había quedado ni rastro de la nieve, solo un frío brutal. Llamó a Fludd mientras iba hacia la cocina; lo oyó salir de la sala, cerrar la puerta tras él, saludar a McEvoy y salir por la puerta trasera, agradeciendo poder disponer de una carretilla. Agnes sacó el plumero del armario y entró en la sala que acababa de abandonar el vicario. Se había apresurado tanto a atender a McEvoy que se había dejado la taza de té olvidada sobre la repisa de la chimenea. Cuando fue a recogerla, se vio en el espejo ovalado. Tenía la cara pálida como la de un muerto, cansada, con los ojos enrojecidos. Pero su verruga había desaparecido.

El padre Angwin estaba sentado en el confesionario; allí se sentía seguro. Corrió la cortina de terciopelo que tapaba la rejilla y escuchó con temor los golpes y chirridos que procedían de la nave. Cuando venga el obispo, pensó, tal vez pueda refugiarme aquí. No me sacará a rastras, ¿verdad? ¿O me tratará con violencia, como los caballeros a Tomás Becket?

Su estado de ánimo oscilaba entre la angustia y el júbilo, entre el terror y la alegría. ¿Por qué tendría que venir el obispo?, pensó. Este año no habrá confirmaciones. No muestra ningún interés por nuestra parroquia. A menos que personas maliciosas como Prieta le informen de nuestro cisma, las cosas pueden seguir como están tranquilamente. Tal vez con el tiempo puede que incluso me convierta en un antipapa.

Le habría encantado que la señorita Dempsey le sirviera algún tentempié.

Cuando la puerta se abrió con un leve chirrido, el párroco salió de su ensoñación dando un respingo.

—¿Fludd?

—No. Está colocando a san Ambrosio en su sitio.

—Ah. Mi penitente.

Se oyó un leve frufrú de ropa cuando ella se arrodilló.

—¿Cómo va su tentación? —le preguntó él, temiendo la respuesta.

—Tengo una pregunta —se limitó a decir ella.

—Sí. Adelante.

—Padre, supongamos que se ha derrumbado un edificio. Y entre las ruinas ha quedado gente atrapada. ¿El párroco puede darles la absolución?

—Creo que sí. Con condiciones. Si los rescataran, tendrían que confesar sus pecados como es debido.

—Sí, ya veo. —La penitente hizo una pausa—. ¿Usted podría darme algún tipo de absolución?

—Ay, querida —dijo el padre Angwin—. Se ha pasado la noche entera fuera. Creo que de poco le serviría la absolución.

De hecho, a la señorita Dempsey no se le ocurrió llevarle un tentempié al padre Angwin porque no sabía dónde se había metido. Por eso se sentó en su habitación y se comió un caramelo de tofe. No tenía por costumbre interrumpir sus actividades durante el día. Siempre había algo que limpiar. Y si se le terminaban las ideas, siempre le quedaba la posibilidad de voltear los colchones.

Sin embargo, en esos momentos estaba sentada tranquilamente, con la mirada perdida, plegando el envoltorio dorado una y otra vez sobre sí mismo. De vez en cuando se tocaba el labio, ahora sin mácula alguna. Unos versos aparecieron en su mente:

Santa Inés, niña santa,
toda pureza;
oh, que podamos ser inmaculados,
ser puros como tú.

Luego, como solía hacer, retorció el envoltorio para formar un anillo. Lo cogió con reverencia con la mano derecha, sosteniéndolo entre el índice y el pulgar.

Prepara nuestra sangre para luchar
en lugar de tener un pecado para casarse...

Se lo puso en el dedo anular. Es digno de admiración, pensó. Uno de los mejores anillos que había hecho. Tan bonito que le daba pena tirarlo. Se lo quitó y se lo guardó en el bolsillo del delantal.

Prepara nuestra sangre para luchar
en lugar de tener un pecado para casarse,
y adelante como los mártires te llevaron
a morir como tú.

9

—Tengo la llave —susurró la hermana Anthony—. Prieta no suele desprenderse nunca de ella, pero esta mañana estaba alterada. Le ha salido una verruga —dijo la monja, tocándose la cara—. Aquí, en el labio. Bastante fea. Le ha salido de la noche a la mañana, como si fuera una seta. Cyril le ha dicho: «Madre Priepetua, hágaselo mirar, creo que es cáncer».

—¡Oh, hermana Anthony! —exclamó Philly—, ¿qué debo hacer?

—Sígueme al salón —respondió la hermana Anthony, poniéndose en marcha con el velo ondeante y azuzando a la joven como un perro pastor—. Vamos, date prisa. Pensaba que Prieta no se marcharía nunca. ¿Cómo puedo visitar a los feligreses, repetía una y otra vez, con esta excrecencia? Al final le he dicho que circulaba un cotilleo por Back Lane, sobre una mujer que se ha fugado con su inquilino. Sabía que no se resistiría ante un chisme semejante. Estará fuera toda la tarde, yendo de casa en casa.

—A las cuatro y media ya se hace de noche —dijo Philly.

—Para entonces ya habrás salido de aquí. A las cuatro y media estarás en el tren.

La hermana Anthony la hizo entrar en el salón y atrancó la puerta con la ayuda de una silla. Philomena la miraba con los ojos muy abiertos.

—No puedo ponerme esa ropa. Es muy vieja. Más vieja que yo. Algunas de esas prendas estaban ahí metidas desde antes de que yo naciera.

—¡Vaya, no puedo creerlo! —exclamó la hermana Anthony—. Pensaba que estarías preocupada por la excomunión, pero por lo visto lo único que te inquieta es ir a la moda.

—No se trata de eso. Es que todo el mundo se fijará en mí.

—Tonterías. Te transformaré para que nadie te reconozca.

—No temo que me reconozcan. Lo que temo es que los niños me griten improperios y me persigan por la calle.

—Bueno, ¿y qué prefieres? —preguntó la anciana—. No puedo acompañarte a la tienda de la cooperativa para que te compres ropa nueva. Incluso si le pidieras alguna prenda a Agnes Dempsey, o si se la robaras, sus faldas te quedarían por encima de los muslos. Tú eres muy alta, y ella es bajita y rechoncha.

La hermana Anthony se encorvó sobre el arcón y metió la llave en la cerradura.

—¡Vamos, maldito! —exclamó—. ¡Vamos, mecanismo ingrato! —añadió apretando los dientes; siguió maldiciendo hasta que la cerradura cedió y pudo abrir la tapa—. Vamos a ver... —dijo con aire especulativo.

—No debería estar haciendo esto por mí —musitó Philly.

—Tonterías —le espetó la hermana Anthony con desdén—. Ya soy vieja. ¿Qué podrían hacerme? Trasladarme a otro convento, supongo. Pues mira, la verdad es que no estaría mal salir de aquí. No me importaría que me mandaran a una misión africana. Preferiría vivir en una colonia de leprosos que pasar un año más con Prieta. —Se inclinó sobre el arcón y revolvió su contenido—. Ah, por cierto, hablando de Agnes Dempsey, ha dejado este sobre para ti. —Se lo sacó del bolsillo—. No sé qué contiene. Espero que sea un billete de diez chelines. No puedo sisar más de media corona del dinero para los gastos del convento sin que Prieta me acuse de habérmelo gastado apostando en las carreras de caballos.

Philly se sentía como una niña a punto de marcharse de vacaciones. O de que la vistieran para ir a visitar a unos parientes lejanos. Era como marcharse de casa por primera vez.

Pero no podré volver, pensó. No conozco más que granjas, conventos y la casa de mi madre. Ningún convento del mundo me aceptará, a partir de hoy. Incluso un granjero me echaría de su casa; un granjero católico, quiero decir. Mi madre me escupiría por la calle. Y mi hermana Kathleen ni siquiera se dignaría a darme la hora.

Aceptó el sobre que le tendía la hermana Anthony. Algo tintineó en su interior cuando lo agitó. Bueno, algo se movió, pero sin tintinear. Lo abrió con cuidado; las monjas no desperdician nada. Incluso un sobre puede reutilizarse, en ocasiones.

El anillo de la señorita Dempsey cayó rodando sobre la palma de su mano.

—¡Ay, sí! —exclamó la hermana Anthony—. Qué oportuno. Necesitarás un anillo.

—Debe de estar chiflada —dijo la hermana Philomena.

Había dejado el hábito colgado en una de las sillas del salón; plegado, porque le sabía mal dejarlo allí tirado de cualquier manera. Desvistiéndose frente a la hermana Anthony, estaba segura de haber cometido diez o doce pecados contra la modestia. El mero hecho de quitarse la ropa estando sola podía constituir un pecado contra la modestia, si no se hacía del modo adecuado. Cuando se había unido a la Orden, había aprendido a desvestirse como una religiosa; a dejar caer por encima de la cabeza el toldo de lino de su camisón y retorcerse debajo para quitarse la ropa que había llevado durante el día. De un modo parecido, había aprendido a bañarse con ropa interior.

—¿Qué hará con mi hábito?

—Me desharé de él a mi manera.

En esos momentos, la hermana Anthony sintió más compasión que nunca por ella. Sin la túnica oscura y sin las capas de enaguas, temblando de pie en el salón con la chimenea apagada y con sus largas bragas de lino, se la veía larguirucha; no parecía aquella joven rural y curtida que estaban acostumbradas a ver. Estaba de pie, con los brazos cruzados frente a los pechos, en una pose que era a la vez pintoresca y desmañada: a punto de irse sabe Dios adónde.

—¿Twilfit o Excelsior? —preguntó la hermana Anthony.

—Ay, no, no puedo. No podría ponerme un corsé. No he llevado corsé en mi vida.

La hermana Anthony se quedó de piedra.

—¿Es que los corsés todavía no han llegado a Irlanda?

—No sabría ni cómo abrochármelo. ¿Y si tengo que ir al baño?

—Algo tendrás que ponerte, digo yo —comentó la hermana Anthony mientras seguía revolviendo las prendas del arcón—. Pruébate este corpiño. Vamos, arriba esos ánimos.

Por más que lo intentaba, no conseguía que la chica se diera prisa en vestirse. Parecía tomárselo como un juego.

—O te pones mi conjunto de seda —dijo la hermana Anthony— o tendrás que ir en bragas, tú misma. —La monja se incorporó—. Mira, no es demasiado tarde, ¿sabes? —añadió, señalando hacia el hábito que había quedado plegado sobre la silla—. Puedes volver a ponerte eso, ir a ver al padre Angwin y pedirle la absolución, cumplir con la penitencia que te imponga y olvidarte de todo este asunto.

Philly se volvió para mirarla con unos ojos grandes y llenos de dulzura. Entonces ella también se inclinó sobre el arcón, como si se hubiera desmayado. Se levantó de nuevo con los brazos repletos de ropa.

—Lo que sea —susurró—. Cualquier cosa servirá. No puedo quedarme aquí. Prieta se acabaría enterando. Me lo vería en la cara. Preferiría acabar como santa Felicidad, devorada por las bestias en el circo.

Al final, la hermana Anthony consiguió que se vistiera. El traje de sarga azul parecía la mejor opción, puesto que era el más cálido; al parecer, nadie había entrado en el convento con abrigo. Cuando Philly se puso el traje, la falda le llegaba casi a los tobillos, y la amplia cintura no se ajustaba en absoluto a su complexión delgada. La chaqueta también le quedaba grande.

—Ojalá no hiciera tan mal tiempo, podrías ponerte mi sombrero de paja —dijo la hermana Anthony—. Con esa cinta azul tan bonita. Recuerdo que me lo compré el verano antes de llegar aquí. —Lo sostuvo un momento con una mano y alisó la cinta con sus dedos rechonchos y pálidos como la harina; luego, con un gesto enérgico y súbito, lo lanzó para que aterrizara girando dentro del arcón. Había sacado también un pañuelo para la cabeza de un tejido de lana áspero, una especie de sucedáneo del tartán, verde lima y granate —. Esto servirá para cubrir un buen número de pecados. —Era la clase de prendas que usaban las mujeres en Fetherhoughton; quizá una Hija de María se lo había dejado tras una reunión y la hermana lo había guardado allí.

Los zapatos eran un problema. Philly pudo meter los dedos a presión en el elegante par de tacones azul marino, pero caminar con ellos ya era otra historia. Se paseó tambaleándose por el salón, haciendo muecas y lamentándose.

—Oh, Dios —dijo—. Nunca había llevado tacones altos. ¡Oh, cómo aprietan! —exclamó, deteniéndose—. Supongo que podría ofrecerlo

como sacrificio.

—En realidad no —repuso la hermana Anthony—. Ya no. No tiene sentido que ofrezcas nada como sacrificio, ¿no crees?

Philomena se aferró al respaldo de una silla.

—¿Estoy condenada, hermana Anthony?

—Yo diría que sí —respondió la monja con desenfado—. Vamos, déjame ver cómo caminas por la habitación.

Philomena se mordió el labio inferior. Empezó a andar, extendiendo los brazos para equilibrarse, como una funambulista sobre la cuerda floja.

—Ay, qué risa —dijo la hermana Anthony, conteniéndose—. Si te pones esos zapatos acabarás en urgencias. Iré corriendo a la escuela y te traeré un par de zapatillas de gimnasia.

Philomena asintió. Le pareció que tenía sentido.

—Que sean de pies distintos. No me traiga dos pies izquierdos.

—Y si te esperas un minuto más, pasaré por la cocina y te prepararé un paquete con provisiones para el viaje.

—Oh, no, hermana Anthony. No, por favor, no se moleste. Solo voy a Mánchester.

El rostro de la hermana Anthony decía, «no sabes dónde acabarás yendo»; y también «¿qué importa si el pan se pone un poco duro? Piensa en los faraones, en las merendolas que quedaron eternamente selladas en sus tumbas».

—Siéntate, hermana. Descansa los tobillos.

Philly obedeció; luego se puso a llorar. Había resistido hasta ese momento, pero no pudo más cuando la anciana la llamó «hermana». Pronto nadie volvería a dirigirse a ella de ese modo.

Anthony se la quedó mirando con aire pensativo. Luego se sacó un pañuelo limpio y bien doblado del bolsillo y se lo tendió.

—Quédatelo. Sé que nunca has tenido un pañuelo propio —le dijo a pesar de que, estrictamente hablando, no se lo podía dar. Al fin y al cabo, era una propiedad común que la Orden le había cedido para que pudiera utilizarla de forma temporal—. Por cierto, ¿cómo te llamabas? Quiero decir antes de entrar en el noviciado.

La hermana Philomena se sorbió la nariz.

—Roisin —respondió, secándose los ojos—. Roisin O'Halloran.

La hermana Anthony había dicho: espera hasta el anochecer. Y ahora Roisin O'Halloran estaba huyendo como un animal por los campos a oscuras. En ese instante sobrecogedor, justo antes de que Anthony le abriera la puerta trasera, mientras esperaba con la maleta Gladstone en la mano, como un corredor en su marca, oyó un leve chasquido procedente del pasillo. Resultaron ser Polycarp, Cyril y Ignatius Loyola; las cuentas de sus rosarios tintineaban mientras avanzaban, haciendo un ruido parecido a un rechinar de dientes.

Roisin echó a correr; pero cuando tomó el camino hacia los huertos, se detuvo y miró atrás mientras recobraba un poco el aliento. En el reloj de la iglesia sonaron las cuatro. Las vio a las tres apiñadas en una ventana abierta del piso de arriba. Quiso agazaparse tras los matorrales, entre los charcos, pero entonces vio que agitaban los pañuelos arriba y abajo, con un movimiento curiosamente calmado y formal.

Se dio la vuelta del todo, aferrándose a la maleta con las dos manos; una figura delgada, desaliñada y vestida con ropa extraña. Levantó la mirada hacia el convento, hacia sus numerosas ventanitas, hacia la piedra ennegrecida por el humo; por encima vio el tejado de pizarra de la iglesia, empapado por la humedad del aire,

y más allá las terrazas sombrías, cubiertas de hojas resbaladizas, la jungla del norte. Los ventanales de las fábricas de Fetherhoughton estaban iluminados; el humo de las altas chimeneas se perdía en el cielo cada vez más oscuro, pero las calderas de las fábricas estaban encendidas y parecían desganados adornos luminosos de final de año. Levantó una mano y la agitó para despedirse de ellas. Los pañuelos siguieron moviéndose arriba y abajo. Unas voces llegaron hasta sus oídos.

—Mándanos una epístola —dijo Polycarp.

—Mándanos un paquete con comida —dijo Cyril.

—Mándanos... —dijo Ignatius Loyola.

Philly nunca llegó a saber qué quería la hermana Ignatius, porque se había dado la vuelta de nuevo y había reemprendido la marcha con decisión, dirigiéndose hacia el primer portillo. Cuando se volvió una vez más, las hermanas seguían allí, pero ya no podía oírlas; los pañuelos y los rostros se habían vuelto indistinguibles entre la penumbra.

Roisin O'Halloran huyó como un animal asustado por los campos a oscuras; desde un punto estratégico de Back Lane, la madre Priepetua la observaba con atención.

En la rectoría, sonó el teléfono.

—El obispo querría hablar con el párroco —susurró un esbirro al otro lado de la línea.

—Un momento —dijo Agnes Dempsey. Dejó el auricular sobre la mesa del vestíbulo, recorrió el pasillo y llamó a la puerta del salón—. Es el obispo —dijo—. ¿Quiere que vaya a buscar al padre Fludd para que se encargue de hablar con él?

El padre Angwin levantó las manos y las colocó como un pianista sobre las teclas; luego las dejó caer sobre los reposabrazos de su butaca y se levantó de un brinco.

—No —respondió—. El responsable soy yo. —Abrió la puerta y lanzó una mirada rápida por el pasillo, como si el obispo pudiera estar acechando entre las sombras—. ¿Dónde está el padre Fludd?

—En su cuarto. Creo que lo he oído subir.

—Yo creía haberlo oído bajar. Bueno, las dos cosas son posibles —sentenció. Y además al mismo tiempo, pensó.

Agnes se quedó al lado del padre cuando este cogió el auricular. En cualquier otro momento se habría retirado a la cocina, pero ahora se había vuelto más atrevida; una sonrisa asomaba con frecuencia en las comisuras de sus labios, como si hubiera visto u oído algo gratificante.

El padre Angwin sostuvo el auricular bastante separado de la oreja. Durante un rato se limitó a escuchar la perorata del obispo. Agnes captó alguna que otra frase suelta: «algo de tipo social para el público más joven... los monaguillos... un baile, como creo que suelen llamarlo nuestros amigos americanos».

—No lo sabe —le susurró el padre a Agnes, tapando el auricular—. Todavía no lo sabe.

—La madre Priepetua ha subido a Upstreet —respondió Agnes, también en susurros—. Es posible que vaya a correos y llame al obispo desde allí. La hermana Polycarp ha dicho que se ha llevado monedas. Y nunca compra nada, ¿para qué las querrá, si no?

—Es mi enemiga mortal —susurró el padre Angwin—. No me extrañaría nada —añadió, y a continuación se dirigió al obispo—. Aidan, me preguntaba si podría ayudarme a resolver una duda que me ha planteado un parroquiano.

Se produjo una pausa glacial en la línea; la señorita Dempsey se preguntó por qué el padre había utilizado el nombre de pila del obispo, puesto que nunca había oído que se dirigiera a él de ese modo. Le pareció significativo que el padre utilizara un tono tan enigmáticamente jocoso.

—Es sobre un amigo suyo, un médico —prosiguió Angwin—. Resulta que el médico en cuestión tiene unos huesos que adquirió mientras estudiaba la carrera en un país protestante. Puede que fuera en Alemania, porque mi parroquiano tiene otro amigo, un huno ansioso por confesarse pero que no habla inglés, y no sé si debería conseguirle un intérprete o debería solucionarlo de otro modo.

La señorita Dempsey aguzó el oído. Al parecer, el obispo no respondió, o lo hizo en voz muy baja.

—No, no hay prisa —dijo el padre—, piénselo con calma, es un tema interesante. De verdad, Aidan, le parecerá increíble, pero empiezo a toparme con los problemas más extraños que se pueda imaginar, son cuestiones a las que no había tenido que enfrentarme en los cuarenta años que llevo siendo párroco. También hay ciertas confusiones menores en Fetherhoughton sobre lo que prescribe la Iglesia para el ayuno de la Cuaresma, y nos preguntábamos, dada su gran experiencia en estas lides, qué nos recomendaría al respecto.

Se produjo una larga pausa; el obispo respondió en un tono desprovisto de su fuego habitual.

—Vamos a ver... —empezó a decir.

La señorita Dempsey no pudo oír las siguientes palabras. Luego oyó, «... solo estaba haciendo mi trabajo. El deber de la obediencia. Fue una tarea que me encomendaron... yo entonces era joven...».

El padre Angwin se acercó más el auricular con una sonrisa.

—Los tiempos cambian —seguía diciendo el obispo—, no hay motivos para avergonzarse...

—Pero usted se avergüenza, ¿no? —preguntó el padre Angwin—. Porque, hombre, si esto saliera a la luz y dos o tres obispos modernos llegaran a enterarse del asunto, usted perdería toda su credibilidad.

—Iré a verle, Angwin, un día de esta semana. Cuente con ello.

—Y yo le estaré esperando —murmuró el párroco mientras colgaba el auricular—. Me comeré su hígado sobre una tostada. Agnes, adviértaselo a Fludd.

—¿Que se lo advierta? —preguntó ella, sorprendida por aquella palabra tan perentoria.

—Sí. Adviértale que el obispo puede presentarse en cualquier momento.

—¿Cómo quiere que se lo advierta? —preguntó Agnes con cautela.

—Puede llamarlo desde la escalera.

—¿No hace falta que suba?

—Con llamarlo bastará.

—Sí. No es necesario molestarlo llamando a su puerta.

—Es que igual está rezando.

—No querría interrumpirle.

Se miraron.

—No estoy del todo segura de que haya subido —dijo la señorita Dempsey.

—O bajado.

—Es de suponer que está ahí arriba.

—Me parece una suposición lógica. Es lo que pensaría un hombre sensato.

—O una mujer —replicó la señorita Dempsey mientras avanzaba hasta el pie de la escalera, desde donde llamó en voz baja—. ¿Padre

Fludd?

—No espere que le responda —dijo Angwin.

—Él no interrumpiría sus rezos.

—Pero podemos suponer que la ha oído.

No obstante, los dos sabían que el piso de arriba estaba vacío; de hecho, jamás habían sabido nada con tanta seguridad. Las cenizas crepitaban levemente tras la rejilla de la chimenea; en las paredes, los Cristos retorcidos continuaban agonizando; en los terrenos de la iglesia, las hojas amarillas flotaban en el aire cada vez más oscuro, las aves se agolpaban en los árboles de las terrazas y las lombrices avanzaban con su movimiento sinuoso.

—¿Quiere que ponga agua a hervir? —preguntó Agnes.

—No, me tomaré un vaso de whisky y leeré un libro que me ha prestado una parroquiana.

«Que me ha legado», estuvo a punto de decir, pero se mordió la lengua a tiempo. La señorita Dempsey asintió. Fludd está rezando en su habitación, por supuesto. Philomena está en el convento, por supuesto, barriendo el pasillo de la cocina bajo la supervisión de la hermana Anthony. Todo el mundo está donde debería estar; o podemos conspirar y fingir que así es. ¿Y Dios está en el cielo? No me extrañaría nada, pensó el padre Angwin.

Se sentó con el libro y le echó un vistazo; la cubierta raída, amarilla tirando a marrón, estaba manchada. *Fe y moral para el hogar católico: dudas frecuentes.* Publicado en Dublín, 1945. *Nihil obstat*: Patrilius Dargan. También estaba el imprimátur del arzobispo de Dublín en persona, con una pequeña cruz impresa junto a su nombre.

Philomena lo sacaba todo de aquí, pensó Angwin, todas las dudas que mencionó durante nuestras conversaciones: menudo tesoro de escrúpulos, menuda colección de principios conservadores. Aquí está, la vieja fe al completo; la vieja fe de siempre, sin margen para las dudas o las discrepancias. Las reglas del ayuno y la abstinencia, sin ninguna referencia a bailes o guateques. Diatribas contra los pensamientos impuros, sin aportar precisiones relevantes. Y justo allí, en el lomo maltrecho, constaba el nombre del editor que lo había supervisado, ni más ni menos que el reverendo (su título por aquel entonces) Aidan Raphael Croucher, doctor en Teología: el obispo en persona.

Me lo guardaré bajo la almohada, decidió el padre Angwin; me dará para burlarme de él durante años. Podré enjuiciar a ese tipo por las opiniones que tuvo; le plantearé una pregunta tras otra, introduciéndolas en la conversación como si nada, hasta que mi presencia le provoque un terror absoluto. «¿Se puede utilizar manteca para la repostería, o solo está permitida para freír pescado?». Ese hombre se convirtió en obispo a base de hacer preguntas como esas. Ninguno de nosotros puede saber adónde llegaremos; pero algunos ni siquiera recordamos cómo empezamos.

Pregunta: «¿Por qué está permitido leer la buenaventura en los mercadillos benéficos que organizan los católicos?». Respuesta: La práctica no debe incentivarse, hay muchos entretenimientos más saludables por los que podría sustituirse. Pregunta: «¿Es correcto que la Iglesia católica pase el cepillo durante las misas dominicales de Cuaresma?». Siempre es correcto, a veces es aconsejable y con frecuencia es necesario.

Sabía que Philomena lo llevaba escrito en alguna parte, se dijo el padre para sus adentros. Sospechaba que tenía todas las respuestas. Había un nombre escrito a lápiz en la guarda, con letra

redondeada de colegiala: *Dymphna O'Halloran.* Seguro que fue lo único que Philomena trajo desde Irlanda, pensó Angwin; y yo que creía que sería uno de los libros del convento. Esto es lo único que trajo de Irlanda y ahora me lo ha legado a mí. Hojeó el volumen hacia atrás hasta llegar al prefacio. «La revelación divina, así como dos mil años de experiencia, han convertido a la Iglesia en una maestra incomparable en cuestiones de conducta humana. No hay forma de vida, actividad personal ni ocasión privada o pública sobre la que Nuestra Santa Madre no pueda proporcionarnos alguna enseñanza, animarnos o advertirnos, desde el profundo conocimiento que tiene de la mente y del corazón humanos, y sus extrañas formas de actuación».

Dos mil años de experiencia, se dijo el padre Angwin. Pensarlo impresiona. Buscó a ciegas su vaso de whisky. Lo envolvió con los dedos y se lo llevó a los labios. Tomó un sorbo y lo sostuvo frente a la luz con los ojos entrecerrados, para observarlo bien. Tenía el aspecto, el color y las propiedades externas del whisky, pero no lo era; era agua. Oh, Fludd, pensó, aprendiz de brujo, esta vez te has equivocado. Has obrado un milagro al revés. Has extinguido el fuego celestial, has tomado lo divino y lo has transformado en algo meramente humano, has intercambiado el espíritu por la carne húmeda y cálida.

Mientras tanto, Perpetua corría campo a través. La atraparé en la estación, pensaba. No se detuvo a pensar en la imagen que ofrecía galopando y jadeando, con el hábito recogido entre los puños para impedir que tocara el suelo, con los zapatos de cordones desgastados y un agujero en las medias, con el crucifijo anudado al cuello rebotando sobre el lugar en el que las laicas tenían los

pechos. Corría medio agazapada, deteniéndose de vez en cuando para erguir la espalda, masajearse las costillas y avistar a su presa. Se paraba sobre cada portillo para examinar el terreno. En esos momentos no veía a la bestia; pero la acorralaré en el andén, pensó Prieta.

Mientras corría, tuvo tiempo de fijarse en la cinta blanca que se agitaba y serpenteaba con el viento, atada a un poste; mientras seguía corriendo, pensó que le sonaba de algo, que tenía algo levemente eclesiástico, algo que la instaba a detenerse y arrodillarse. Pero se resistió a ese impulso. La atraparé en el andén, pensaba, y la arrastraré por Upstreet a la vista de todos, y antes de que caiga la noche le habré quitado esa ropa y la habré encerrado en su celda, donde tendrá que esperar hasta que llegue el obispo, y luego veremos, ya veremos entonces qué hacemos con esa degenerada.

El corazón le latía con fuerza, le rugía en los oídos bajo los pliegues del velo. Estaba segura de que la atraparía; le faltaba poco para llegar al camino de la estación. Cuando giró para seguir cuesta abajo, la noche parecía cernerse sobre los huertos que quedaban a su espalda, y una oscuridad ondulante descendía sobre el paisaje, procedente de los páramos. Desde los gallineros brillaba un solo punto de luz: bien podría ser la punta de un cigarrillo encendido.

Casi había llegado al camino de la estación cuando una figura emergió de entre los matorrales, se plantó frente a ella y le cerró el paso. Perpetua se detuvo y se quedó mirándola con los ojos desorbitados. Era una figura que conocía bien; sin embargo, estaba cambiada, había sufrido una transformación que le heló la sangre.

—¡Oh, es horrible! —exclamó la madre Prieta al verse interceptada cuando estaba a punto de salvar el último portillo.

Roisin O'Halloran esperaba en el andén con la maleta Gladstone frente al pecho; preparada, como si creyera que el tren iba a llegar en cualquier momento. Clavó la mirada en la vía. El pañuelo de tartán ondeaba exageradamente en su cabeza, y sus manos desnudas, salvo por el anillo de papel, se habían quedado azuladas por el frío.

El tren debía atravesar los páramos, pero ¿y si había nevado en Sheffield ese día? ¿Y si Woodhead había quedado bloqueado y se avecinaba una tormenta de nieve? Saldrían las máquinas quitanieves. Se helarían los cambios de agujas. Las ovejas morirían, sepultadas en los páramos. Hombres ataviados con bufandas y botas con clavos, con el bigote cubierto de escarcha, saldrían armados con palas para desenterrar a la gente. Se vio a sí misma acurrucada en la sala de espera, sentada en el banco en el que los netherhoughtonianos habían grabado sus runas; se imaginó la voz del jefe de estación, «Esta noche no saldrán trenes».

No llevaba reloj. No sabía a qué hora se suponía que pasaría el tren. Se había comprado el billete con la cabeza gacha, impostando la voz. Era como un paquete, pensó, un paquete que llevaba la dirección escrita pero que no había llegado a enviarse. Había notado la mirada del revisor clavada en su espalda. No se había atrevido a preguntarle, ¿a qué hora vendrá el tren? Había esperado ver algún rótulo que lo anunciara públicamente. Pero en caso de que hubieran puesto uno, sin duda la gente de Netherhoughton habría acudido de noche para arrancarlo.

Entre la timidez, la confusión y la prisa, no le había preguntado al padre Fludd a qué hora llegaría el tren que la llevaría a su destino. Solo le había oído decir, «Yo te seguiré. Cuando llegues al final del trayecto, espera en la sala de equipajes. No te fíes de nadie». Se le

pasó por la cabeza que ese hombre, ese falso párroco, el impostor con el que muy pronto se embarcaría en aquel acto aterrador, era un misterio en el que apenas se atrevía a pensar, un hombre al que no conocía realmente. Tampoco conozco a Dios, pensó. Pero siempre he tenido fe en Él.

Roisin O'Halloran dejó la maleta en el suelo y se frotó las manos para activar la circulación de la sangre. Le vino a la mente una pregunta: «Hace unos años intenté ir a una ciudad en tren. Me topé con un hombre que tenía un billete para el mismo trayecto, pero que cambió de opinión y decidió no viajar. Me lo dio a mí y yo viajé con su billete. ¿Fue una injusticia para la compañía ferroviaria?».

¿Cuál era la respuesta? Frunció el ceño mientras intentaba recordarla; desviando sus vertiginosos pensamientos hacia cualquier cosa que no fuera el asunto que tenía entre manos. «No hubo ninguna injusticia. Las compañías ferroviarias no reclaman ninguna identificación personal. Les basta con que cada viajero tenga el billete requerido para el viaje».

El andén, por alguna dispensa misericordiosa, estaba desierto cuando había llegado, aunque en ese momento vio, con el rabillo del ojo, que había llegado también un hombre. Este se quedó de pie tras ella, un poco apartado. Roisin encorvó los hombros dentro de la chaqueta azul marino y se tapó un poco más la cabeza con el pañuelo. Por favor, que sea un protestante, rezó, alguien que no me conozca. Luego pensó, ¿qué sentido tiene rezar por algo así? O, ya puestos, ¿qué sentido tenía rezar por cualquier cosa?

Ese hombre, pensó, debe de estar observando con curiosidad la extraña pinta que tengo. Sintió un escalofrío en la nuca, casi como si el recién llegado fuera Fludd. Empezó a volver la cabeza, lentamente, pero de forma inexorable, como si actuara sobre ella algún tipo de atracción magnética.

Y sí, en efecto, el hombre la estaba observando con mucha atención. Sus miradas se encontraron; sorprendida, desvió los ojos como si hubiera visto un cadáver sobre las vías.

Puesto que el hombre era el señor McEvoy, era imposible que no la hubiera reconocido; sin embargo, no dijo nada. Philly notó que el viento atravesaba su chaqueta y le calaba los huesos; se colaba bajo su falda y se arremolinaba alrededor de sus piernas. Ella bajó la mirada y la mantuvo clavada en sus zapatillas de gimnasia; una para el pie derecho y otra para el izquierdo.

Al fin vio llegar el tren, un punto en la lejanía, tan tenue en la creciente oscuridad que apenas podía estar segura de que realmente estuviera allí. Durante unos segundos, pareció como si se hubiera detenido de un modo absurdo, sin avanzar ni retroceder; luego, al ver que cada vez se acercaba más, Roisin se aproximó al borde del andén y levantó la cabeza. El resplandor anaranjado de las farolas de la estación iluminó su rostro.

El señor McEvoy se puso a su altura cuando el tren entró en la estación. Ella temblaba de pies a cabeza.

—¿Hermana? —dijo él en voz baja, ofreciéndole el brazo. Ella aceptó su ayuda a regañadientes, aunque se le pasó por la cabeza la posibilidad de esquivarlo. El señor McEvoy le abrió la puerta del vagón—. No se alarme —añadió—. Solo voy hasta Dinting, serán pocas paradas. Fingiré que no la conozco. Soy la discreción personificada.

—Entonces váyase —le siseó ella—. Déjeme en paz.

—Solo quería ayudarla —dijo McEvoy—. Alguien tiene que subirle la maleta y asegurarse de que se sienta en el sentido de la marcha. Y ya sabe lo que dicen, hermana. Más vale malo conocido...

Con una sonrisa afectada, el señor McEvoy colocó la maleta en el portaequipajes. Se oyó un portazo. Un empleado del ferrocarril lanzó

un grito rudimentario, salvaje. Se agitaron unas banderas. Y al cabo de un momento partieron, traqueteando por las vías hacia Mánchester, hacia su desfloración, hacia el hotel Royal and Northwestern.

10

El hotel Royal and Northwestern había sido diseñado por un discípulo de sir Gilbert Scott en un momento de despiste, y cuando Roisin O'Halloran entró por el portal tuvo la incómoda sensación de sentirse como en casa. Se volvió hacia su acompañante.

—Es como la iglesia —susurró.

El vestíbulo era de una frialdad marmórea. Tras un mostrador de caoba, extrañamente tallado y con las proporciones de un altar, había un individuo de rostro cetrino, con los labios pálidos y las mejillas hundidas de un intrigante vaticano; el tipo sacó un volumen imponente, una especie de Biblia encadenada, y con un dedo pálido y grueso indicó el lugar en el que Fludd tenía que estampar su rúbrica. Una vez resuelto eso, el individuo contempló la firma con el ceño fruncido y luego esbozó una sonrisa invernal, como la de un mártir cuyo verdugo acaba de soltar un chiste.

—Tenemos una habitación muy tranquila para usted, doctor —dijo.

Doctor, pensó Roisin. O sea, que recurres a tus viejos trucos. Fludd la miró y esbozó una leve sonrisa, aunque más alegre que la del recepcionista. Este procedió a abrir un gran cajón, como si fuera un baúl para vestiduras litúrgicas, y buscó entre las llaves; sacó una y se la ofreció a los huéspedes. De ese modo, con la misma cautela, san Pedro elige una llave para una de las puertas más anodinas del cielo y se la entrega a uno de los elegidos que acaba de llegar.

—No es que sean muy amables —susurró ella mientras se dirigían al ascensor. No obstante, se dijo a sí misma, tal vez no tenga nada

que ver con nosotros, tal vez los recepcionistas de hotel simplemente son así. Pensó en la señora Monaghan, del hotel Monaghan, que se quejaba cada vez que tenía que cederle la habitación trasera a un viajante de comercio. Dymphna solía lavar platos en el hotel Monaghan; y más adelante, decían las malas lenguas, incluso ofrecía sus servicios en el salón del bar.

Al pensar en ello, a Roisin O'Halloran se le encendieron las mejillas. Luego se dio cuenta de algo más evidente.

—¿Es por mí? —le preguntó en silencio a Fludd—. ¿Es porque tengo un aspecto raro?

La reja de hierro del ascensor retumbó tras ellos, atrapándolos en el interior del cubículo. La mano de Fludd cogió la fría mano de Philly. Con una sacudida, la maquinaria empezó a moverse, y una fuerza invisible los impulsó hacia arriba por las tripas del edificio. En las zonas oscuras del ascenso, mientras pasaban por los distintos pisos, ella creyó ver por un momento, más allá de los barrotes, el rostro de Perpetua; era como una máscara furiosa, una especie de rostro mutilado; con un resoplido de celos y rabia, aquella visión extendió unas manos que parecían garras y metió los dedos entre el entramado metálico.

En la habitación había un guardarropa. Eso le pareció una novedad. En su casa solo disponía de una cajonera y un armarito viejo y mohoso empotrado en la pared. En el convento... bueno, en el convento esa clase de cosas no eran necesarias.

—¿Vas a deshacer la maleta? —preguntó Fludd—. ¿Tienes que colgar algo?

—Podría colgar mi disfraz si me lo quitara —dijo ella, mirando complacida a su alrededor—. O podría colgar mi vestido. He traído

un vestido. Era de la hermana Polycarp. Es de cuello marinero. Seguro que nunca has visto un vestido como ese.

Fludd se dio la vuelta. Roisin era una tentación dolorosa, aguda y severa; al verla allí en esos momentos, en una habitación cálida y amueblada, le pareció que brillaba con dulzura y esperanza. Nunca había formado parte de sus planes; ninguna mujer, de hecho, ningún vínculo carnal de ningún tipo. Había oído hablar de la *soror mystica*, la mujer que acompaña al hombre en su trabajo; pero él siempre había visto a las mujeres como sanguijuelas del conocimiento, zapadoras de la erudición. Aun así, pensó: otros tiempos, otras costumbres.

Otros tiempos, otras costumbres. Philomena se quitó la chaqueta. La dobló y la dejó sobre la cama. La habitación era cavernosa, sofocante; una gran máquina, oculta bajo el suelo, emitía calor. La cama estaba hecha, y las sábanas eran blancas y rígidas; el edredón era mullido y de color púrpura, brillante y sedoso, una colcha digna de un enviado papal. En la pared, florecían unas rosas de color azul que parecían repollos, y el espacio blanco que había entre ellas estaba teñido de un tono amarillento causado por el humo del tabaco de los huéspedes anteriores. Había un lavamanos en un rincón, tras una mampara; encima había una pastilla de jabón verde y al lado, una toalla blanca que llevaba bordadas en color escarlata las floridas iniciales del hotel.

—¿Tengo que quitarme también el resto de la ropa? —preguntó la joven.

Cuando Roisin O'Halloran se tendió por fin en la cama, con el cuerpo desnudo y rígido envuelto en el frío abrazo de las sábanas, solo podía pensar en lo inepta que era, en cuán fácilmente podrían

haberse torcido las cosas. Cuando se había reunido con ella en la estación de Mánchester, Fludd llevaba puesto un traje de tweed, por eso al bajar del tren procedente de Fetherhoughton ella no lo había reconocido, porque buscaba un negro clerical. No se lo había dicho, como tampoco le había confesado el pánico que había sentido justo antes de que él corriera a su encuentro y la besara en la mejilla mientras le cogía la maleta de la mano. Aquel error parecía haber añadido una dimensión más a su estupidez; ¿había existido alguna otra mujer en la historia del mundo que hubiera huido con un hombre al que ni siquiera era capaz de reconocer?

Fludd empezó a desvestirse pudorosamente, dándole la espalda. Ella se fijó en cómo se quitaba el pañuelo del bolsillo y lo dejaba sobre el tocador, como un nido blanco, para luego poner en él las monedas que llevaba en el bolsillo. Philly pensó, estoy viendo lo que otras mujeres ven cada día. Luego Fludd le hizo un gesto, mostrando el torso blanco, translúcido como la túnica de un santo, para que ella retirara la colcha y apagara la lámpara. Reducido a una tenue silueta, se quitó el resto de la ropa, que cayó al suelo, junto a la de ella. Y deslizándose sobre la alfombra sin hacer ruido, se metió en la cama.

Cuando ella extendió los brazos para acoger el cuerpo de Fludd, tuvo la sensación de no estar atrapando más que aire. Con los ojos muy abiertos y los labios apretados por miedo al dolor, se recostó en la almohada con el cuello estirado. Volvió la cabeza y se quedó mirando hacia la cortina, la pared y las sombras que se movían por ella. Cualquier posesión es una pérdida, dijo Fludd. Pero del mismo modo, cualquier pérdida es una posesión.

Más tarde, mientras ella dormía con la cabeza mal rapada hundida en la almohada de plumas, Fludd salió de la cama y se dedicó a contemplarla, dejándose llevar por los sonidos de la noche en la

ciudad. Oyó los cambios de vía y las llamadas de los trenes, los pasos de los porteros nocturnos en las escaleras, el canto de un borracho en St Peter's Square; oyó la respiración entrecortada procedente de un centenar de habitaciones, el parloteo en morse de los barcos en el mar, el crujido y el chirrido del eje de la Tierra mientras los ángeles daban vueltas a su alrededor. Se echó agua en la cara y se la frotó con la toalla blanca; luego se metió en la cama de nuevo, junto a ella, y se quedó dormido nada más cerrar los ojos, abrumado por el poder de sus sueños.

Al día siguiente, Roisin O'Halloran no quiso salir de la habitación. Se avergonzaba de su ropa; y también de su pelo, sin el pañuelo a cuadros. Fludd dijo que la llevaría a unos grandes almacenes para que pudiera comprarse ropa más moderna, pero ella no se veía capaz de enfrentarse a una vendedora; pensaba que la engañarían, que le sacarían el dinero y saldría hecha un esperpento.

Durante muchos años ni siquiera había pensado en su cuerpo; y parecía que su cuerpo, enfundado en el hábito, hubiera desarrollado una forma de vida secreta. Ponías un pie delante del otro y así era como caminabas. Tanto si te contoneabas como si arrastrabas los pies, el hábito ocultaba tus andares. Ibas tirando lo mejor que podías; sin embargo, en esos momentos tenía que estudiar sus movimientos. La noche anterior, por los pasillos del hotel, se había fijado en otras mujeres, que caminaban con la ligereza de un pájaro. Avanzaban con energía, con una tensión contenida, y sus ojos sonreían bajo unas cejas pintadas; en la nave catedralicia del vestíbulo, se ponían los guantes con pequeños tirones en los dedos. Abrían el bolso de repente, rebuscaban en el interior y sacaban pequeños pañuelos y polveras.

—Debería tener todas esas cosas —dijo incrédula—. Pintalabios...

—Y perfume —dijo Fludd.

—Colorete.

—Y pieles —añadió él.

Intentó convencerla para que saliera de la habitación, para que saliera de la cama; pero ella se sentó apoyada en las almohadas, con las sábanas de lino hasta la barbilla; esas sábanas almidonadas que la noche anterior crujían y que ahora estaban blandas y húmedas. No sabía cómo explicarle a Fludd que ya tenía la sensación de llevar ropa nueva, que con la pérdida de la virginidad iba enfundada en una piel distinta. La gente decía «pérdida», reflexionó, pero sin conocer realmente la inocencia. La inocencia es una herida sin venda, una herida que sangra, que se abre cada vez que recibe el golpe fortuito de un transeúnte cualquiera. La experiencia es una coraza; y ella ya se sentía resguardada.

Se había despertado a las cinco, como en el convento, y con un hambre de lobo. Tuvo que contenerse y calmar el hambre a oscuras, tendida junto al cuerpo dormido de Fludd. No lo veía respirar; a veces se inclinaba sobre él para ver si estaba muerto.

A las siete en punto, Fludd se despertó. Pidió que les subieran el desayuno a la habitación. Ella se tapó la cabeza con las sábanas para esconderse cuando llamaron a la puerta, y también durante los minutos que transcurrieron a continuación, por miedo a que el empleado del hotel hubiera olvidado algo y volviera a entrar. Fludd manipuló la tetera de alpaca; Roisin oyó el tintineo de la porcelana cuando dejó la taza sobre el platillo.

—Siéntate —dijo él—. Mira, este huevo es para ti.

Se lo comió con una bandeja sobre las rodillas. Nunca había desayunado en la cama hasta ese momento, pero había leído que la gente lo hacía. Le pareció una actividad peligrosa: debía mantener la

bandeja encajada entre las costillas y el ombligo, sin respirar demasiado, sin mover las piernas. Fludd cogió los terrones de azúcar con unas pincitas y los dejó caer en la taza de té; luego la removió y se la ofreció; había una cucharilla para cada juego de taza y platillo.

—Pruébalo —insistió Fludd, mientras ella, medio sentada y medio tendida, observaba con recelo lo que le había plantado delante—. Te untaré una tostada con mantequilla, aunque también puedes ponerte mermelada. Cómete el huevo, te dará fuerzas.

Ella cogió los cubiertos, titubeando.

—¿Por dónde crees que debe cortarse el huevo?

—Es una cuestión de preferencia personal.

—Pero ¿tú qué crees? —insistió ella.

—No importa lo que yo piense. Tienes que hacerlo como a ti te guste. No hay reglas, ¿sabes?

—En el convento no nos daban huevos. Solo gachas.

—Pero en casa sí, ¿no? En Irlanda, quiero decir. Tengo entendido que vivías en una granja.

—En la granja teníamos huevos, sí, pero no para comer. Los vendíamos. Es posible —añadió después de pensarlo un poco— que comiéramos huevos de vez en cuando, pero no tan a menudo como para aprender a cortarlos de una manera determinada.

Fludd ya había diseccionado su propio huevo y se lo había zampado. Ella no había visto cómo lo abría, y menos aún cómo se lo comía, y aun así habría jurado que no lo había perdido de vista ni un instante durante los últimos cinco minutos.

Más tarde volvieron a tener hambre. Cuando ella deshizo su maleta Gladstone descubrió que la hermana Anthony le había escondido, entre los pliegues del vestido marinero de la hermana Polycarp, varios bollos pequeños y grumosos. Pensó que podrían salir de apuros con eso, pero Fludd tenía algo distinto en mente.

Volvió a encargar que les subieran comida. Les trajeron un gran plato ovalado, cubierto con un mantelito, repleto de diminutos emparedados sin corteza; y luego otro plato con bollos glaseados, algunos blancos y otros rosas, rematados con hojas de angélica y florecillas confitadas.

El día pasó y ella se sentía cansada, muy cansada. Fludd se llevó las bandejas y ella se apoyó en las almohadas. Era como si el agotamiento de todos aquellos años en el convento, y los madrugones que había soportado desde la infancia, se hubieran presentado de repente, como una tribu de parientes inesperados.

—Dormiría durante horas —dijo ella—. Hasta hartarme. Podría revolcarme en esta modorra como un cerdo en un lodazal.

Cuando estaba despierta conversaban un rato, con cierta desgana; ella le habló de su infancia, pero él no le contó nada de la suya. Más tarde, él llamó para pedir vino. No parecía que el dinero fuera un problema para Fludd.

Y el vino —un vino dulzón de color pajizo, el primero que cataba en la vida— se le subió a la cabeza. Cerró los ojos un momento y se permitió pensar en el día siguiente. Fludd le dijo que no tenía que preocuparse por el pelo, que si quería podía ir él mismo a Paulden's, en Market Street, y comprarle un chal de seda para que pudiera cubrirse la cabeza de un modo más estético; o si lo prefería, dijo, alguna boina elegante. Sin embargo, como Roisin no sabía lo que era una boina, no le respondió.

Cuando abrió los ojos de nuevo, Fludd estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la calle. Le explicó que la gente volvía a casa después del trabajo, y que se dirigían apresuradamente a las estaciones Exchange y Victoria. Estaba lloviendo, dijo, y todos se apiñaban en las aceras bajo los paraguas, como filas de escarabajos negros en procesión.

Fludd se quedó mirando a los transeúntes, apoyándose en la pared con un brazo extendido. Luego dejó caer la cabeza sobre el brazo y se frotó la frente y la mejilla como lo haría un gato con un sofá.

—En esta habitación me siento atrapado —dijo—. Mañana sin falta tenemos que salir.

Pero si solo llevamos aquí un día, quiso protestar ella. Veintisiete horas antes todavía estaba en el salón del convento, con la hermana Anthony ayudándola a vestirse. Y veinticuatro horas antes, tal vez algo menos, habían entrado en aquella habitación.

En otros lugares, la vida seguía su curso habitual; las campanas doblaban, el convento mantenía sus horarios. ¿Qué debía de haber dicho Prieta cuando regresó tras visitar a los feligreses y se dio cuenta de que se había marchado? ¿Lo había descubierto enseguida o había notado su ausencia más tarde, en la capilla o durante la cena? Y las demás hermanas, ¿se habían inventado alguna excusa para ocultar su huida durante el máximo tiempo posible? ¿Habían mentido por ella? ¿Habían puesto en peligro sus almas inmortales?

No paraba de darle vueltas al anillo de papel de la señorita Dempsey. Realmente estaba muy bien hecho. Se dio cuenta de que el rostro de Prieta ya se estaba desdibujando en su recuerdo: era como si el tiempo y la experiencia la estuvieran consumiendo, derritiéndola como si fuera una muñeca de cera.

En esos momentos, Fludd, cansado de observar a los oficinistas, se acostó de nuevo a su lado.

La señorita Dempsey, todavía con aquella leve sonrisa rondándole los labios, entró cargada con la bandeja del té. En Fetherhoughton, por supuesto, hacía más frío que en la ciudad. El obispo, sentado

frente a la chimenea, acaparándola, parecía helado y encogido, apenas una sombra de sí mismo.

Todavía no había entrado en la iglesia; no se mostraba piadoso a no ser que lo provocaran. Cuando entrara, simplemente llegaría a la conclusión de que habían ignorado sus órdenes. Las estatuas, sobre sus pedestales, parecían nuevas, cada una con su círculo de candeleros de hierro; y es que las Hijas de María las habían lavado a conciencia, las habían pulido y abrillantado, y habían reparado con sus pinceles el más mínimo daño que pudieran haber sufrido.

El padre Angwin jugueteaba con una galleta de bourbon. ¿Qué vas a decir, Aidan Raphael Croucher, cuando llegues a la conclusión de que hemos ignorado tus órdenes? Si eres sensato y no quieres que tus antiguas opiniones se hagan públicas por toda la diócesis, me dedicarás una sonrisa educada y no objetarás nada. Y en lo sucesivo me tratarás con más respeto.

—O sea, que se ha fugado —constató el obispo con voz inexpresiva—. Vaya, vaya. Qué moderna.

—Es posible que se haya fugado. O que la hayan eliminado.

—¡Cielo santo! ¿Usted cree? —preguntó el obispo, como si ya viera las repercusiones del asunto.

—Mañana a primera hora vendrá la policía a registrar los alrededores. Ya se ha pasado por aquí un inspector. Estuvo deambulando por detrás del garaje y encontró un lugar en el que la tierra había sido removida.

—¿Será posible? —preguntó el obispo; la mano le temblaba tanto que el té se le derramó sobre el platillo—. ¿Quién querría librarse de una monja?

—Se sospecha de la gente de Netherhoughton —dijo el padre Angwin—. Tal vez estaban buscando una virgen para sus rituales.

Se acordó del feligrés que, con la mano temblorosa, había acudido a verle tras la misa matutina y le había entregado una bolsa de papel marrón. Dentro había parte de las vestiduras de Fludd: la estola la habían encontrado atada a un poste de los huertos. Por la parroquia ya circulaban rumores sobre la desaparición del vicario, y algunos aseguraban que, cuando el alba había asomado tras los gallineros, la luz del amanecer había permitido ver la cinta sedosa del vicario desde Back Lane; suponían que él la había dejado allí en señal de auxilio; otros, más rápidos a la hora de juzgar a los vecinos, creían que una banda de borrachos y caníbales del Old Oak y del Ram se habían llevado al joven de madrugada aprovechando la vulnerabilidad de la casa parroquial, y que habían colgado su estola en el poste como un estandarte triunfal.

El padre Angwin estaba prácticamente seguro de que a Fludd no le había ocurrido nada malo, pero tampoco podía afirmarlo; en ese caso se vería obligado a dar explicaciones, a demostrarlo. Sin embargo, ese mismo día había intentado mitigar los temores de la parroquia fomentando la tendencia racionalista: si se había cometido cualquier fechoría en el distrito, dijo, la culpa la tenía un forastero que había pasado desapercibido hasta que, según los ferroviarios, se había plantado en la estación a las seis de la tarde de ayer para comprar un billete solo de ida a la ciudad. Los empleados de la estación recordaban el traje de tweed del desconocido; sin embargo, no fueron capaces de ofrecer ni la más vaga información sobre su aspecto físico.

Por suerte, el obispo todavía no había mencionado a Fludd. Le preocupaban demasiado los asuntos del convento.

—Por favor, Dios mío, que la encuentren sana y salva —dijo—. Si la encontraran podría regresar. Podríamos fingir que ha sufrido un episodio de amnesia. Eso evitaría que hubiera un escándalo.

—Los protestantes se encarnizarán con el asunto —comentó el padre Angwin.

—Y usted ahí sentado, padre, como si nada —le reprochó el obispo. Dejó la taza y el platillo sobre la mesa con contundencia, derramando un poco de té sobre el rojizo mantel de chenilla de Agnes—. Lo veo muy tranquilo, pese a que me ha contado que una hermana ha desaparecido del convento y que la madre Perpetua empezó a arder de forma repentina durante su visita a los feligreses. Cuénteme, ¿qué dijo? Tuvo que decir algo antes de que se la llevaran. ¡No es normal que una monja, y nada menos que la superiora de un convento, estalle en llamas de ese modo!

El padre Angwin pescó una migaja de su rodilla; lo hizo meticulosamente, demorando su respuesta. Recordaba la expresión de asombro de la hermana Anthony cuando se lo había contado: «La madre Prieta ha ardido, con verruga y todo». Angwin advirtió que el obispo se frotaba los puños con nerviosismo: la mano derecha en la palma izquierda, luego la izquierda en la palma derecha.

—La madre Perpetua no estaba en condiciones de hablar con normalidad —respondió al fin el párroco—. Los camilleros dijeron que murmuraba algo sobre una llamarada baja de color azul que había llegado hasta ella arrastrándose por la hierba. No le encontraron ningún sentido.

—Habrá que interrogarla en el hospital.

—Dicen que no sería prudente en su estado. Agnes ha llamado por teléfono esta mañana y le han dicho que ha pasado bien la noche. Es lo que dicen en los hospitales, según Agnes, cuando estás al borde de la muerte. He hablado con la enfermera jefe y me ha dicho que no había quedado muy desfigurada, pero que estaba en shock. Que no sabían cuándo sería capaz de explicar lo sucedido. Aidan, creo que subestima usted la gravedad de la conflagración. No

olvide que la superiora solo se salvó del fuego gracias a la intervención oportuna de un estanquero que pasaba por ahí.

—Hay que interrogar a ese estanquero. ¿Dice usted que es católico?

—Un prominente feligrés. Un miembro muy activo de la Fraternidad.

—Cielo santo —exclamó el obispo de nuevo—. Menos mal que pasaba por ahí. Este es un asunto muy grave, Angwin, muy grave. Tiene muy mala pinta, y acabará afectándome a mí.

—¿Cree usted que fue una manifestación diabólica? —preguntó Angwin.

—Tonterías —respondió el obispo, animado de repente.

Angwin le lanzó una mirada de advertencia.

—Otras monjas han tenido problemas similares —dijo—. Los demonios arrojaron al fuego varias veces a santa Catalina de Siena. También la tiraron del caballo y la sumergieron de cabeza en un río helado. A la madre Angélica, una monja de Evreux, la persiguió durante dos años un demonio bajo la forma de un perro verde con escamas. —Hizo una pausa para disfrutar del efecto que tenían sus palabras—. La madre Agnes, una dominica, fue atacada por el diablo en forma de manada de lobos. A santa Margarita María le quitaron la silla mientras estaba sentada frente a la chimenea del convento. Tres monjas testificaron por escrito haberla visto caer de espaldas una y otra vez empujada por fuerzas sobrenaturales.

—Tiene que haber alguna otra explicación —repuso el obispo con voz lastimera.

—¿Se refiere usted a una explicación más moderna? ¿Más pertinente? ¿Alguna clase de motivo ecuménico capaz de explicar lo ocurrido?

—No me atormente, Angwin —gimió el obispo—. Ya he sufrido bastante. Yo diría que la causa de ese incendio tuvo que ser alguna reacción química.

—El diablo es un gran químico —dijo Angwin.

—Claro que hay casos de personas que arden de repente, pero nunca había oído que le sucediera a una monja. Una de las novelas de Dickens menciona un caso similar, ¿no? Y luego está aquel tipo que escribió un estudio al respecto, ¿cómo se llamaba, ese de la gorra de cazador y el violín?

—Creo que se refiere usted al señor Arthur Conan Doyle —dijo el padre Angwin—. No sabía que leía usted cosas tan sensacionalistas. ¿Más té?

—Lo llaman combustión espontánea —murmuró el obispo, con los ojos desquiciados.

—Combustión, sin duda —convino el padre Angwin. Sin embargo, dudaba de la espontaneidad del fenómeno; había empezado a dudar de ello en cuanto se había enterado de la presencia de McEvoy en el lugar de los hechos. Solo un hombre sabio, pensó, es capaz de diferenciar al bombero del pirómano.

En su habitación del Royal and Northwestern, mientras mujeres ataviadas con vestidos de noche bajaban al siniestro bar subterráneo en busca de ginebra, Fludd se dio la vuelta en la cama. Roisin O'Halloran se desperezó y alargó la mano para pasarle los dedos por el pecho hasta llegar a la lámpara de la mesita de noche. Eran las ocho. No habían corrido las cortinas, y una farola iluminaba la estancia bañándola en una blancura sublunar; los flecos de seda de la pantalla de la lámpara proyectaron enormes bucles sobre la pared que había junto al ropero.

Se incorporó hasta quedar sentada. Empezaba a notar cierta rigidez en los músculos de la parte interna de los muslos. Fludd dijo que era porque no los había utilizado jamás hasta entonces; que debería cruzar el pasillo y tomar un baño caliente, y ponerse un aceite perfumado y disfrutar del vapor, del calor y del blanco inmaculado de las baldosas.

Rodó sobre sí mismo para tenderse de espaldas; tenía los ojos abiertos, clavados en la oscuridad.

—Debe de ser la hora de cenar —dijo—. Podríamos bajar.

—Sí —dijo ella. De repente (aunque tal vez era algo que se había originado mientras dormía) ya no le preocupaba tanto la ropa, ni el pelo, ni las meteduras de pata que pudiera cometer en su nueva vida. Se sentó más erguida y, puesto que había dejado de preocuparse por todas esas cosas, ya no intentó taparse el cuerpo con las sábanas. La suave piel de su garganta y de su escote estaba moteada, ruborizada, y se acarició los pechos, que habían empezado a dolerle. Cómo le pesaban; se los envolvió con las manos un momento.

—Mañana me compraré un sujetador —murmuró.

—Esta noche tendrás que arreglártelas sin él —dijo Fludd—. Supongo que si yo fuera un hombre muy fogoso te sugeriría que nos quedáramos aquí dentro toda la noche, pero he oído que en este hotel sirven comida francesa y me gustaría probarla. Vendrás conmigo, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, y tras inclinarse para encender la lámpara de su lado, se quedó sentada entre el caos de la cama, con los tobillos cruzados y las rodillas recogidas en el pecho—. Pero antes de que nos levantemos, podrías leerme de nuevo la palma de la mano. Viste una estrella, ¿verdad? ¿La buscarás otra vez?

—Aquí no hay suficiente luz —respondió Fludd.

—¿Más tarde, pues?

—Quizá. Abajo.

Parecía como si el obispo se hubiera quedado paralizado. Estaba sentado en silencio, mirando fijamente la chimenea, como si se estuviera preguntando cómo podía ser que ardiera. El padre Angwin no sabía si pedirle a Agnes que les preparara algo. Se preguntaba si el ama de llaves habría hecho la compra ese día en Upstreet; teniendo en cuenta la cantidad de rumores y especulaciones que circulaban por allí, se preguntaba si se habría acordado siquiera de la comida.

—Podríamos comer algo —le sugirió al obispo—. Podría pedirle a la señorita Dempsey que nos prepare un pequeño tentempié. No sé qué habrá comprado, pero seguro que habrá bastante para los dos. El padre Fludd no podrá acompañarnos, me temo que esta noche cenará fuera.

Se había preparado varias excusas para encubrir la desaparición del vicario: lo ha invitado un miembro de la Fraternidad; su hermana ha venido del campo de visita y le ha traído un conejo para preparar un pastel de carne... Mejor aún: al padre Fludd lo han invitado a cenar después de un velatorio. Estará consolando a los dolientes, comiendo jamón cocido frío.

El obispo levantó la mirada.

—¿Fludd? —preguntó—. ¿Quién es Fludd? No conozco a ningún Fludd.

El padre Angwin oyó lo que acababa de decir el obispo. Pero no respondió. Tardó un momento en asumir lo que implicaban aquellas palabras. Se quedó sentado, muy quieto. No se sorprendió cuando lo pensó: no se sorprendió en absoluto.

¿Qué fue lo que dijo el ángel cuando le reveló a Tobías quién era? «Ustedes me veían comer y hablar, pero solo era apariencia».

El camarero le puso a Roisin una servilleta de damasco sobre el regazo; era tan grande como un pequeño mantel. Se había puesto el vestido blanco de muselina con cuello marinero; Fludd la había ayudado a vestirse y le había dicho que le quedaba muy bien, de manera que, en esos momentos, por muy pasado de moda que estuviera, la liviana falda veraniega le acariciaba las pantorrillas bajo la mesa. Y el corpiño era decente, pensó. Aunque tampoco es que le importara demasiado.

Un segundo camarero encendió una vela en la mesa; otros se movían entre las sombras, empujando carritos y retirando las sillas de los comensales. Los camareros llevaban rígidas chaquetas blancas abotonadas en el pecho, y sus rostros reflejaban la astucia y la experiencia de los delincuentes juveniles.

—En mi vida anterior —dijo Fludd—, nunca me relacioné mucho con mujeres. Ahora veo lo que me estaba perdiendo.

—¿Qué quieres decir con tu vida anterior? ¿Te refieres a cuando te hacías pasar por doctor?

Fludd levantó la mirada, sosteniendo un trozo de fruta ensartado en el tenedor; melón, según dijo.

—¿Quién te ha contado eso?

—Tú. Tú mismo me lo dijiste.

—No comprendes las analogías, ¿verdad?

—No —respondió ella, bajando la mirada hacia el plato, avergonzada. No le había gustado nada el melón; tenía la sensación de que sabía a dedos chupados, a carne disuelta en agua—. Supongo que me gusta que las cosas sean tal como son. Por eso

detestaba mis estigmas. No comprendía por qué los tenía. Nadie me había crucificado. No comprendía por qué me habían salido.

—No hablemos de eso —dijo Fludd—. Todo eso forma parte del pasado. Ahora empezarás de nuevo.

El camarero se acercó para llevarse los platos.

—La palma —dijo ella—. Te has olvidado. Me has dicho que si bajaba contigo me la leerías —le recordó, extendiendo la mano bajo la vela.

—Con una vez basta —replicó Fludd.

—No, léemela de nuevo. No te presté suficiente atención la primera vez. Quiero saber cuál es mi destino.

—Eso no te lo puedo decir.

—Pensaba que estaría escrito en mis líneas. Pensaba que creías en ello.

—Los patrones pueden cambiar —dijo Fludd—. Las almas cambian constantemente. El destino es mutable. Tienes libre albedrío —concluyó. Luego alargó el brazo por encima de la mesa para cogerle la mano y le dio unos toquecitos con el índice—. Roisin O'Halloran, ahora tienes que escucharme con atención. Es cierto que, de algún modo, puedo leer el futuro. Pero no como tú crees. Puedo mostrarte un mapa. Puedo indicarte dónde encontrarás encrucijadas. Pero no puedo recorrer el camino por ti.

Ella bajó la cabeza.

—¿Tienes miedo? —preguntó Fludd.

—Sí.

—Bien. Así es como debe ser. Sin sentir miedo no se consigue nada —explicó. A ella empezó a temblarle el labio—. No lo entiendes —constató él con aire cansado.

—Ayúdame a entenderlo, pues —dijo ella, suplicándoselo con los ojos; unos ojos animales—. No sé quién eres. No sé de dónde has

salido. No sé adónde me llevarás.

En otras mesas, los comensales saciados se levantaban y dejaban las servilletas sobre las sillas tapizadas de rojo. Hombres de negocios brindaban para sellar acuerdos. El cristal tintineaba contra el cristal; el vino fluía, oscuro como la sangre de Nuestro Salvador. Fludd abrió la boca para decir algo, pero enseguida se detuvo. Sentía tanta compasión que le dolía la garganta.

—Me gustaría contártelo —dijo, al fin—. Pero por motivos personales, no puedo.

—¿Qué clase de motivos?

—Podríamos decir que son profesionales.

Porque en la obra de la transformación hay que cumplir ciertas condiciones para tener éxito. El arte requiere al hombre completo; y además de los alambiques y las retortas, del fogón y el carbón, debe haber conocimiento y fe, palabras amables y buenas obras. Y luego, una vez reunido todo eso, tiene que haber algo más que garantice el funcionamiento del conjunto: debe haber silencio.

Fludd buscó por la sala con la mirada, atrajo la atención del camarero y le indicó con una señal que estaban listos para el siguiente plato. El camarero les trajo otros platos, y luego dejó sobre la mesa un hornillo de alcohol. Agitó una servilleta blanca de un modo ostentoso y se la colgó del brazo de un latigazo; parecía que estuviera mirando a su alrededor de reojo, para ver si sus colegas le observaban.

Entonces trajeron carne en salsa, y Roisin O'Halloran observó cómo el camarero la colocaba sobre el hornillo de alcohol para calentarla; luego vertió algo por encima y, al cabo de un instante, le prendió fuego. Ella se ruborizó, sintiendo vergüenza ajena por el camarero, algo que ni siquiera la hermana Anthony había conseguido. Frente a los fogones sí, a menudo: pero no en la mesa.

Sin embargo, no pareció que a Fludd le importara. Se la quedó mirando fijamente desde el otro lado de la llamarada. Ella supuso que la carne todavía sería comestible; intentaría disfrutarla: para complacerlo.

En el instante en el que la llama azul se alzó entre ellos dos, iluminando el mantel blanco almidonado y el rostro ensombrecido de Fludd, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Todo esto está muy bien, pensó, mientras dure, pero no durará, ¿verdad?, porque incluso el infierno tiene fin, incluso el cielo.

—Champán —le dijo Fludd al camarero—. Vamos, hombre, un poco de brío. ¿No he pedido champán?

Cuando Roisin se despertó al día siguiente y vio que la cama estaba vacía, se echó a llorar; de miedo, de pánico, como una niña adormilada en una habitación desconocida. No le sorprendió haber dormido tan profundamente como para no haber oído cómo él se marchaba; había sido un sueño obstinado, furioso, la clase de sueño que tal vez experimentan los criminales la noche antes de que los ahorquen.

Se levantó de la cama, rígida y desnuda, y buscó a tientas por el tocador. La luz del sol se filtraba por los bordes de las pesadas cortinas. Miró a su alrededor; buscaba algo, aunque no sabía qué.

Sin embargo, no tardó en encontrar lo que buscaba. Sus ojos repararon en una hoja de papel. Al parecer le había dejado una carta.

El edredón había caído al suelo. Roisin O'Halloran tiró de una de las mantas de la cama y se envolvió los hombros con ella. No quería correr las cortinas, así que encendió la lámpara.

Luego le echó un vistazo al papel. Lo desplegó. La letra era extraña, negra, apretada, anticuada, una especie de caligrafía secreta. La carta era breve.

«El oro es para ti. Lo encontrarás en el cajón».

Ni una palabra, ni una sola palabra de amor. Tal vez, pensó, su forma de amar no es convencional. Dios nos ama, al fin y al cabo; y lo manifiesta en el cáncer, en el cólera, en los gemelos siameses. No todas las formas de amor resultan comprensibles, y algunas destruyen lo que tocan.

Se sentó en la cama con la hoja de papel, sosteniéndola con las dos manos, como si fuera una proclamación de independencia. Giró el pie descalzo sobre la alfombra, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Eso del «oro» debe de haber sido un lapsus, pensó.

Entonces se levantó y dejó la nota sobre la almohada. Abrió el cajón superior de la cómoda, donde él había guardado sus cosas. Estaba prácticamente vacío.

Sin embargo, le había dejado el pañuelo de ferroviario que había arrancado del poste mientras cruzaba los huertos camino de la estación.

—Les dejé algo mío a cambio —le había dicho—. No quería marcharme de la parroquia sin dejar huella.

Roisin cogió el pañuelo y lo sacudió. Se lo acercó a la cara. Olía a turba y a fuego de carbón, a niebla y a gallinero, a todo el año anterior. Lo dobló y lo dejó sobre la superficie pulida de la cómoda.

Aparte del pañuelo no había más que una bolsa mugrienta, de percal, atada con un cordón; era una de esas bolsas que usaban los niños para guardar las canicas, aunque bastante más grande. La levantó y la palpó; era pesada y voluminosa. La cogió por la parte

superior y tiró del cordón para abrirla. Dentro había varios fajos de billetes.

Dios mío, pensó, ¿ha cometido algún robo? ¿Es dinero espiritual o lo aceptarán en las tiendas? Cogió el primer fajo y se lo puso en el regazo, sosteniéndolo como si lo estuviera sopesando. Parecía auténtico. Era como si aquellas monedas que él había dejado sobre el pañuelo se hubieran multiplicado. Había billetes de un valor que no había visto en su vida.

Roisin O'Halloran vació la bolsa. Volteó los fajos y pasó el dedo por los bordes para hojearlos. No sabía cuánto dinero debía de haber. Tendría mucho trabajo para contarlo. Estaba segura de que bastaría para pagar cualquier cosa que quisiera comprarse.

Así que se sentó durante un rato a pensar en ello. Quería que Fludd regresara, sí; se imaginaba que el dolor de su corazón duraría horas, días, meses, años. Pero dejando de lado eso, ¿acaso no sentía un gran consuelo? Al fin y al cabo, no tendría que mendigarle a ningún granjero. No tendría que llamar a la puerta de ningún convento. Nadie tendría que alojarla ni dependería de la caridad ajena; no mientras le durara aquel dinero y, acostumbrada como estaba a la frugalidad, pensó que podría durarle muchísimo. Cuando se termine, pensó, ya estaré en otra parte, seré otra persona; la vida me habrá dado una segunda oportunidad.

¿Y por qué debería terminarse el dinero?, pensó a continuación. No eran monedas normales y corrientes, ni el oro que todo el mundo conocía. Este dinero es como el amor, pensó de repente. En cuanto lo tienes, en cuanto se materializa, puede continuar multiplicándose, cada parte puede dividirse, duplicarse una y otra vez como las células de un embrión.

Bajó la mirada hacia su anillo de bodas de papel. Podría comprarme uno de verdad, se dijo para sus adentros. Y se animó.

Cogió un fajo de billetes y lo presionó contra su mejilla. Y eso que dicen que el dinero es el origen de todos los males. Bueno, lo dicen los protestantes. Los católicos son más sensatos.

Volvió a guardar los billetes poco a poco, colocando los fajos uno junto al otro; luego tiró del cordón y guardó la bolsa dentro de su maleta Gladstone. Entonces recogió la carta de la almohada, la dobló y también se la guardó. Quedaba bastante claro, por si alguien lo ponía en duda; el oro es para ti, decía la nota.

Se plantó frente al lavamanos y observó el agua caliente que brotaba del grifo; cogió su toalla, la mojó, la escurrió y se lavó con jabón perfumado. Luego volvió a abrir el grifo para llenar la pileta y lavarse de nuevo con agua limpia y casi fría. La gente vive así, pensó. Cada mañana pueden levantarse y hacer esto si les apetece.

Se vistió. Solo podía ponerse el traje de sarga azul. Se había acostumbrado a él. Al fin y al cabo, pensó, hay cosas más importantes, no vale la pena preocuparse por lo que piensen los demás.

Hizo la cama; luego se sentó en ella y lloró durante cinco minutos. Lo controló con el reloj; tenía la sensación de que era el tiempo que podía permitirse. Porque en todo momento había sabido que él la dejaría; no había sido capaz de imaginar otro desenlace.

Cuando se terminaron los cinco minutos, se acercó al lavamanos una última vez, puso una esquina de la toalla bajo el grifo de agua fría y se lavó los ojos. Enderezó la espalda y se miró en el espejo. Se ató el pañuelo a cuadros; la opinión de los demás le daba igual, pero pensó que sería una lástima que la apresaran y la encerraran en un frenopático. Luego abrió las cortinas. Una gran oleada de luz solar inundó la estancia, bañando el armario, la consola y la cama recién hecha. Retrocedió un paso y se lo quedó mirando todo, asombrada.

Luego, con timidez, salió de la habitación y recorrió el pasillo; pasó frente a grandes ventanas cubiertas con cortinas grasientas y cubiertas de hollín, y luego con una red grisácea: cortinas de terciopelo carmesí sujetas por cuerdas y borlas doradas, como el sombrero de un cardenal en un escudo de armas. Bajó por la amplia escalera de piedra y se acercó al altar de caoba: tras él estaba el recepcionista, que la saludó con cortesía. Philly se ofreció a pagar la cuenta, pero el recepcionista, muy sorprendido, le dijo que el doctor ya se había encargado de ello. ¿Dónde estaba el doctor, quiso saber? Ya se ha marchado, dijo ella.

Oh, ya veo, entonces será mejor que se marche inmediatamente, señora Fludd, dijo el recepcionista. Ella se dio cuenta de cómo habían cambiado sus modales, que de repente habían pasado a ser mucho menos cordiales; no obstante, se limitó a anunciar con amabilidad que precisamente se disponía a marcharse, ¿acaso no había visto que llevaba la maleta? Oh, podría haber llamado a un botones, *madame*, dijo el recepcionista, no era necesario que hiciera ese esfuerzo: ella le devolvió la llave, y un instante después, mientras cruzaba la extensión resbaladiza del vestíbulo, ese despilfarro de mármol que parecía un lago helado, oyó cómo el recepcionista hablaba con algún colega y le decía, bueno, Tommy, ¿te lo puedes creer?, pensaba que podía detectarlas a un kilómetro de distancia, y sin embargo, en los veinte años que llevo trabajando aquí, nunca había visto a una prostituta tan extraña.

Era uno de esos días tan poco habituales en el norte de Inglaterra, en los que un sol pálido ilumina hasta la última ramita negra de un árbol invernal; cuando la escarcha del suelo crea un resplandor de oropel sobre las aceras, y los grandes edificios, los templos del

comercio, relucen como si sus muros estuvieran hechos de aire y humo. Entonces la ciudad proyecta su triste carácter ártico y sus residentes, su amargura y su precariedad; la gracia de la afabilidad suaviza sus rostros flacos, como si ese sol tan pálido albergara la calidez y el poder de encender los corazones. Luego los oficinistas anhelan escuchar a Mozart, comer pastelitos vieneses y tomar café aromatizado con higos. Las mujeres de la limpieza tararean tras sus fregonas, y hacen sonar sus robustos tacones como bailarinas de flamenco. Canaletto se detiene en el puente de Blackfriars para plasmar una perspectiva; los gondoleros ejercen su oficio en el canal marítimo de Mánchester.

Roisin O'Halloran acudió apresuradamente a la estación. Pasó bajo las grandes vallas publicitarias que se extendían por London Road, y si alguien se fijó en su traje de sarga azul y en sus zapatillas negras, lo vieron como algo novedoso y original. Le picaban los ojos y le ardían las mejillas; pero era un frío estimulante, y todo cuanto la rodeaba —las aceras de oropel, los rostros de los mancunianos, las imágenes en color por encima de su cabeza— parecía recién hecho, como si hubiera sido creado durante la noche, fabricado mediante un proceso nuevo e ingenioso que lo había dejado limpio, nítido y reluciente. Rostros impolutos, vallas publicitarias inmaculadas, aceras sin una sola mancha... Podría ir a cualquier lugar, pensó. Volver a Irlanda. En barco. Si quisiera. O no.

Cuando entró en la estación de London Road, con su clamorosa oscuridad llena de humo y vapor, con los ruidos del tren rompiendo como olas contra el techo, dejó cuidadosamente la maleta en el suelo, entre sus pies, y levantó la mirada hacia los paneles que indicaban los destinos. Y eligió uno.

El padre Angwin se despertó tarde, y la señorita Dempsey le sirvió el té en la cama, cosa que no había hecho nunca en todos los años que llevaban juntos. Las Hijas de María se escandalizarían, pensó, si supieran que he entrado en el dormitorio de un párroco mientras él todavía estaba en la cama. Quizá me expulsarían y me deshonrarían para siempre.

En cualquier caso, el té era una manera de preparar a Angwin para lo que pudiera depararle el día: preguntas, evasivas, revelaciones. Llegará el momento, pensó, en que miraremos atrás y consideraremos lo que ha ocurrido como una era milagrosa. Se tocó el lugar en el que antes tenía la verruga; esos dos últimos días, siempre que pasaba frente a un espejo (y tenía previsto colgar muchos más), se detenía, se miraba y sonreía.

Mientras tanto, había que lidiar con la policía. A las nueve acudió el comisario en persona. Era un policía moderno, con la cara limpia y la mirada fría, y nada le gustaba más que recorrer el condado en su cochazo negro.

Epílogo

En las pinturas, los ángeles adoptan formas muy variadas para llevar a cabo la anunciación. Algunos tienen huesos de ave y pies diminutos, y alas que brillan como el dorso de un martín pescador. Otros, con una melena delicada, dorada y rizada, tienen la expresión recatada de las maestras de música. Hay ángeles con un aspecto más masculino. Sus pies, enormes y simiescos, se hunden en los suelos de mármol. Sus alas tienen la solidez húmeda de los grandes animales marinos.

Hay un cuadro, una Virgen con el Niño, de Ambrogio Bergognone. La mujer muestra una palidez plateada; su hijo es rechoncho y opulento, esa clase de bebés que casi podrían andar si no fueran tan vagos, que pesan tanto que te duelen los brazos cuando los coges. Ella lo sostiene con una mano; los pies del niño están apoyados en un paño verde oscuro.

A ambos lados de la Virgen se ven dos ventanas abiertas que dan a una calle polvorienta. La vida continúa; a lo lejos hay un campanario. Se acerca una figura cargada con un cesto. Otras dos figuras se alejan, absortas en una conversación, y siguiéndolas de cerca hay un perrito blanco de cola emplumada. El bebé juega con las cuentas de un rosario: de coral, tal vez.

La mujer tiene delante un libro abierto. Está leyendo el Primer Salmo, con su mensaje de absoluto consuelo: «Porque Jehová conoce el camino de los justos; mas la senda de los malos perecerá».

La expresión de la Virgen, a primera vista, parece de una tristeza inconmensurable. Solo si nos fijamos mejor nos daremos cuenta del atisbo de sonrisa que asoma en sus labios flanqueados por hoyuelos, y en la expresión de satisfacción de sus grandes ojos de color pardo.

Redención
Hilary Mantel

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Fludd*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Mohamad Itani / Arcangel
Fotografía de la autora: © George Miles

© Tertius Enterprises Ltd, 1989
© por la traducción del inglés, Albert Vitó i Godina, 2026
© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda.Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-233-6972-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Nota
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Epílogo
Créditos